

¿Te perdiste una edición previa?

CULTURA

EMERGENCIA CLIMÁTICA

FASCISMO

DROGAS

ANIMALES

AGUA

SEXO

RACISMO

RISA

DISCAPACIDAD

FUTURO

CONCIENCIA

CONTRACULTURA

DESCOLONIZACIÓN

DOLOR

LA NOCHE

EL CARIBE

EL DOBLE

Ahora trabajar no sólo significa producir valor para vendérselo a otros, sino valor que surja ya como propiedad de otros, con los medios de otros, bajo las órdenes y la supervisión de otros.

ÓSCAR DE PABLO

Los trabajadores odian a los jefes porque éstos son inútiles. Los jefes estorban. Cuanto más alto llegamos en el escalafón, menos participamos en las tareas prácticas cotidianas y menos las conocemos.

CRIMETHINC.

Los cantadores nos confiaron que Tatewarí, Abuelo Fuego y la Abuela Nakawé los habían regañado: “¿Por qué no habías hecho esto antes? Tienes que trabajar con la gente de aquí, ¡es crucial!”, les dijeron.

EDUARDO GUZMÁN EN ENTREVISTA CON REGINA LIRA

La fatiga es el dolor físico que impide la continuación del trabajo. De ahí su peligrosidad. ¡El cansancio es subversivo! Desequilibra la máquina universal, su apariencia de todo bajo control.

VIVIAN ABENSHUSHAN

No es una locura ni una ocurrencia supersticiosa el que nuestros padres y madres nos hayan enseñado que hay que platicar con la tierra para trabajarla.

FLORIBERTO DÍAZ

Sabemos que el trabajo de crianza le permite al sistema económico capitalista existir y multiplicarse: las madres parimos, alimentamos, criamos y entregamos a la sociedad personas explotables.

DANIELA REA

TRABAJO

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

NÚM. 877, NUEVA ÉPOCA

\$50 ISSN 0185 1330

TRABAJO

¿De qué sirve trabajar? ¿Qué son los trabajos no remunerados? ¿Qué es el tequio? ¿Qué defienden los sindicatos? ¿Vale la pena reivindicar la pereza? ¿Es posible vivir bien sin desgañarnos?

Vivian Abenshushan • Roberto Arlt Gioconda Belli • Bob Black • Zel Cabrera • Francisco Carrillo Adrián Chávez • Ben Clark Jorge Comensal • CrimethInc. Floriberto Díaz • Elisa Echeverría Alexis Figueroa • Seamus Heaney Gretta Hernández Ayala • IWW Magali Kabous • Paul Lafargue Miguel Lisbona Guillén Jorge Javier Negrete • Friedrich Nietzsche • James Oppenheim Oxfam México • Óscar de Pablo Daniela Rea • Claudio Romo • Javier Sáez de Ibarra • Edward Snowden Jonathan Swift • Henry David Thoreau • Roberto de la Torre

ENTREVISTA CON DIAMELA ELTIT

SARA CASANOVAS

HISTORIAS DE VAMPIROS

ANA LESHER

EL LOBO Y EL COYOTE: TRABAJAR EN COLECTIVO PARA TRAER LA LLUVIA

REGINA LIRA

EL MARINERO QUE NO DESCUBRIÓ AMÉRICA

MANUEL BECERRA

¡Te la enviamos!

revistaunamsuscripciones@gmail.com



Visita nuestra plataforma digital:

www.revistadelauniversidad.mx

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO



culturaUNAM



UNAM
La Universidad de la Nación



TRABAJO

NÚM. 877, NUEVA ÉPOCA
\$50 ISSN 0185 1330



REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO



RECTOR

Dr. Enrique Graue Wiechers

COORDINADOR DE DIFUSIÓN CULTURAL

Dr. Jorge Volpi

CONSEJO ASESOR UNIVERSITARIO

Lic. Anel Pérez

Dr. William H. Lee Alardín

Dra. Mary Frances Teresa Rodríguez

Mtra. Socorro Venegas

Dra. Guadalupe Valencia García

CONSEJO EDITORIAL

Miguel Alcubierre

Magali Arriola

Nadia Baram

Roger Bartra

Jorge Comensal

Abraham Cruzvillegas

José Luis Díaz

Julieta Fierro

Luzelena Gutiérrez de Velasco

Hernán Lara Zavala

Regina Lira

Pura López Colomé

Frida López Rodríguez

Malena Mijares

Carlos Mondragón

Emiliano Monge

Paola Morán

Mariana Ozuna

Herminia Pasantes

Vicente Quirarte

Jesús Ramírez-Bermúdez

Papús von Saenger

CONSEJO EDITORIAL INTERNACIONAL

Andrea Bajani

Martín Caparrós

Alejandra Costamagna

Philippe Descola

David Dumoulin

Santiago Gamboa

Jorge Herralde

Fernando Iwasaki

Edmundo Paz Soldán

Juliette Ponce

Philippe Roger

Iván Thays

Eloy Urroz

Enrique Vila-Matas

NÚM. 877, NUEVA ÉPOCA
OCTUBRE DE 2021

DIRECTORA

Guadalupe Nettel

COORDINADORA EDITORIAL

Nayeli García Sánchez

COORDINADORA DE REVISTA DIGITAL Y MEDIOS

Yael Weiss

JEFA DE REDACCIÓN

Paulina del Collado Lobatón

CUIDADO EDITORIAL

Azucena Garza

EDITOR DE ARTE

Valentina Lara

DISEÑO Y COMPOSICIÓN TIPOGRÁFICA

Rafael Olvera Albavera

DERECHOS DE AUTOR

Carmen Uriarte Acebal

Blanca Estela Díaz

INVESTIGACIÓN Y ARCHIVOS

Verónica González Laporte

DISTRIBUCIÓN

Graciela Martínez Corona

COMUNICACIÓN Y RELACIONES PÚBLICAS

Monserrat Ilescas

VINCULACIÓN Y PROYECTOS PARA JÓVENES

Yvonne Dávalos

EDICIÓN WEB Y DISEÑO DIGITAL

Gabino Flores Castro

ASISTENCIA EDITORIAL

Elizabeth Zúñiga Sandoval

ASISTENCIA DE DISEÑO

Patricia Jiménez

FOTOGRAFÍA

Javier Narváez

DISEÑO DE LA NUEVA ÉPOCA

Roxana Deneb y Diego Álvarez

SERVIDORES, BASES DE DATOS Y WEB

Fabian Jendle



IMAGEN DE PORTADA: DIEGO RIVERA, *INDUSTRIA DE DETROIT, MURO SUR*, 1932-1933. DETROIT INSTITUTE OF ARTS, REGALO DE EDSSEL B. FORD. CORTESÍA DE DETROIT INSTITUTE OF ARTS ©

Teléfonos: 5550 5792 y 5550 5794

Suscripciones: 5550 5801 ext. 216

Correo electrónico: editorial@revistadelauniversidad.mx

www.revistadelauniversidad.mx

Río Magdalena 100, La Otra Banda, Álvaro Obregón, 01090, Ciudad de México

La responsabilidad de los artículos publicados en la *Revista de la Universidad de México* recae, de manera exclusiva, en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución; no se devolverán originales no solicitados ni se entablará correspondencia al respecto.

Certificado de licitud de título y certificado de licitud de contenido en trámite. *Revista de la Universidad de México* es nombre registrado en la Dirección General de Derechos de Autor con el número de reserva 04-2017-122017295600-102.



*Ganarás el pan con el sudor
de tu frente.*

GÉNESIS 3:19

*Si el trabajo duro fuera algo tan
maravilloso como se dice, los
ricos se lo habrían acaparado.*

LANE KIRKLAND

ÍNDICE

4 EDITORIAL

DOSSIER

- 7 POEMA**
Ben Clark
- 8 LA SUBVERSIÓN DEL CANSANCIO**
Vivian Abenshushan
- 14 TIERRA, COMUNALIDAD Y TEQUIO**
Floriberto Díaz
- 20 CAVANDO**
Seamus Heaney
- 23 TRABAJO**
CrimethInc.
- 30 UN DOGMA DESASTROSO**
Paul Lafargue
- 32 ASCENSO Y CAÍDA DE UNA MALA PALABRA**
Óscar de Pablo
- 39 HUELGA**
Gioconda Belli
- 40 GLOSARIO WOBBLY**
IWW
- 43 TRES AGUAFUERTES**
Roberto Arlt
- 51 CONTRA LOS APOLOGISTAS DEL TRABAJO**
Friedrich Nietzsche
- 54 TRABAJOS INSÓLITOS**
Adrián Chávez
- 60 ALGO QUE PUEDE PASARTE, POR EJEMPLO, UNA NOCHE**
Javier Sáez de Ibarra
- 64 LOTA, 1960**
Elisa Echeverría, Alexis Figueroa y Claudio Romo
- 73 EL LOBO Y EL COYOTE: TRABAJAR EN COLECTIVO PARA TRAER LA LLUVIA**
Regina Lira
- 81 TRABAJO DE CUIDADOS, DESASTRES Y GÉNERO**
Oxfam México
- 87 ¡QUEREMOS EL PAN Y LAS ROSAS!**
James Oppenheim
- 88 RAZONES POR LAS QUE NUNCA VOLVERÍA A IR A UNA ENTREVISTA DE TRABAJO**
Zel Cabrera
- 94 INSTRUCCIONES A LOS SIRVIENTES**
Jonathan Swift
- 99 ESTA NOCHE ELLAS ME CUIDAN**
Daniela Rea

**106 LA ABOLICIÓN
DEL TRABAJO**

Bob Black

**108 WALDEN. LA VIDA
EN LOS BOSQUES**

Henry Thoreau

ARTE

**114 HARINA Y EPAZOTE DE
ROBERTO DE LA TORRE**

Valentina Lara

PANÓPTICO

EL OFICIO

**124 UN ACTO RIESGOSO
Y NECESARIO**

ENTREVISTA CON DIAMELA ELTIT

Sara Casanovas

EN CAMINO

128 ¿EXILIO O EMIGRACIÓN?

LA AMBIGUA DISTINCIÓN
EN TIEMPO DE FRONTERAS

Miguel Lisbona Guillén

AL AMBIQUE

132 HISTORIAS DE VAMPIROS

Ana Leshner

ÁGORA

**136 LA INDUSTRIA
DE LA INSEGURIDAD**

Edward Snowden

PERSONAJES
SECUNDARIOS

**140 EL MARINERO QUE NO
DESCUBRIÓ AMÉRICA**

RODRIGO DE TRIANA

Manuel Becerra

OTROS
MUNDOS

143 PEÑÓN DE LOS BAÑOS

Gretta Hernández

CRÍTICA

148 Y LÍBRANOS DEL MAL

SANTIAGO RONCAGLIOLO

Jorge Comensal

**152 LA HISTORIA EN
UN SOBRE AMARILLO**

IVÁN GIROUD

Magali Kabous

156 HABITAR Y GOBERNAR

AMADOR FERNÁNDEZ-SAVATER

Francisco Carrillo

**160 LA NOBLEZA DE LA CARNE:
TITANE Y LAMB**

Jorge Javier Negrete

164 NUESTROS AUTORES

EDITORIAL

La etimología de la palabra *trabajo* es latina. *Trabis* significaba traba, impedimento y dificultad. El *tripalium* era un yugo hecho con tres palos en los cuales se amarraba a los esclavos para azotarlos. *Tripaliare*, del cual proviene el verbo *trabajar*, quería decir torturar. Hoy en día, ¿qué significa trabajar? Si no existieran la esclavitud o el trabajo no remunerado, se podría definir como la actividad que intercambiamos por dinero. Quizás la definición más adecuada sea entonces “la actividad que genera ganancias, aunque sus beneficios no siempre sean para quien la lleva a cabo”.

Salvo escasas excepciones, los humanos del siglo XXI estamos obligados a intercambiar nuestro tiempo por dinero o a conseguir que alguien más lo haga por nosotros. Nos han convencido de que nuestras vidas dependen de la economía y que cualquier sacrificio vale la pena con tal de defenderla.

La pandemia nos recordó, entre otras cosas, algo que las crisis del siglo XX ya nos habían enseñado: cuando la economía colapsa, las compañías mineras dejan de dinamitar las montañas y las fábricas ya no arrojan contaminantes a los ríos; la gentrificación se detiene, e incluso los obsesivos del trabajo se cuestionan sus prioridades. Sin embargo, mientras la economía siga controlando nuestras vidas, será difícil que un día despertemos en el mundo con el que soñamos. El sistema en el que vivimos no es estable. Entre el cambio climático y las bombas nucleares, el capitalismo industrial ha producido al menos dos escenarios muy probables de fin del mundo. Si queremos sobrevivir un siglo más, debemos reexaminar la mitología que sostiene a nuestro actual sistema de vida y una de sus principales deidades: el trabajo.

Nadie cuestiona que trabajar es productivo, pero ¿qué produce exactamente? Platos y pañales desechables, computadoras y celulares con obsolescencia programada, toneladas de dióxido de carbono, comida cada vez menos sana, fábricas, películas y movimientos artísticos para los que ya casi nadie tiene tiempo. También vale la pena preguntarse de dónde vienen los recursos que permiten toda esta producción. La res-

puesta la encontraremos observando la salud de los ecosistemas y las condiciones de vida de las comunidades explotadas. El trabajo tal y como lo practicamos es productivo, de eso no cabe duda, pero también destructivo.

Capitalistas y socialistas del mundo entero han dado siempre por sentado que el trabajo produce valor, pero algo que no nos dicen es que también *consume* valor. De ahí que los bosques y las capas de hielo polar se reduzcan vertiginosamente. Nuestros dolores de espalda o de cuello, el cansancio que sentimos al regresar a casa cada tarde, son un reflejo a pequeña escala del daño que está sufriendo el planeta.

La pereza no es la única alternativa al trabajo. Criticar las prácticas laborales que perpetuamos hoy en día no significa descartar el esfuerzo o el compromiso. No significa tampoco pretender que todo nos sea dado o nos resulte fácil. Sin embargo, estamos convencidos de que merecemos ser los amos de nuestro destino, y que estar obligados a vender lo que más importa en la vida para sobrevivir resulta trágico, humillante e innecesario.

Desde niños nos enseñan a postergar nuestros deseos y nuestra felicidad en espera de un tiempo que nunca llega y que, se supone, será la recompensa a muchos años de labor. El hábito del trabajo está tan anclado en nuestra sociedad que pocos nos cuestionamos las razones por las que lo seguimos haciendo. ¿Somos capaces aún de imaginar una sociedad en la que, en vez de amasar riquezas —o en la mayoría de los casos, pagar la comida y la hipoteca— las relaciones humanas, la crianza de nuestros hijos, las satisfacciones que producen la filosofía, el arte, el cultivo de un jardín o de un huerto, la investigación, la creación, la aventura, estén en el centro de la vida cotidiana y no acotadas a nuestro muy escaso tiempo libre?

Esperamos, querido lector, que este número, en donde conviven pensadores del presente y del pasado alrededor de un tema tan importante, te lleve a cuestionarte cómo vives, pero sobre todo a imaginar cómo quieres vivir.



Claude Monet, *Llegada del tren de Normandía, Gare Saint-Lazare*, 1877. Mr. and Mrs. Martin A. Ryerson Collection, Art Institute Chicago ©

POEMA

Ben Clark

Sus padres y sus hijos fueron huérfanos.
Sintecho, los llamaban. Indigentes.
"Están en todas partes, y sin Dios".
(Éste era el comentario más extraño.)

"¿Y dónde el Paraíso prometido"
cantaban aferrándose a la grasa
que hay en los asideros de los trenes.

No les llegó jamás una respuesta.
Tan sólo las miradas distraídas
y el silencio indolente
de los que siempre fuimos masticando
de camino al trabajo un pensamiento:

¿Y dónde el Paraíso prometido?
¿Y dónde el Paraíso prometido?

Tomado de *Los hijos de los hijos de la ira*, Editorial Delirio, Salamanca, 2017, p. 30. Se reproduce con autorización.



LA SUBVERSIÓN DEL CANSANCIO

Vivian Abenshushan

*Estoy agotada. No soy una máquina.
No puedo escribir.*

Alejandra Santillana

Lo sentimos en el cuerpo, lo escuchamos en las conversaciones, lo leemos en los muros de conocidos y desconocidos, lo sabemos: no podemos más. Y, sin embargo, nos derrumbamos sólo una milésima de segundo para luego seguir de pie, produciendo. Nuestro derrumbe es el tiempo que dura el reenvío de un *sticker* (el gatito tecleando desesperadamente sobre una laptop), que es en realidad un llamado de auxilio. Si lo pensamos un segundo más, en lugar de la queja, terminaremos agradeciendo a los cuatro vientos el privilegio de tener un trabajo. No uno, decenas de pequeños trabajos pulverizados. De compromisos, actividades, proyectos. De ideas para salir al paso. De toneladas de mensajes en el chat, correos que se acumulan y pendientes que se intensifican. De fechas de entrega. De más repartos en menos tiempo (según las exigencias de las apps). De informes, demandas, deudas. De exámenes por corregir y mermeladas por preparar (estamos probando nuevos giros para la subsistencia). Inhalo, exhalo. Existimos, después de todo. En nuestras mónadas metropolitanas, separades unes de otros, armades de cubrebocas y gel, existimos. Durante la conmoción global provocada por la pandemia de COVID-19, en medio de las muertes sin duelo, los despidos masivos y la economía de campamento, decir ¡estoy viva!, parece ya mucho

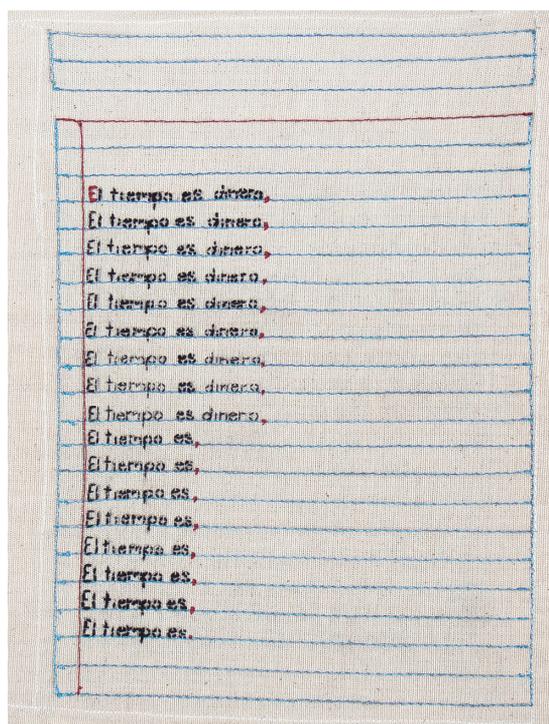
decir. Pero alguien, en algún lugar, entre un Zoom y otro, distraídamente se pregunta: ¿es esto, en verdad, una existencia? Por primera vez en el día, ese alguien puede respirar profundamente, abrir el plexo solar. Decide desconectarse. Se trata de un soplo crítico que agita el territorio.

No es necesario que con el cansancio se pueda dar comienzo a nada, porque de por sí él ya es un comenzar. Su dar-comienzo es una enseñanza. Dice menos lo que hay que hacer que lo que hay que dejar de hacer.

Peter Handke

El agotamiento de los cuerpos se ha difundido por la superficie sensible de la humanidad como un grito multitudinario. ¿Qué dice? ¿Quién escucha? ¿A quién interpela? No se trata de un grito nuevo, pero algo en él se ha exacerbado. Es el *impasse* de la nueva normalidad, una percepción corporal de que todo ha cambiado para seguir igual. O peor. Antes de la pandemia vivíamos ya en un mundo imposible, con jornadas de trabajo interminables y fechas de pago que podían variar de modo indefinido, en condiciones de empleo terriblemente débiles. Antes de la pandemia sabíamos que las categorías de trabajo fijo, derechos laborales y salario regular eran restos de otro mundo guardado en los anaqueles de la historia. Sabíamos también, gracias a Isabell Lorey, que la precariedad no es una condición marginal ni excepcional ni una tragedia pasajera que le sucede a unas o a otras, sino una forma de gobierno, es decir, una forma de docilidad inducida a través de una percepción de inseguridad permanente. Mediante la precarización, escribe Lorey, somos gobernados y seguimos siendo gobernables. Porque no se trata sólo de una forma

de poder y explotación potencial, sino de un dispositivo de reproducción de modos de existencia, una forma de subjetividad. La precariedad es el cuerpo que lo puede todo aunque esté a punto de venirse abajo. Es la disponibilidad total, la capacidad para surfear entre distintas tareas y responder a todos los mensajes de WhatsApp, sin derecho a ninguna vida distinta a la que permite el tiempo de producción. Es saberse descartable, intermitente, con el terror solitario de enfrentar un desalojo por no pagar el alquiler. Es, sobre todo, la gestión empresarial, económica y política de ese terror: la renuncia del precariado a todas sus esferas de autonomía (incluidas las horas de sueño) en aras de un trabajo temporal y mal pagado. ¡Es que es eso o nada!



Fernanda Montoya, *Sin título*, de la serie *El tamaño de mi palabra*, bordado sobre manta, 2020. Cortesía de la artista



LA UTOPÍA DEL TIEMPO LIBRE HA FRACASADO

Sofía Hinojosa, *28 hrs*, 2018. Cortesía de la artista

No hay mejor clima que la crisis para persuadirnos de que no hay otra opción que la precariedad. La garantía de un mínimo de seguridad en medio de la inseguridad generalizada. Lo único que ha ocurrido durante la pandemia es que la crisis sanitaria global, bajo sus condiciones de aislamiento y el miedo ante lo incalculable, ha intensificado las formas de perversidad y abuso laboral. La nueva normalidad no es otra cosa que el momento fundacional de un nuevo grado de control y regimentación capitalista. Es un más allá del trabajo de tiempo completo, algo más que el intento de empezar otro ciclo de hiperexplotación y expansión de los mercados a través de la renovada cibernética social. Bajo el lema que ya pregonan los empresarios por doquier: "¡El trabajo en línea llegó para quedarse! ¡Bienvenida la optimización de recursos! ¡La uberización del empleo es la alternativa! ¡Toda crisis genera una oportunidad!", se expresa algo más que una nueva

reestructuración del trabajo posfordista, esa mutación radical a la que asistimos desde hace cuarenta años y que se ha convertido en el escenario que hoy damos por sentado: globalización, flexibilidad, disolución de la organización sindical, desplazamiento del trabajo material a fábricas con mano de obra barata o trabajo esclavo, atomización del trabajo inmaterial con el celular como oficina *full time*, apoteosis del consumo, gobierno psíquico del algoritmo, etceterísima. Si antes de la pandemia la fábrica ya estaba en todas partes, incluida la química de nuestro cerebro, ¿qué hay de nuevo ahora? Se trata de la propensión capitalista a colonizar y debilitar extensivamente los últimos rincones de la vida. Sobre todo de aquella vida que había descubierto en su fragilidad un forma de potencia, la posibilidad de fraguar precisamente una *vida otra* (una vida-en-común), agrietando sensiblemente esos mecanismos de gobierno y esas conductas gobernadas.

La pérdida de consistencia que se designa con la palabra crisis no siempre alcanza la contundencia capaz de derrumbar hábitos y representaciones. Pero hay ocasiones que obligan a pensarlo todo de nuevo.

Diego Sztulwark

No quisiera omitir aquí esa grieta, ese umbral. Hacerlo sería omitir demasiado. Sería:

omitir la fuerza afirmativa y vitalizadora entrelazada con la revuelta, la alegría del cuerpo colectivo luchando por mantener con vida la vida misma, aun en su gemido de muerte,

como ha escrito Amador Fernández-Savater en *Habitar y gobernar*, un libro que he leído como un faro durante la pandemia. No hablar de las insurrecciones en curso sería volverme cómplice aquí, en este escrito, de la política del encierro, del “no hay alternativa”. Por eso, no olvido que una semana antes del gran confinamiento, miles de mujeres asistimos, en México y en el mundo, a la marcha multitudinaria del 8M llenas de vitalidad y de rabia. Recuerdo que, junto a mis amigas, cuerpo a cuerpo, escribí sobre una telita: “El deseo de cambiarlo todo”, ni más ni menos. Se trata de la frase con la que Verónica Gago ha descrito la fuerza telúrica de la lucha de las mujeres en su libro *La potencia feminista*. En ese deseo habíamos encontrado un modo de hacer de nuestra vulnerabilidad una fuerza en rebelión. Al día siguiente, convocamos a la huelga feminista, abriendo una gran conversación colectiva sobre quiénes podían parar y quiénes no, sobre el trabajo invisible de los cuidados, sobre la fábrica permanente. ¿Cuál es tu precariedad, cuál es tu huelga? ¿Parar significa también parar los flujos del capital en internet? ¿Nos desconectamos? Ésas eran algunas de nuestras interrogantes. Sabía-

mos que no hay salida individual a los problemas colectivos, que no se puede parar a solas. Recuerdo también que unos meses antes, desde Chile, nos llegaban las noticias del llamado de los estudiantes de secundaria a evadir masivamente los torniquetes del metro, una revuelta popular contra el aumento de los precios del transporte que involucró, más tarde, a millones de personas en una serie de movilizaciones que iban de Arica a Punta Arenas. Las reivindicaciones sociales más diversas se sumaron hasta desembocar en la demanda de una nueva Constitución, fundada en los derechos sociales, laborales e indígenas y abocada a la redistribución del ingreso.

Esos estallidos rompían el predominio aparente del “aspecto servil del gobierno de los precarios” y nos daban pistas sobre la insurrección por venir. Pero entonces llegaron el virus y la crisis sanitaria, que implicaron también un congelamiento del cuerpo colectivo a escala mundial. ¿Qué hacemos ahora? Parar, eso hicimos. Durante unas semanas, detuvimos todo. Y entonces la crisis, junto con otros usos del tiempo, se abrió como un umbral. Ahora que escribo desde la extenuación de la normalidad restaurada, confieso que siento una extraña nostalgia por aquel primer momento, que parece lejanísimo, cuando el virus irrumpió con la fuerza del acontecimiento. Una fuerza anárquica de metamorfosis, escribió Emanuele Coccia, que llegó a desordenarlo todo, a romper la linealidad no sólo de la trama del capital, sino de nuestra aparente inmunidad humana. A pesar de la incertidumbre, o quizá gracias a ella, ese periodo supuso una *emergencia*, en el sentido de lo que apremia y duele en la contingencia, pero también de lo que germina, de lo que surge desde el subterráneo como capacidad para imaginar los mundos que

La fatiga es el dolor físico que impide la continuación del trabajo. De ahí su peligrosidad.

vendrán. Esa emergencia cobró la forma de una serie de preguntas radicales sobre nuestro lugar en la comunidad de lo viviente y el tipo de relaciones otras que necesitábamos profundizar con el planeta, antes de que el culto al crecimiento ilimitado lo hiciera colapsar. Parecía que la forma del capitalismo imperante había perdido toda credibilidad.

“La crisis enseña a ver los dispositivos de normalización como opresiones a destituir”, ha escrito Diego Sztulwark en *La ofensiva de lo sensible*, refiriéndose a la crisis argentina del 2001, que podría ser la crisis financiera del 2008 o la crisis sanitaria presente: todos ellos momentos de “engendramiento de estrategias capaces de extraer vitalidad de un medio árido, mortífero”. Ante la vida amenazada, se tejieron redes de apoyo mutuo, se abrieron foros de pensamiento radical, se escribieron montones de ensayos disidentes. Pero antes de que esas sensibilidades en emergencia llegaran a multiplicarse, el neoliberalismo (ya desacreditado) comenzó a pergeñar la intensificación de su proyecto, llamando a la restitución de la normalidad (nueva) que neutralizó la potencia de la crisis, es decir, todo lo que la llegada del virus había desvelado sobre las desigualdades imperantes. Incluso durante el primer confinamiento, una actividad trepidatoria y loca se abalanzaba sobre nosotres en internet, como una especie de respuesta despavorida ante el *horror vacui* de la pausa global. El ocio intensificó sus formas de consumo y trabajo transmutándose en su propia negación: un negocio. ¡El algoritmo entró en éxtasis!

Cuando las notas periodísticas comenzaron a hablar de un nuevo fenómeno, el cansancio social, no hubo tiempo siquiera para pregun-

tarse: ¿a dónde se fue ese intervalo fértil de elaboración de saberes que había traído consigo el virus? Se fue al cansancio, un lugar que hace difícil actuar. La nueva normalidad es corrosiva, una corriente subterránea de debilitamiento extremo, depresión clínica y ansiedad. La fatiga vuelta estado de excepción permanente es el lugar más solitario de la desafección política, una dimensión somática de la crisis a la que nadie presta atención. ¡Ánimo! ¡Tú puedes! Como explica Mark Fisher, lo que ha hecho el realismo capitalista es persuadir a los trabajadores de que las fuentes del estrés se encuentran en su interioridad, su inadaptación al medio, su falta de flexibilidad o resiliencia, su procrastinación desorganizada, y no en las estructuras de la violencia económica. Todo quiere reconducirnos a los ideales de fluidez y funcionalidad, desde el *mindfulness* hasta los quince minutos de cardio, curas mediadas por el mercado que nos devuelven a la estabilidad.

La fatiga es el dolor físico que impide la continuación del trabajo. De ahí su peligrosidad. ¡El cansancio es subversivo! Desequilibra la máquina universal, su apariencia de todo bajo control. Mis contracturas, las tuyas, nos hablan del mundo sensible, donde la vida es frágil, no omnipotente. Politizar el malestar empieza por tocar el cansancio propio y el de les otras y, también, por mirar críticamente las docilidades que incorporamos a través de los modos de vida neoliberales. ¿Cómo disolvemos los envoltorios que nos mantienen como sujetos del rendimiento? ¡Abriéndole espacio al cansancio! Porque el cansancio es la expresión de un límite, el límite material del cuerpo. Y los cuerpos son irreductibles a los flujos del capital. En lugar de acallar el síntoma, en lugar de confinarlo en la clínica o la farmacia, la



Erwin Wurm, *Flabio durmiendo* (el artista durmiendo durante dos meses), 1994. SOMAAP, D.R. ©

urgencia política es escucharlo, dice Sztulwark. Estos cansancios requieren ser compartidos, no privatizados.

Ha hecho falta que todo tipo de pantallas se interpusieran entre nosotros y el mundo para restituírnos el incomparable brillo del mundo sensible, el asombro ante lo que está ahí.

Tiqun

Conspirar (respirar con otros) se volvió literalmente imposible durante el confinamiento. Pero hoy sabemos que con cubrebocas y aire libre, las posibilidades del contagio disminuyen. Quizá sea el momento de volver a conspirar al aire libre y cuidarnos desde ahí (convocar a pequeños grupos de estudio, reconstruir formas de autonomía en común, emplazar a deambulaciones urbanas o boscosas, bailar a la intemperie). Salir de nuestras ratoneras en la Babilonia de la información para imaginar las otras formas-de-vida que esta crisis invoca. Tejer las redes que nos permitan decir que

en el cansancio no estás sola y que la culpa no era tuya. O decirle en la cara al *empresedor* interior, al jefe tiránico y al realismo capitalista: no es no. La conspiración (por ahora especulativa) puede tomar como señal el vagabundeo de Rebecca Solnit y extenderse hasta la colectiva Precarias a la Deriva.¹ Caminar con otros es llevar al cansancio de paseo, ensanchar la fatiga desde donde sanar juntas. La insurrección rampante, la insurrección por venir, podría comenzar por volver al bosque del que venimos. Tender una emboscada. En un acto masivo a cielo abierto, todes les que no encajamos o no queremos encajar, arrojaremos nuestros celulares a una gran pira, para luego trepar a los árboles y permanecer ahí, en posición vegetal o pajarística, con la persistente voluntad colectiva de no hacer nada. **U**

¹ Laboratorio de Trabajadoras: Precarias a la Deriva. Para conocer más sobre esta colectiva, ver https://sindominio.net/karakola/antigua_casa/precarias.htm



TIERRA, COMUNALIDAD Y TEQUIO

Floriberto Díaz

No es una locura ni una ocurrencia supersticiosa el que nuestros padres y madres nos hayan enseñado que hay que platicar con la tierra para trabajarla, o que los árboles, las aves y los ríos son nuestros hermanos, y que nosotros debemos hacer ritos y ceremonias de vida por lo menos una vez al año para mirarnos y darnos cuenta de que nuestra vida es el punto más pequeño en el cosmos, pero quizás uno de los más importantes de la creación.

La tierra es la que nos da la seguridad de nuestro retorno a ella misma; como indígenas, ése es nuestro premio, ése es nuestro cielo. Y porque existe la certeza de que a ella volvemos, aunque desaparezcamos o nos lleven los ríos, no podemos concebir el infierno, sobre todo en el sentido judeocristiano, como condena al fuego después de una mala pasada en esta vida. Concebimos, eso sí, el descanso igual para todos.

Para un mixe (y, en general, para un indio en su respectivo idioma), *jää'γ*, es decir, el ser humano (que en Occidente se llama *hombre*) no es el único con sentimiento o lenguaje, antes bien, es uno más entre todos los seres vivos de la naturaleza; de esta manera las plantas, el agua, las rocas, las montañas, etcétera, también expresan y captan sentimientos. La gran cualidad que tiene *jää'γ* es sentir, reflexionar y expresar todo esto de los demás, pero no por ello pretende convertirse en el centro del universo, ni protagonizar así una sociedad antropocéntrica.

Se trata, pues, de la concepción de que todos los seres existentes tienen vida igual.

En ella ocupa un lugar relevante la Tierra, la que en todos los pueblos indios reconocemos como Madre. Del seno de ella brotamos, nos proveemos de frutos para nuestro sustento y ella nos guarda en sus entrañas cuando morimos.

Es a partir de que la Tierra es nuestro origen materno que todos los seres naturales son nuestros hermanos. Lo mismo sucede con el Sol, nuestro padre, por lo cual todos los astros también son nuestros hermanos.

La Tierra es la que nos comuna, tanto entre *jää'y* como entre éste y los demás seres vivos. La sociedad egoísta, privatizante, despótica, autoritaria y monetarista es la que mejor puede hacernos entender la comunalidad, porque se trata de su contraria.

Al mirarnos como iguales, deriva una necesidad del otro, del prójimo. La conservación de la vida, de su origen y consecuencia, es la que nos permite enlazarnos. Y es esta necesidad la que nos empuja a buscar la protección en nuestra Madre la Tierra. Y precisamente igual que una Madre-*jää'y* no es exclusiva de un solo hijo, así es como nos relacionamos con la Tierra, de una manera comunal, entre todos. Esto se refleja en aspectos importantes de nuestra vida, como en el matrimonio, donde se unen fuerzas y funciones diferentes no sólo para pertenecerse emocionalmente sino para asegurar la continuidad de ese origen de la vida, de las formas de relación y para reproducir la indianidad comunera.

La posesión comunal amplia es la forma de tenencia más recomendable con respecto a la tierra. Nadie puede ser propietario único de una parte de la tierra, del aire, del Sol. El concepto indio de la *libertad* se puede entender también en esta idea de la comunidad con respecto a la tierra; "no aprisionar" una parte de

la naturaleza significa no admitir nuestro propio aprisionamiento. Un ejemplo práctico de esto sería la domesticación de los animales entre las comunidades indias, que no tiene nada en común con la de la sociedad occidental. Por eso, la privatización de terrenos es repudiada enérgicamente por nuestros pueblos.

La Colonia y las leyes revolucionarias del siglo XX, muy a pesar de las clases dirigentes, normaron favorablemente la posesión comunal por esta exigencia de las comunidades. No puede haber entonces una reproducción individual, tendrá que ser colectiva. De ahí que la relación de reproducción-recreación mutua en-



Niños preparando mezcla de barro para bahareque en el Centro Comunitario Xantetelco en Morelos, 2019. Fotografía de Gerardo Aznar. Cortesía del artista

tre *jää'y* y Tierra habrá de ser comunal y ella es posible mediante una energía creativa, inteligente, transformadora: el trabajo. Pero siempre entendido en el sentido comunal.

Esta comunalidad, pues, es la que da razón al tequio. Ese trabajo colectivo y necesario expresa la capacidad de *jää'y* para combinar sus intereses individuales y familiares con los de la comunidad, en el cual no hay retribución monetaria y es obligatorio. La participación en el tequio es, precisamente, la forma de trabajar de un individuo para la comunidad, la que da respetabilidad frente a los demás comuneros.



Pintura de barro a la cal sobre muro de bahareque en Hueyapan Morelos, 2019. Fotografía de Gerardo Aznar. Cortesía del artista

El tequio tiene diversas variaciones:

a. Se trata del trabajo físico directo para realizar obras públicas, como caminos, edificios comunales, limpia de caminos, parcelas comunales (en muchas comunidades siguen conservándose terrenos dedicados específicamente al cultivo comunal, sobre todo de maíz; en donde se habían perdido, el proceso de organización local y regional está impulsando nuevamente esas áreas).

b. La ayuda recíproca, el trabajo de mano vuelta, es una variación del tequio a nivel de familias, mediante el cual al invitar a los vecinos a sembrar o a construir una casa se sella el compromiso, sin mediar algún escrito, de regresarles el favor para cuando ellos lo requieran.

c. Tequio es también atender a los invitados en una fiesta comunitaria, denominadas fiestas patronales de santos católicos, de tal forma que los huéspedes no pasen hambre y sed.

d. Entre una comunidad y otra también hay práctica de tequio a través de las bandas de músicos (bandas filarmónicas). Una comunidad puede invitar a la banda de otra a su fiesta haciendo el compromiso de corresponder de igual forma para cuando se le invite.

e. Tequio también es trabajo intelectual; esto es, poner al servicio de la comunidad los conocimientos adquiridos en las escuelas ubicadas fuera de ella; ya que al momento de dotar de terreno, poner trabajo, así como aportar dinero cuando se construye la escuela local, la comunidad espera de cada uno de sus hijos que retornen a darle sus servicios.

Es obvio que el tequio es el que nos ha permitido realizar las obras que de otra forma implicarían costos altísimos. Por eso los apoyos gubernamentales, cuando se miran desde la óptica del tequio, constituyen una mínima can-

Es claro también que el tequio convierte al trabajo de *jää'γ* en algo creativo, en energía transformadora, no esclavizante.

tividad a cambio de la cual el Estado-gobierno exige demasiada lealtad hacia las instituciones occidentales, como una forma de sometimiento.

Es claro también que el tequio convierte al trabajo de *jää'γ* en algo creativo, en energía transformadora, no esclavizante. Y si abundo en ello es porque ha constituido la forma concreta y material de lograr nuestra pervivencia y porque está expuesta a muchos peligros. Desde los primeros años del colonialismo, el tequio sirvió para edificar los grandes palacios de los enemigos y opresores; para levantar los templos de dioses blancos. En tiempos actuales de crisis se le pretende convertir en varita mágica institucional con el objeto de evitar el cumplimiento de promesas políticas, con lo cual se le transforma en una burda herramienta desarrollista que, en un momento dado, puede convertirse en una obligación sancionada desde fuera de las comunidades, y dejaría de tener el sentido que se le da desde nuestros pueblos.

Si bien ya no es una variación directa, el servicio como autoridad tiene su origen, sin duda alguna, en el tequio, pero ahora de una forma más complicada y sistemática. Ser autoridad entre nuestras comunidades no significa controlar y usar el poder en contra de la mayoría (de donde deriva el abuso y la prepotencia); tampoco es un mecanismo de enriquecimiento (en las sociedades y Estado-gobiernos de tipo occidental que conocemos de cerca, es frecuente que después de tres o seis años de funciones los gobernantes o políticos salgan millonarios). Ser autoridad es convertirse en el primer servidor de la comunidad, y normalmente después del año de servicio se termina mal económicamente, ya que la persona que llega a ser autoridad debe estar dispuesta

las 24 horas del día para atender cualquier circunstancia, ya sea directamente en la Casa del Pueblo o en su propia casa.

Kutunk, en mixe, nada tiene que ver con el significado occidental de la palabra *autoridad*, significa literalmente "cabeza de trabajo", "jefe de trabajo"; en la práctica es quien con su ejemplo motiva que la comunidad realice las actividades necesarias para su propio desarrollo. Por ello, a pesar de que todos nacemos signados para ser servidores, solamente aspiran a ser *měj kutunk* (gran autoridad) aquellos que mediante el escalafón de servicios demuestran a la comunidad que tienen capacidad de ser cabezas. A uno que tiene estudios y es jactancioso es frecuente que le digan, cuando llega a ser autoridad: ¿ya trabajaste para que me mandes?

Llegar a ser autoridad no depende de la persona o de sus amigos. Es la comunidad en asamblea la que escoge y decide quiénes deben ser *kutunk*. No es capricho de una minoría o de una publicidad anticipada, pues la comunidad juzga con base en las acciones de las personas. El papel de *kutunk* va de menor a mayor complejidad y de menos a más tiempo disponible para el servicio; es decir, los primeros cargos como *kutunk* no implican total responsabilidad ni tiempo completo como los grandes cargos de servicio. Y el mismo hecho de comenzar desde abajo es como entrar a una escuela, porque se va a ir aprendiendo cómo abordar cada asunto, cómo hablarle a los comuneros en términos individuales, cómo dirigirse al pueblo en asambleas, cómo tratar a los ancianos, cómo comportarse ante autoridades de otros pueblos, etc. Y recientemente significa, también, cómo tratar a los *amaxänjää'γ* (vi-

ruentos), sobre todo cómo no desesperarse ante su burocratismo y despotismo racista.

Los comuneros, a la vez que esperan que su *kutunk* trabaje responsablemente, adquieren el compromiso de que habrán de obedecer los mandatos de quienes sepan organizarlos y encabezarlos en las diversas actividades. Cada comunero puede corregir a su autoridad sobre el trabajo, y enseñarle a mejorar.

Kutunk es la entidad responsable de la cohesión, la que vigila la unidad de la población para seguir formando comunidad. Debe convocar a asambleas comunitarias para informar y para pedir el consejo de su pueblo. Así las asambleas son foros abiertos de discusión, de análisis de una forma oral en la mayoría de los casos. En ellas se salvan las diferencias para salir más unidos, más convencidos de que tenemos que luchar por la existencia de nuestra comunidad.

Las asambleas comunitarias, al igual que el desempeño de los servicios como *kutunk*, presentan deficiencias que tienen su origen desde tiempos inmemoriales o desde la Colonia. Hay comunidades en las que la asamblea comunitaria la forman los jefes-hombres de familia; quedando la intervención de la mujer en familia; aun así, la palabra de la mujer es la que sostiene la del varón, porque ella anima, reflexiona y propone en los casos difíciles. Pero también hay comunidades en las cuales parece que son las mujeres las que deciden los asuntos, porque son la mayoría de los asistentes a las asambleas comunitarias.

Cuando es difícil que sesione la asamblea comunitaria, existe otra instancia de consulta y de opiniones más selectas. Se trata del Consejo de Ancianos. En la actualidad se trata en la mayoría de las comunidades del Consejo de

Ancianos, Principales y Caracterizados. Para formar parte de este Consejo, no basta con llegar a ser anciano. Debe haberse demostrado, con los servicios dados a la comunidad, suficiente capacidad de buen consejero y luchador por la causa comunitaria. Para efectos de este Consejo, una persona que ha dado casi todos los servicios y que llega a ser *měj kutunk* (síndico, presidente y alcalde), es miembro ya del Consejo como anciano; pero para ser principal o caracterizado no es preciso haber ocupado todos los cargos, sino haber demostrado suficiente capacidad en los intereses de la comunidad.

El Consejo es un órgano de consulta para las autoridades comunitarias; suple en muchas circunstancias a la asamblea general, y previo a las asambleas comunitarias, las autoridades consultan primero a los ancianos. Si ellos no pueden resolver algunos asuntos, ellos mismos recomiendan la convocatoria general.

Existen tantas sesiones del Consejo cuantas veces las convoquen las autoridades en turno, y no hay ningún número definido para que haya mayoría; en la práctica, para tratar asuntos muy delicados y urgentes no se requiere mayoría.

Diría entonces que hay tres grandes principios de nuestras comunidades mixtes: la tierra como principio y fin de la vida; la comunidad como máxima creación de *jää'ý* para vivir y disfrutar de nuestra Madre la Tierra; y el trabajo comunal, tequio, como energía transformadora que mantiene a *jää'ý* en constante contacto creativo con la naturaleza. De ellos derivan los demás sistemas comunitarios de organización política, económica, religiosa, cultural y social.

Estos principios comunitarios son los cimientos de los derechos que reclamamos se

reconozcan y respeten por la sociedad y los Estado-gobiernos occidentales, se llamen como se llamen: desarrollados, subdesarrollados; del este o del oeste; del norte o del sur; capitalistas o socialistas...

Así, cuando se habla de autodeterminación desde diferentes voces de nuestros pueblos indios; cuando como mixes hablamos de autodeterminación comunitaria, como pueblo y como seres humanos, sobre nuestras tierras y recursos naturales; de las formas de nombrar nuestras autoridades comunitarias y de desempeñar nuestros servicios como tales; de la organización y ejecución del tequio; del uso de nuestro idioma materno y demás expresiones de nuestra vida y cultura; cuando decimos que basta ya de asesinatos y de ataques directos e indirectos a nuestra cultura india, y a nuestra integridad física, nos referimos al res-

peto irrestricto de estos principios comunitarios, expresados actualmente con más vehemencia por nuestros pueblos y organizaciones indias.

Como mixes, hemos sostenido que se trata de reivindicar nuestros principios como derechos por la simple razón de que no los hemos abandonado, pues no estamos mendigándolos, no porque no hubiera ni siga habiendo políticas y acciones genocidas y etnocidas con careta nacionalista y desarrollista que tratan de hacernos desistir de ellos, pero al igual que otros pueblos indios, hemos logrado sobrellevar todos los intentos por socavar nuestra esencia de pueblos indomables, amantes de la libertad y de la paz. **U**

Selección de Floriberto Díaz. Escrito. *Comunalidad, energía viva del pensamiento mixe*, Sofía Robles y Rafael Cardoso (comp.), UNAM, Ciudad de México, 2007, pp. 52-53, 57-64.



Gerardo Aznar, Tequio de construcción con bahareque en el Centro Comunitario Xantetelco en Morelos, 2019. Fotografía de Gerardo Aznar. Cortesía del artista

POEMA

CAVANDO

Seamus Heaney

Traducción de Pura López Colomé

Entre índice y pulgar
la gruesa pluma reposa, a gusto, como un arma.

Bajo mi ventana
el limpio, áspero sonido
de la pala hundiéndose en el suelo de grava:
Mi padre está cavando. Volteo desde arriba

a ver su tensa grupa entre los lechos de flores
hasta que se inclina más, y se endereza
veinte años atrás agachándose con ritmo
entre los surcos de papas
donde estaba cavando.

La tosca bota anidaba en la pala,
eje contra rodilla se nivelaba con firmeza.
Iba arrancando los brotes altos, enterraba hondo el filo brillante
para esparcir las nuevas papas que recogíamos,
felices con su fresca dureza entre las manos.

¡Por Dios! ¡Vaya si el viejo sabía manejar la pala!
Igual que su propio viejo.

Mi abuelo cortaba más turba en un día
que ningún otro en la ciénaga de Toner.
Una vez le llevé una botella de leche
con tapa floja de papel. Se enderezó
para beber, y de inmediato volvió a la tarea

cortando y rebanando con esmero, levantando trozos
por encima del hombro, y luego una y otra vez
hasta el buen tepe. Cavando.

El frío olor del limo de papas, el chapoteo y golpeteo
de la turba empapada, los cortes del filo en seco
por entre raíces vivas despiertan en mi memoria.
Mas yo no tengo pala para imitar a hombres como ellos.

Entre índice y pulgar
la gruesa pluma reposa.
Yo cavaré con ella.





TRABAJO SELECCIÓN

CrimethInc.

Traducción de Virginia Aguirre

JEFES

¿Quién no odia a su jefe? Incluso la gente que afirma que su jefe le cae bien lo dice con ciertas reservas: “no es tan malo... para ser jefe”.

A nadie le gusta que le digan lo que debe hacer o generar ganancias para alguien más. Estos simples resentimientos producen cierta tensión aun sin un movimiento anticapitalista. Desde la perspectiva de los jefes, cada día es una lucha kafkiana para convencer o coaccionar a empleados que preferirían estar en cualquier otro lugar del planeta. Nadie comprende lo difícil que es estar arriba; todas las personas le dicen a su jefe lo que quiere oír, no la verdad —lo que no es de sorprender, desde luego, considerando la asimetría de poder—. Tampoco es de extrañar que el jefe típico piense que el mundo entero se paralizaría si no hubiera jefes.

Pero los trabajadores odian a los jefes porque éstos son *inútiles*. Los jefes estorban. Cuanto más alto llegamos en el escalafón, menos participamos en las tareas prácticas cotidianas y menos las conocemos, de ahí la anécdota del trabajador incompetente al que ascendieron para que no pudiera causar ningún daño. En todo caso, la mayoría de los altos ejecutivos no empezaron desde abajo.

Todo esto desmiente el discurso de la meritocracia, la idea de que la gente obtiene dinero y poder conforme a su habilidad y su esfuerzo. A menudo los ejecutivos ganan *cientos de veces* más que los empleados de a pie; es imposible que esta desigualdad abismal en la remuneración re-

◀ Teresa Margolles, *Póker de damas*, exhibido en Sala10 del MUAC del 13 al 26 de julio de 2020, realizado para Manifiesta 11. Cortesía del MUAC y de la artista

Esto desmiente el discurso de la meritocracia, la idea de que la gente obtiene dinero y poder conforme a su habilidad y su esfuerzo.

fleje una diferencia real en el empeño con el que trabajan o lo que aportan al mundo. Los empresarios más pragmáticos dirían que estos sueldos son necesarios para competir con otras empresas a la hora de contratar ejecutivos eficaces. Pero el hecho de que estas disparidades parezcan inevitables sólo demuestra que la economía capitalista *no puede* retribuir a la gente de acuerdo con sus contribuciones reales.

Resulta irónico, pero se diría que la única manera de librarse de los jefes es convertirse en uno, es decir, *convertirnos en lo que odiamos*. De ahí la ambivalencia que muchos trabajadores muestran ante el avance profesional.

TRABAJADORES AUTÓNOMOS

“Trabajo autónomo” describe una amplia variedad de actividades: desde impartir clases particulares y cuidar niños hasta ser propietarios de pequeños negocios, desde vender flores en una esquina hasta ser artistas de éxito pertenecientes a la “clase creativa”. Relacionamos el trabajo autónomo con la libertad personal; sin embargo, manejar un negocio propio por lo general exige más tiempo que trabajar para una compañía y no necesariamente se perciben ingresos comparables.

Si el problema con el capitalismo es que los jefes no les pagan a los trabajadores lo que realmente vale su labor, el trabajo autónomo parecería la solución: si todos fuéramos trabajadores autónomos, entonces nadie podría ser objeto de explotación, ¿no? Pero la explotación no sólo consiste en tener un jefe, sino que también es el resultado de una distribución inequitativa del *capital*. Si todo nuestro capital es un

puesto de helados, no acumularemos ganancias al mismo ritmo que el propietario del edificio de departamentos en el que vivimos, aunque en ambos casos se trate de propietarios únicos. Las pautas que llevan a la acumulación del capital en cada vez menos manos funcionan con la misma facilidad *entre* entidades empresariales y *dentro* de ellas.

Así pues, el trabajo autónomo no es sinónimo de *autodeterminación*. El trabajo autónomo nos otorga más *agencia* sin darnos más *libertad*: logramos gestionar nuestros asuntos, pero tiene que ser en las condiciones del mercado. Ser un trabajador autónomo significa simplemente que nosotros mismos gestionamos la venta de nuestra labor y asumimos todos los riesgos que implica competir en el mercado. Pensemos cuántas compañías han amasado una fortuna vendiendo bienes y servicios a emprendedores en ciernes que en un abrir y cerrar de ojos tienen que cerrar sus negocios y volver a la fuerza laboral asalariada.

Como un magnate en miniatura, el trabajador autónomo sobrevive y adquiere recursos en la medida exacta en la que obtiene ganancias. En mayor grado que un trabajador asalariado, tiene que internalizar la lógica del mercado y tomar muy en serio sus presiones y valores. El emprendedor aprende a examinarlo todo, desde su tiempo hasta sus relaciones personales, en función del valor de mercado. Llega a verse a sí mismo como una empresa maderera ve a un bosque: un emprendedor es a la vez jefe y subordinado, su propia psique se divide en una faceta capitalista y otra de objeto de explotación. A la larga, para los trabajadores es más eficiente supervisar su propia integración en el mercado que lo que significa para las corporaciones o los gobiernos imponérsela.

En consecuencia, nos encontramos ante el viraje del paradigma del trabajador como empleado al del trabajador como emprendedor: en vez de limitarse a obedecer instrucciones y llevar a casa un cheque, se induce incluso a los trabajadores que no son autónomos a *invertir su propia persona* de la misma manera. Los profesores de escuelas progres fomentan que sus estudiantes adopten una actitud "activa" frente al aprendizaje en vez de simplemente adoc-trinarlos; los comandantes delegan la toma de decisiones tácticas en unidades cuyo entrenamiento favorece la "preparación para el combate" sobre la mera disposición a cumplir órdenes. A medida que los puestos de trabajo se precarizan, la experiencia laboral se convierte en una inversión para conseguir un empleo en el futuro: nuestro currículum es tan importante como el sueldo que hemos recib-

do. Están desapareciendo los viejos artesanos que trabajan por su cuenta, pero el emprendedor puede ser el ciudadano modelo de un orden mundial aún en construcción. El anticuado discurso sobre la independencia y la autosuficiencia es absurdo cuando ambas cosas se han vuelto imposibles: en vez de cultivar la independencia, el objetivo de la autogestión moderna es integrar perfectamente a cada persona en la economía.

A pesar de estas circunstancias, hay quienes aún consideran a los negocios que tienen un propietario local como una opción frente al capitalismo corporativo. Resulta ingenuo imaginar que las pequeñas empresas de alguna manera actúan con mayor responsabilidad ante sus comunidades: las empresas de todo tipo prosperan o fracasan en función de su éxito para extraer ganancias de las comuni-



Francis Alÿs, *Turista*, Ciudad de México, 1994. Fotografía de Enrique Huerta. Cortesía del artista ©

dades. Las pequeñas empresas pueden captar una clientela fiel siendo un poco menos depredadoras, pero sólo en la medida en que les funcione como *publicidad* y siempre y cuando los consumidores puedan pagar una suma adicional por este lujo. En el mundo empresarial, la “responsabilidad social” es una estrategia de mercadotecnia o una desventaja. La dicotomía entre empresas locales y multinacionales sólo sirve para encauzar a quienes se sienten frustrados con el capitalismo a apoyar a pequeños capitalistas, legitimando así a empresas que en última instancia acumularán capital a costa de otros o serán desplazadas por contendientes más despiadados.

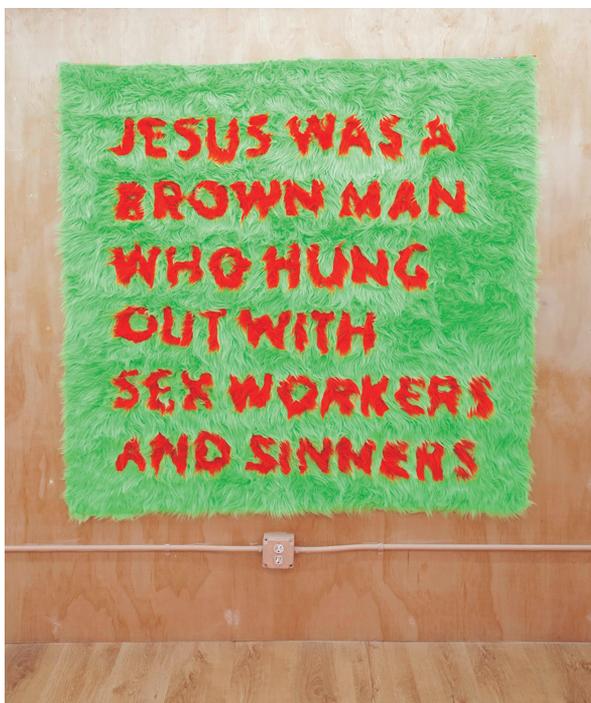
Ha habido incontables sociedades que no han creído en la propiedad privada del capital,

pero ningún historiador ha documentado la existencia de una sola sociedad en la que el capital se haya distribuido de manera equitativa entre una población de empresarios autónomos. Semejante cosa sólo podría durar hasta que algunos de los empresarios empezaran a lucrar con el resto. Depender de las pequeñas empresas para resolver los problemas derivados del capitalismo es menos realista que intentar acabar con el propio capitalismo.

LA INDUSTRIA DEL SEXO

Prostituirse: podemos aprender mucho del capitalismo con esta palabra. “Poner los talentos personales al servicio de una causa indigna para obtener una ganancia financiera”: ¿quién no hace eso en nuestros días? Sin embargo, a los empresarios y a los profesores no se les llama *prostitutos*, por más indignas que sean las causas a cuyo servicio pongan sus talentos; ese oprobio se lanza a las mujeres y los tránsfugas del género que son demasiado pobres como para llamarles *escorts*. Como ocurre con el trabajo doméstico, se ve con malos ojos exigir que se paguen por anticipado cosas que cualquiera vende de manera indirecta: dirige los reflectores a la dinámica del trabajo en cada uno de los niveles de la sociedad. La sexualidad es sagrada —es decir, las formas que adopta y los usos que se le pueden dar están estrictamente dictados por las tradiciones patriarcales—. *Poner los talentos personales al servicio de una causa indigna* se le atribuye a las personas que se ven obligadas a ello para sobrevivir, no a quienes obligan a otras a hacerlo.

Quienes lucran con la industria del sexo no son trabajadoras y trabajadores sexuales, así como tampoco son mineros quienes lucran



Areli Arellano, *Brown Jesus*, 2019. Cortesía de la artista [Jesús era un hombre moreno que se juntaba con trabajadoras sexuales y pecadores]

con la minería. La mayoría de los ingresos son para los ejecutivos de la pornografía y los proxenetas. Leyes que aparentemente tienen el propósito de defender la moral pública y “proteger” a las mujeres sirven más que nada para controlar una de las contadas industrias en que las mujeres y otras personas señaladas por su sexualidad podrían tener una ventaja. ¿Qué nos dice de la moral pública que sea legal cortar la cima de una montaña y que sea ilegal que una mujer reciba dinero a cambio de sexo para sortear la pobreza?

Mientras tanto, a las trabajadoras sexuales “exitosas” les toca el papel de mostrar que la mejor manera de salir adelante es someterse a los caprichos sexuales de los hombres. Esto se aplica tanto a Madonna y Angelina Jolie (y a otras personas que se venden utilizando su *sex appeal*) como a una estrella porno tal cual. La idea de que el trabajo sexual puede empoderar es una versión del mito de que el capitalismo genera democracia y libertad. Sin duda es mejor ganar 80 dólares la hora que 8, pero sigue siendo *trabajo*. La mayoría de las trabajadoras sexuales “empoderadas” deben sus ganancias a una construcción patriarcal de la sexualidad que sistemáticamente desempodera a las mujeres, así como las cooperativas que son propiedad de trabajadores siguen dependiendo del mercado capitalista y la explotación que éste conlleva para su supervivencia.

La industria del sexo nos ofrece un ilustrativo microcosmos sobre cómo interactúan el desarrollo tecnológico, la alienación social y la explotación capitalista. Hace menos de un siglo, el trabajo sexual se mantenía en una fase preindustrial de desarrollo que consistía principalmente en encuentros físicos de personas. En el siglo XX, la nueva tecnología permitió a



Issa Téllez, *Mi amiga es puta*, 2021. Cortesía de la artista

los capitalistas acumular capital en forma de películas pornográficas: les pagaban a los trabajadores sexuales una tarifa por única vez a cambio de un producto con el que ellos continuaron obteniendo ganancias. La pornografía ya era milenaria, por supuesto, lo novedoso era la capacidad de producir en masa. Así como las fábricas habían transformado al resto de la economía, esto aceleró el proceso de acumulación de capital para los beneficiarios económicos de la industria del sexo. También dotó a las empresas que producían estas películas de una enorme influencia sobre la sexualidad de millones de consumidores: no estaban vendiendo únicamente gratificación sexual, sino construyéndola.

Los avances tecnológicos posteriores han seguido configurando la sexualidad de los consumidores. En gran parte del mundo “desarrollado”, la mayoría de los encuentros sexuales de los hombres ahora suceden con máquinas, o al menos están mediados por ellas. La sexua-

lidad moderna está tan concentrada en lo virtual que en los encuentros de la vida real los participantes tienden a interpretar papeles difundidos por la industria sexual. En este sentido, la pornografía cosifica roles de género centenarios aun cuando los va actualizando y ajustando. En las generaciones más recientes, el abanico de prácticas sexuales e identidades de género reconocidas se ha diversificado, pero ninguna de ellas escapa a la influencia del capitalismo; para un economista, simplemente se trata de la apertura de nuevos mercados especializados.

Los imperativos del lucro no sólo configuran la construcción social del sexo y el género; también determinan su construcción biológica. El viagra, la testosterona, las pastillas anticonceptivas: el género se produce en los laboratorios de las empresas farmacéuticas en una medida no menor a lo que sucede en instituciones más antiguas, como la familia. Lo anterior vale tanto para atletas que toman esteroides como para personas que se hacen colocar implantes de silicón. El género no se usa sólo para impulsar líneas de productos: es al mismo tiempo una identidad del consumidor, un producto básico y un aspecto del proyecto de *venderse uno mismo* que se observa incluso fuera del lugar de trabajo.

En este contexto, el desvío con respecto a las normas de género construidas ha sido objeto de una apropiación como fenómeno médico para confirmar que esas normas son más “naturales” que los cuerpos con los que nacemos. Al promover el discurso de que los transexuales son mujeres “atrapadas en un cuerpo de hombre” y viceversa, las autoridades psiquiátricas y médicas dan a entender que las categorías *hombre* y *mujer* son universales y exhaustivas. Paradójicamente, al permitir que

la gente transite entre categorías supuestamente inmutables, afianzan la hegemonía del sistema patriarcal de dos géneros y, por ende, la exclusión de cualquiera que no pueda o quiera elegir uno de ellos.

Así pues, desde el placer hasta la identidad de género, el capitalismo incide en los detalles más íntimos de todos los aspectos de la vida. El mercado coloniza facetas de nuestra persona que antes se desarrollaban al margen de sus dictados hasta que sólo tenemos acceso a ellas a través de él: por ejemplo, los hombres a los que les cuesta trabajo masturbarse si no ven pornografía convencional. Cuando la sexualidad está modelada por las fuerzas económicas y las relaciones sexuales ocurren a menudo entre personas con un acceso asimétrico a los recursos, puede ser difícil distinguir el trabajo sexual del sexo, punto.

NO TENEMOS QUE VIVIR ASÍ

Algunas convenciones sociales, como la propiedad privada, crean desequilibrios de poder y de acceso a los recursos. Otras no. Hay maneras de satisfacer nuestras necesidades sin comprar ni vender. Hay maneras de relacionarnos con otras personas sin tratar de lucrar a expensas suyas.

Resulta difícil creerlo ahora que el capitalismo ha colonizado casi todos los aspectos de nuestra vida. Sin embargo, hay innumerables ejemplos de otras maneras de hacer las cosas. En el caso de la producción, pensemos en las fiestas para edificar graneros, en las que una comunidad se reúne un día para construir estructuras que de otro modo llevaría meses, o los programas informáticos de fuente abierta, que son creados y perfeccionados de manera colaborativa por las personas que los usan. En lo concerniente a la distribución, pensemos



Guillermo López, *Das Kapital*, 2018. Realizada en el puesto de revistas del colectivo RRD. Cortesía del artista

en las bibliotecas, que pueden almacenar mucho más que libros, o los intercambios de archivos, en los que se organizan personas que circulan lo que necesitan. En cuanto a las relaciones, pensemos en amistades y lazos familiares sanos, en los que todos se ocupan del bienestar de los demás, o fiestas y festivales en los que incluso quienes no se conocen disfrutan la presencia de unos y otros.

Ninguno de esos modelos fomenta el egoísmo o desalienta el esfuerzo. Todos contrarrestan la idea de escasez: cuanto más participa la gente, más nos beneficiamos todos. Tiene que haber maneras de llevar fórmulas de ese tipo a otras esferas de la vida.

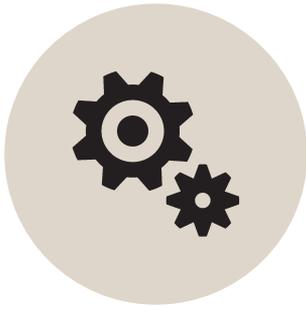
La idea de reorganizar toda nuestra sociedad nos asusta, por supuesto. Visto desde donde nos encontramos ahora, no podemos saber qué entrañará o cómo será el resultado. Pero podemos *empezar*.

Abolir la propiedad privada sin duda plantea sus propios retos e inconvenientes, pero difícilmente podrían ser peores que los efectos del capitalismo global. Todos hemos oído hablar de la llamada “tragedia del patrimonio común”, la idea de que no se puede confiar a la gente el cuidado de los recursos de los que to-

dos somos igualmente responsables. Hay algo de cierto en ello: la verdadera tragedia es que el patrimonio común fue privatizado, que no logramos protegerlo de quienes nos lo arrebataron. Si queremos acabar con el capitalismo, debemos aprender a defendernos de quienes impusieron la *tragedia de la propiedad*.

Es tanto lo que nos han quitado del mundo que sería desconcertante vernos de pronto compartiéndolo todo de nuevo. Los levantamientos recientes de gente que ha creado zonas autónomas al margen del capitalismo —Oaxaca en 2006, Atenas en 2008, El Cairo en 2011— nos ofrecen un atisbo de cómo podría ser. La euforia de tomar espacios y darles un nuevo propósito, de actuar espontáneamente en masa, tiene muy poco que ver con la vida cotidiana en una sociedad capitalista. Desmantelar el capitalismo no significa solamente tener bienes materiales en común, sino redescubrir a los otros y a nosotros mismos: abrazar una forma totalmente distinta de estar en el mundo. **U**

Selección de *Work. Capitalism. Economics. Resistance*, Crimeth-
Inc. Workers Collective, 2001, pp. 67-68, 87-89, 123-125, 331-332.



UN DOGMA DESASTROSO

Paul Lafargue

Traducción Meritxell Martínez

*Seamos perezosos en todo,
excepto en amar y en beber,
excepto en ser perezosos.*

Lessing

Una extraña locura se ha apoderado de las clases obreras de los países en los que reina la civilización capitalista. Esa locura es responsable de las miserias individuales y sociales que, desde hace dos siglos, torturan a la triste humanidad. Esa locura es el amor al trabajo, la pasión moribunda por el trabajo, que lleva hasta el agotamiento de las fuerzas vitales del individuo y de su prole.

En lugar de reaccionar contra tal aberración mental, los curas, los economistas y los moralistas han sacrosantificado el trabajo. Hombres ciegos y de escasa inteligencia han querido ser más sabios que su Dios; hombres débiles y despreciables han querido rehabilitar lo que su Dios maldijo.

Yo, que afirmo no ser cristiano, ni economista, ni moralista, apelo a su Dios antes que a su juicio; no a los sermones de su moral religiosa, económica, librepensadora, sino a las espantosas consecuencias del trabajo en la sociedad capitalista.

En esta sociedad, el trabajo es la causa de toda degeneración intelectual, de toda deformación orgánica. Comparad los purasangres de los establos de los Rothschild, cuidados por sus lacayos de dos manos, con las bestias normandas que aran la tierra, acarrean el abono y transportan la cosecha a los graneros. Mirad al noble salvaje, a quien los misioneros del comercio y demás comerciantes de la religión todavía no han corrompido con sus doctrinas, la sífilis y el dogma del trabajo, y mirad

entonces a nuestros miserables sirvientes de las máquinas.¹

Si en nuestra civilizada Europa queremos rastrear la belleza nativa del hombre, es preciso ir a buscarla a las naciones donde los prejuicios económicos no han anulado el odio al trabajo. Por ejemplo, España, que por desgracia también va degenerando, puede aún vanagloriarse de poseer menos fábricas que nosotros prisiones y cuarteles; pero el artista disfruta al admirar al audaz andaluz, moreno como las castañas, derecho y flexible como un tronco de acero; y nuestro corazón se estremece oyendo al mendigo, majestuosamente arropado en su capa agujereada, tratando de amigo a los duques de Osuna. Para el español, en quien el animal primitivo no está atrofiado, el trabajo es la peor de las esclavitudes.²

Al igual que los griegos de la gran época que no tenían más que desprecio por el trabajo: sólo a los esclavos les estaba permitido trabajar. El hombre libre no conocía más que los ejercicios corporales y los juegos de la inteligencia. Fue aquél el tiempo de un Aristóteles, de un Fidias, de un Aristófanes. El tiempo en el que un puñado de valientes destruía en Maratón las hordas de Asia, que Alejandro pronto conquistaría. Los filósofos de la Antigüedad enseñaban el desprecio al trabajo como degradación del hombre libre. Los poetas cantaban a la pereza, ese regalo de los dioses: "Oh, Melibeia, Dios hizo el ocio para nosotros".

Y Cristo, en su sermón de la montaña, predicó la pereza:

Contemplad cómo crecen los lirios de los campos; ellos no trabajan ni hilan, y sin embargo, yo os lo digo, Salomón, en toda su gloria, no estuvo más espléndidamente vestido.³

Jehová, el dios barbudo y de aspecto poco atractivo, dio a sus adoradores el ejemplo supremo de la pereza ideal: después de seis días de trabajo se entregó al reposo por toda la eternidad. Entonces, ¿cuáles son las razas para quienes el trabajo es una necesidad orgánica?

Los auverneses en Francia; los escoceses, esos auverneses de las Islas Británicas; los gallegos, esos auverneses de España; los pomerianos, esos auverneses de Alemania; los chinos, esos auverneses de Asia.

En nuestra sociedad, ¿qué clases gustan del trabajo por el trabajo? Los campesinos propietarios, los pequeños burgueses, quienes, curvados los unos sobre sus tierras, sepultados los otros en sus negocios, se mueven como el topo en la galería subterránea, sin enderezarse nunca más para contemplar la naturaleza y disfrutar. Y, sin embargo, el proletariado también ha traicionado sus instintos e ignorado su misión histórica. Se ha dejado pervertir por el dogma del trabajo. ¿No era ésta la clase que, emancipándose, emancipará a la humanidad del trabajo servil y hará del animal humano un ser libre?

Duro y terrible ha sido su castigo. Todas las miserias individuales y sociales son el fruto de su pasión por el trabajo. **U**

¹ En síntesis, el autor desarrolla en una nota al pie la idea de que el impulso civilizatorio ha corrompido a la humanidad. En el caso de pueblos antiguos como los bárbaros, las causas son la influencia del Imperio romano y la imposición del cristianismo; en cuanto a los "pueblos salvajes" del Nuevo Mundo, el daño proviene del cristianismo y el capitalismo. [N. de la E.]

² Hay un proverbio español que dice: "Descansar es salud".

³ Evangelio según san Mateo, capítulo VI.

Capítulo 1 de *El derecho a la pereza*, traducción de Meritxell Martínez, Virus editorial, Barcelona, 2016, pp. 12-19. ©



ASCENSO Y CAÍDA DE UNA MALA PALABRA

Óscar de Pablo

Preguntémonos como se preguntaría un niño: ¿Qué quiere decir el vocablo *trabajo* en expresiones como “busco trabajo”, “estoy en el trabajo” o “no me llames al trabajo”? Es un término cargado de significación social: cabe en él toda la deslumbrante historia de nuestra especie.

Sin embargo, la palabra tiene un origen muy humilde. En su acepción más simple, designa muy poca cosa: cualquier actividad que los humanos realizan conscientemente para modificar la realidad y satisfacer un deseo. Es cualquier interacción deliberada con la naturaleza. Nada más. Acarrear un líquido para saciar la sed, por ejemplo, es trabajo, incluso si se trata de llevarnos repetidamente a la boca un tarro de cerveza. Masticar, desplazarse, aprender... es interactuar con la realidad y, en la medida en que lo hagamos para satisfacer un deseo cualquiera, es trabajar. Sólo se distingue de la actividad de otras especies animales en la medida en que consideremos la deliberación un atributo humano.

Y, sin embargo, nadie presumiría de estar trabajando cuando está llevándose a la boca un tarro de cerveza, o cuando lee un ensayo sobre el trabajo en una revista cultural. Esas actividades cambian la realidad y satisfacen deseos, sí, pero no es esta humilde acepción la que tiene en mente quien dice que “busca trabajo” o que “está en el trabajo”. No, satisfacer conscientemente un deseo individual no merece ya ese título. La realidad social ha evolucionado de manera tal que la palabra ha adquirido un significado totalmente distinto y mucho menos vulgar.

A lo largo de los milenios, nuestros deseos se han vuelto cada vez más diversos y multilaterales. En cambio, conforme la producción se hace más sofisticada, nuestras aptitudes individuales se han vuelto cada vez más enfocadas, más específicas, más unilaterales. Quien tiene que barrer casas ajenas no tiene tiempo de cultivar la física cuántica. Quien sabe operar un cuerpo no sabe programar una aplicación y quien sabe escribir ensayos sobre el trabajo sería incapaz de producir el carburador de un autobús. Por eso, para satisfacer el vasto mundo de sus deseos, el individuo ya no puede contar sólo con sus capacidades ultraespecíficas. Debe intercambiar el fruto de su trabajo por el de trabajos ajenos. El barrendero debe usar parte de su sueldo para pagarle al médico. El médico debe emplear parte de sus honorarios para comprar una revista literaria, y así sucesivamente. Es así, mediante una gigantesca división del trabajo, mediada por el intercambio mercantil, como la humanidad satisface hoy el grueso de sus deseos.

Así pues, esa palabra de tan baja cuna, *trabajo*, se volvió más elegante: pasó a designar únicamente la actividad que se traduce en productos o servicios que podemos ceder (es decir, que sean enajenables) y que satisfacen deseos *de otros humanos*, es decir, deseos sociales. Quien trabaja satisface deseos de otros para que esos otros le cedan a cambio, directamente o en forma de dinero, servicios o bienes producidos por actividades específicas ajenas, pero que necesita para satisfacer sus propios deseos. La medida en que el fruto de un trabajo específico puede intercambiarse con los demás es lo que se llama *valor*. Y lo que determina el valor de cada producto del trabajo (asumiendo que realmente satisfaga un deseo social) es el tiempo que, en promedio, toma su realización

en la circunstancia en que se intercambia. Sólo tiene valor el fruto del trabajo que puede intercambiarse... y sólo la actividad que produce valor merece ya el nombre de "trabajo".

Pero tampoco esta acepción es aún suficientemente exclusiva. Cuando alguien dice que "busca trabajo" o que está "en el trabajo" no se refiere meramente a cualquier actividad que pueda servirle a otros y que por lo tanto pueda intercambiarse. Por ejemplo, Karl Marx produjo una vasta obra a lo largo de largas horas de estudio y reflexión, sacrificando su salud y la de su familia. Nuevas traducciones y reimpressiones de esas obras siguen editándose y



Beto Shwafaty, *Contrato de riesgo (trabajador, político, intelectual y revolucionario)*, 2009-2015. Fotografía de Edouard Fraipont. Cortesía de la Galería Luisa Strina y el artista



Verónica Meloni y trabajadores de limpieza del Museo de Arte Moderno de Buenos Aires, *Acción de los días*, 2020. Fotografías de Julián Bongiovanni y Jorge Vidal ©

rompiendo récords de ventas. Aquella actividad suya satisface todavía el deseo de aprendizaje y comprensión de otros, de muchos otros. Acertada o no, puede venderse, y es en esa medida que tiene valor. Y, sin embargo, Marx nunca cobró un salario que le permitiera vivir y, por eso, se dice que nunca "trabajó". Llevaba a cabo muchas actividades, sí, pero la mera satisfacción de un deseo social, por grande que sea, ya no basta para conferirle a una actividad el título de *trabajo*.

Nuestra vida material ya no sólo depende del intercambio mercantil entre productos de distintas actividades específicas, sino también de que esas actividades se movilicen y se concentren en una escala gigantesca. Para que eso ocurriese, la producción tuvo que organizarse históricamente *de un cierto modo*. Dado que los deseos humanos son cada vez más diversos, los medios materiales que se necesitan para satisfacerlos son cada vez más sofisticados y

costosos, y cada vez menos gente puede permitirse su posesión. Además, quien tiene poder militar puede privar a otros de sus medios de trabajo. El resultado es que muchos pueden comprarse una rueda, pero pocos pueden comprarse una planta textil. Muchos pueden adquirir un martillo, pero pocos pueden poseer una red de fábricas de partes automotrices. Estos instrumentos gigantescos pueden estar físicamente dispersos por el mundo, pero, como propiedad, se concentran cada vez más en menos manos. Así, conforme menos gente posee los medios necesarios para producir, mientras menos gente puede crear con sus propios medios bienes o servicios de valor, más gente debe vender su capacidad productiva para emplearla en medios ajenos. Muchas personas venden su fuerza de trabajo a un puñado de compradores.

Quien tiene medios de trabajo no los presta por la bondad de su corazón, los presta a

cambio del trabajo mismo: compra la capacidad laboral ajena a cambio de una parte del valor producido, llamada *salario*. Es decir, adquiere, por un lado, la propiedad del producto del trabajo que se realiza con sus medios (devolviendo al productor una porción ínfima de su valor) y, por el otro, el derecho a supervisar, directa o indirectamente, las condiciones en que el productor produce, así como a dictarle lo que debe producir. Una vez que se descuentan el costo de la producción, incluyendo el salario de los productores, el resto del valor producido de este modo va a parar a los bolsillos del dueño de los medios de trabajo. A esta parte se le llama *plusvalía* o *plusvalor*, y es el móvil al que obedece todo el proceso.

Una parte de este plusvalor creciente se reinvierte para recomenzar el mecanismo, en una escala mayor. Así, el trabajo enajenado no sólo produce cosas, sino que produce también las condiciones sociales de su propia repetición, es decir, se reproduce él mismo: obliga a una cantidad cada vez mayor de gente a vender su capacidad productiva para subsistir y al mismo tiempo permite que una pequeña cantidad de gente pueda comprársela. Desde luego, el dueño de los medios de trabajo también es humano y tiene deseos: no reinvierte toda la plusvalía. Una parte la consume, lo que le permite no sólo vivir sin trabajar, sino vivir cada vez mejor con respecto a los que trabajan. Con cada jornada, el golfo entre uno y otro polo de la experiencia humana se va ensanchando. Así la palabra *trabajo* adquiere toda su significación actual.

Incluso proyectamos a otras especies nuestro lenguaje histórico. Sería raro decir que está *trabajando* la loba que caza para alimentar a sus crías... pero, cosa curiosa, es frecuente usar ese término para describir lo que hace un buey

cuando tira el carro de su dueño. Para que podamos decir que estamos trabajando, ya no basta que estemos modificando la realidad para satisfacer nuestros deseos, ni directamente, ni a través de la satisfacción de deseos ajenos o sociales. Ya no basta producir valor. Ahora trabajar no sólo significa producir valor para vendérselo a otros, sino valor que surja ya como propiedad de otros, con los medios de otros, bajo las órdenes y la supervisión de otros. En otras palabras, ya no llamamos trabajo a cualquier actividad que produzca valor, sino sólo a la que, además, produzca *plusvalor*. Éste es el sentido que da a la palabra *trabajo* quien dice que Marx "nunca trabajó".

Fue así como el trabajo llegó a adquirir su resplandeciente significado actual. Quien dice que busca trabajo no quiere decir que esté aburrido y quiera algo que hacer: quiere decir que busca quién le compre su fuerza de trabajo a cambio de un salario que le permita vivir. Quien dice que está en el trabajo no quiere decir necesariamente que esté haciendo algo que satisfaga un deseo propio o social: quiere decir que se encuentra físicamente en el lugar donde su tiempo está bajo supervisión ajena, aunque no esté haciendo nada. Quien entra a "su trabajo" a las nueve y sale a las seis puede no hacer nada en toda la jornada, pero debe estar pendiente de que no le pidan algo, pues su tiempo no le pertenece. Pasa el día jugando solitario en la computadora, a la espera de una orden, y eso es "trabajo", y a las seis corre a su casa para atender su jardín, para leer una historia o para tejerle bufandas a sus sobrinos, pero a eso no lo llamamos trabajo.

Una mujer le da de comer a un niño pequeño, le cambia los pañales, vigila que no le pase nada y lo calma cada vez que llora. Es una actividad demandante y extenuante. Es el hijo de

El trabajo no desandar  nunca el camino que lo llevó a adquirir su deslumbrante forma actual, la forma de trabajo alienado.

sus empleadores: le pagan por cuidarlo. Por eso puede decir que "est  trabajando". Al terminar la jornada, la mujer sale "del trabajo", es decir, deja la casa de los patrones, recoge a su propio hijo en la guardería y hace con él por un breve periodo lo mismo que hizo con el niño ajeno durante todo el día, antes de caer exhausta. Para alimentar a su propio hijo debe pasar el día cuidando al hijo de otros, limpiando la casa de otros, cocinando para otros.

El trabajo se ha vuelto ajeno a su autor, se le enfrenta como un poder hostil y lo domina. Ya no lo sirve, sino que se sirve de él. Le impone sus propios intereses. La gran mayoría de la humanidad se ve sometida a su propio trabajo, que se ha vuelto el amo del mundo. Pero el interés de ese trabajo alienado es en realidad la máscara que asume el interés de clase de los propietarios.

El ámbito donde la palabra *trabajo* designa más claramente la actividad alienada, productora de plusvalor, es el legal. Los contratos y leyes laborales no limitan a ocho horas diarias o cuarenta horas semanales la actividad que los humanos hacen simplemente para satisfacer deseos propios o ajenos. Esa actividad útil obviamente no se detiene cuando suena el silbato y termina la jornada. La actividad que se realiza en el tiempo libre no sólo es útil: es absolutamente indispensable para el desarrollo de una sociedad. Es entonces cuando empiezan no sólo el autocuidado individual, familiar y comunitario, el ejercicio, la cultura, los viajes, la organización sindical y la participación política... sino también el consumo, que el capitalismo necesita casi tanto como el trabajo: actividades que no tienen nada de estériles. El

trabajo libre suele ser más productivo, más socialmente útil que el trabajo alienado. Por eso la vieja consigna obrera no decía: "ocho horas de trabajo y dieciseis de descanso", sino "ocho horas de trabajo, ocho de descanso y ocho para lo que se nos d  la gana". Este último rubro implica un universo de actividades útiles... incluyendo la conquista y la defensa de una jornada máxima, así como la lucha por la emancipación definitiva del trabajo.

Lo que las leyes y los contratos laborales limitan es la actividad *enajenada*: el tiempo de trabajo que un adulto está obligado a ceder a otro para obtener a cambio los medios de una vida digna para su familia. Más allá de ese límite temporal, las horas de trabajo enajenado se deben pagar como horas extra, por lo menos al doble. En este sentido, la "jornada máxima" es un tema *salarial*. Cuando el salario establecido por ley o por contrato para remunerar ocho horas no alcanza para satisfacer los deseos de una familia, la distinción entre jornada "normal" y "horas extra" se vuelve una simulación. Las horas extra se vuelven la norma cuando enajenar cuarenta horas semanales de trabajo ya no basta para alimentar, educar y cuidar a la familia, incluyendo a los niños y los ancianos. Por eso, señalar que un país —digamos, México— ocupa un lugar de honor en el *ranking* de los países donde más se "trabaja" (es decir, donde cada familia trabajadora debe enajenar más horas de trabajo para sostenerse) es señalar su subdesarrollo.

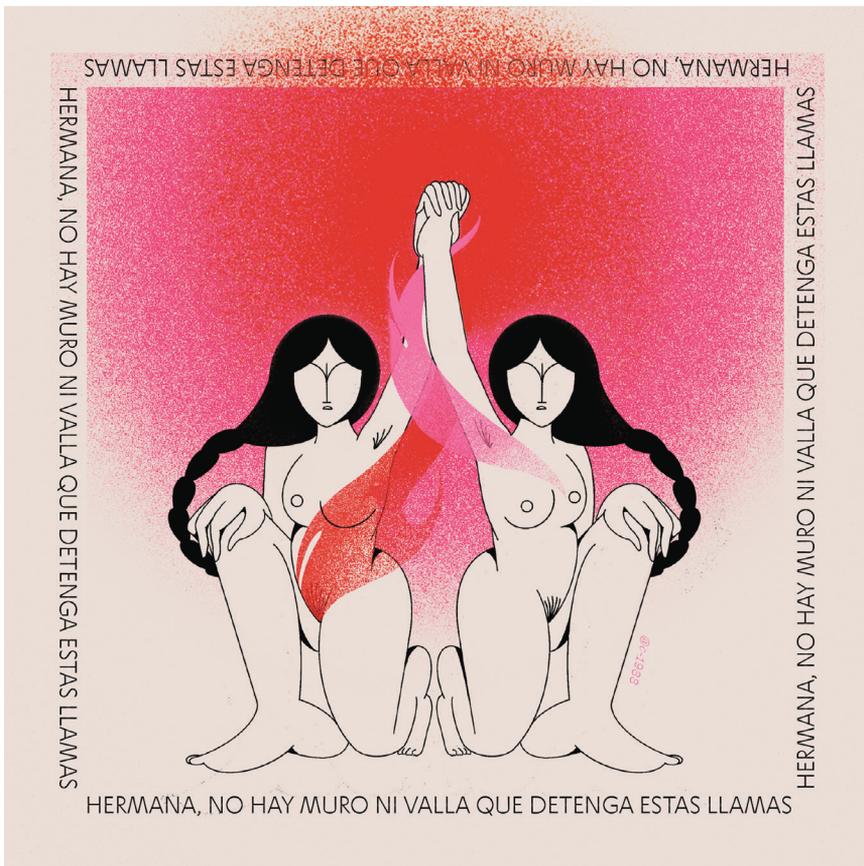
Dado que la humanidad no puede desaprender voluntariamente ni renunciar a deseos que ha llegado a considerar normales, el trabajo no desandar  nunca el camino que lo llevó a adquirir su deslumbrante forma actual, la forma de trabajo alienado. A menos que suceda una verdadera catástrofe civilizatoria, las uni-

dades económicas atomizadas no volverán a conformarse nunca, como lo hacían antaño, con los frutos de su propio trabajo directo. La producción y la distribución masivas de una vacuna, por ejemplo, requieren un grado gigantesco de organización del trabajo a escala mundial, fuera del alcance de cualquier unidad aislada. Así pues, ni el trabajador individual ni la familia trabajadora ni la pequeña comunidad trabajadora, ni aun la nación trabajadora, volverán a ser dueñas de su propio trabajo... a menos que lo sean en un sentido distinto. Si el trabajo no puede desandar el camino que lo llevó a adquirir su actual forma alienada, puede hacer algo mejor: salir de ella avanzando. Dado que no podemos detener ni revertir las conquistas productivas de la civilización, el antagonismo entre los intereses de la población trabajadora y los intereses de su

trabajo (que en realidad son los intereses de la clase patronal) debe resolverse de otro modo. Sólo puede significar la conquista de la gran producción colectiva por los productores a través de la determinación democráticamente organizada de sus condiciones y sus fines. Queremos ser capaces de determinar, entre todos y todas, lo que producimos, el modo en que lo producimos y la escala en la que lo producimos, discutiendo cotidianamente de abajo a arriba y conociendo hasta donde sea posible las consecuencias de esta producción. Claro que para eso se necesita transformar las relaciones de propiedad vigentes, lo cual no requiere algo más que un acto jurídico: hará falta una transferencia revolucionaria del poder, de la minoría propietaria a la mayoría trabajadora. Sólo así la humanidad será la dueña colectiva de su propio trabajo, en vez de ser su esclava. **U**



Giovanni Segantini, *La cosecha de calabazas*, 1897. Minneapolis Institute of Art ©



Jimena Duval, *Ni muros ni vallas*, 2021. Cortesía de la artista

POEMA

HUELGA

Gioconda Belli

Quiero una huelga donde vayamos todos.
Una huelga de brazos, de piernas, de cabellos,
una huelga naciendo en cada cuerpo.

Quiero una huelga
de obreros de palomas
de choferes de flores
de técnicos de niños
de médicos de mujeres

Quiero una huelga grande,
que hasta al amor alcance.
Una huelga donde todo se detenga,
el reloj las fábricas
el plantel los colegios
el bus los hospitales
la carretera los puertos

Una huelga de ojos, de manos y de besos.
Una donde respirar no sea permitido,
una huelga donde nazca el silencio
 para oír los pasos
 del tirano que se marcha.

Tomado de Gioconda Belli, *El ojo de la mujer*, Visor libros, 1997, Madrid, p. 89.

GLOSARIO WOBBLY



LA HISTORIA DEL SINDICATO DE TRABAJADORES INDUSTRIALES DEL MUNDO (IWW) es amplia y colorida, pues tiene un numeroso bagaje de iconos culturales que están íntimamente ligados tanto a la historia de Estados Unidos como a la del trabajo.

ACCIÓN DIRECTA Y SABOTAJE

El sabotaje no es la destrucción de propiedad o maquinaria (y el IWW no respalda ni aprueba estas acciones). La acción directa significa, más bien, una organización colectiva y democrática. Es el abandono colectivo de la eficiencia por parte de los trabajadores en el lugar de producción.

AGITADORES SILENCIOSOS

Llamados también “stickerettes”, son calcomanías a color (rojo y negro, al menos) utilizadas por el IWW para comunicarse en secreto con miembros de facto o potenciales.

EL TRABAJADOR INDUSTRIAL

Periódico oficial del IWW, la publicación activa más antigua del sindicato desde su primera aparición en 1906. Actualmente se distribuye en librerías radicales, *rallies* y huelgas.

GATO NEGRO

Conocido como “sab-kitty” o “sabo-tabby” en el contexto de la organización sindical obrera, el gato negro que enseña los dientes simboliza el “sabotaje”, es decir, la acción directa en el lugar de producción.

HOBOS

Grupo conformado por trabajadores migrantes o gente en situación de calle que vive en vagones de trenes. Están siempre en movimiento como un desafío a lo que la sociedad espera de ellos.



HUELGA GENERAL

Es el arma más poderosa y potente de los trabajadores. Como una huelga general tiene objetivos políticos y económicos, la movilización obtiene su fuerza de la simpatía ideológica o de clase de los huelguistas. Se caracteriza por la participación de los trabajadores en una multitud de lugares de trabajo y suele implicar a comunidades enteras.

IWW.ORG

El IWW tiene presencia en internet desde 1995. Es la segunda unión en el mundo en contar con algo parecido (la primera fue una unión israelí, local, de maestros), pero el IWW fundó el primer sitio web de una unión internacional.

JOE HILL

Cantautor y sindicalista que compuso varios de los cantos e himnos más importantes del IWW. Es considerado mártir del sindicato, pues tras un juicio polémico y manipulado, Hill fue condenado a muerte.

MR. BLOCK

En 1912 Ernest Riebe creó esta caricatura de un trabajador que no comprende los principios del IWW, la conciencia de clase ni que los empleadores no son sus amigos.

PEQUEÑO CANCIONERO ROJO

Durante mucho tiempo el IWW ha sido conocido como “el sindicato que canta”, y con razón. Desde inicios de la década de 1910, el IWW ha publicado al menos 38 ediciones de su famosa colección de cantos e himnos de trabajo y, sí, siempre con una portada roja encendida.

SOLIDARIDAD PA' SIEMPRE

Es uno de los himnos más conocidos de los sindicatos obreros. Fue escrito por Ralph Chaplin en 1915 y se ha traducido a varias lenguas desde entonces.

WOBBLY

Nombre con el que se conoce popularmente a los miembros de la IWW. Existen muchas teorías en torno a esta palabra. Una es que un restaurantero chino que era miembro de la organización no podía pronunciar “IWW” y decía “Eye Wobble Wobble”. Otra explica que la expresión viene de “wobble-saws” (“sierras temblorosas”), una máquina para aserrar una ranura más ancha que la de su propio grosor. Una tercera cuenta que el mote se refiere a la acción de tambalear las herramientas de trabajo (“wobbling the works”) para que funcionen con menos precisión. Una más señala que podría haberse originado en el apelativo usado por los patrones para insinuar que los trabajadores estaban borrachos.

ZAPATO DE MADERA

El zapato zueco, también conocido como “sabot” (aquí se explica la raíz de *sabotage*), se asocia a los trabajadores franceses de clase baja de los años de la Revolución industrial.



take naps on the office toilet

Erwin Wurm, *Tomar siestas en el baño de la oficina*, 2001. SOMAAP, D.R. ©



TRES AGUAFUERTES

Roberto Arlt

LA TRAGEDIA DEL HOMBRE QUE BUSCA EMPLEO

La persona que tenga la saludable costumbre de levantarse temprano, y salir en tranvía a trabajar o a tomar fresco, habrá a veces observado el siguiente fenómeno:

Una puerta de casa comercial con la cortina metálica medio corrida. Frente a la cortina metálica, y ocupando la vereda y parte de la calle, hay un racimo de gente. La muchedumbre es variada en aspecto. Hay pequeños y grandes, sanos y lisiados. Todos tienen un diario en la mano y conversan animadamente entre sí.

Lo primero que se le ocurre al viajante inexperto es que allí ha ocurrido un crimen trascendental y siente tentaciones de ir a engrosar el número de aparentes curiosos que hacen cola frente a la cortina metálica, mas a poco de reflexionarlo se da cuenta de que el grupo está constituido por gente que busca empleo y que ha acudido al llamado de un aviso. Y si es observador y se detiene en la esquina podrá apreciar este conmovedor espectáculo.

Del interior de la casa semiblindada salen cada diez minutos individuos que tienen el aspecto de haber sufrido una decepción, pues irónicamente miran a todos los que les rodean, y contestando rabiosa y sintéticamente a las preguntas que les hacen, se alejan rumiando desconsuelo.

Esto no hace desmayar a los que quedan, pues, como si lo ocurrido fuera un aliciente, comienzan a empujarse contra la cortina metálica,

y a darse de puñetazos y pisotones para ver quién entra primero. De pronto el más ágil o el más fuerte se escurre adentro y el resto queda mirando la cortina, hasta que aparece en escena un viejo empleado de la casa que dice:

—Pueden irse, ya hemos tomado empleado.

Esta incitación no convence a los presentes, que estirando el cogote sobre el hombro de su compañero comienzan a desaforar desvergüenzas y a amenazar con romper los vidrios del comercio. Entonces, para enfriar los ánimos, por lo general un robusto portero sale con un cubo de agua o armado de una escoba y empieza a dispersar a los amotinados. Esto no es exageración. Ya muchas veces se han hecho denuncias semejantes en las seccionales sobre este procedimiento expeditivo de los patrones que buscan empleados.

Los patrones arguyen que ellos en el aviso pidieron expresamente “un muchacho de dieciséis años para hacer trabajos de escritorio”, y que en vez de presentarse candidatos de esa edad, lo hacen personas de treinta años, y hasta cojos y jorobados. Y ello es en parte cierto. En Buenos Aires, “el hombre que busca empleo” ha venido a constituir un tipo *sui generis*. Puede decirse que este hombre tiene el empleo de “ser hombre que busca trabajo”.

El hombre que busca trabajo es frecuentemente un individuo que oscila entre los dieciocho y veinticuatro años. No sirve para nada. No ha aprendido nada. No conoce ningún oficio. Su única y meritoria aspiración es ser empleado. Es el tipo del empleado abstracto. Él quiere trabajar, pero trabajar sin ensuciarse las manos, trabajar en un lugar donde se use cuello;



Favela Cantagalo, Río de Janeiro, Brasil. Fotografía de Stanislav Sedov ©

en fin, trabajar “pero entendámonos... decentemente”.

Y un buen día, día lejano, si alguna vez llega, él, el profesional de la busca de empleo, se “ubica”. Se ubica con el sueldo mínimo, pero qué le importa. Ahora podrá tener esperanzas de jubilarse. Y desde ese día, calafateado en su rincón administrativo espera la vejez con la paciencia de una rémora.

Lo trágico es la búsqueda del empleo en casas comerciales. La oferta ha llegado a ser tan extraordinaria que un comerciante de nuestra amistad nos decía:

—Uno no sabe con qué empleado quedarse. Vienen con certificados. Son inmejorables.

Comienza entonces el interrogatorio:

—¿Sabe usted escribir a máquina?

—Sí, 150 palabras por minuto.

—¿Sabe usted taquigrafía?

—Sí, hace diez años.

—¿Sabe usted contabilidad?

—Soy contador público.

—¿Sabe usted inglés?

—Y también francés.

—¿Puede ofrecer una garantía?

—Hasta diez mil pesos de las siguientes firmas.

—¿Cuánto quiere ganar?

—Lo que ustedes acostumbran pagar.

—Y el sueldo que se les paga a esta gente —nos decía el aludido comerciante— no es nunca superior a 150 pesos. Doscientos pesos los gana un empleado con antigüedad... y trescientos... trescientos es lo mítico. Y ello se debe a la oferta. Hay farmacéuticos que ganan 180 pesos y trabajan ocho horas diarias, hay abogados que son escribientes de procuradores, procuradores que les pagan doscientos pesos mensuales, ingenieros que no saben qué cosa hacer con el título, doctores en química que



Ana Paula Castro, *Contenedores de poder*, 2019.
Cortesía de la artista

envasan muestras de importantes droguerías. Parece mentira y es cierto.

La interminable lista de “empleados ofrecidos” que se lee por las mañanas en los diarios es la mejor prueba de la trágica situación por la que pasan millares y millares de personas en nuestra ciudad. Y se pasan éstas los años buscando trabajo, gastan casi capitales en tranvías y estampillas ofreciéndose, y nada... la ciudad está congestionada de empleados. Y sin embargo, afuera está la llanura, están los campos, pero la gente no quiere salir afuera. Y es claro, termina tanto por acostumbrarse a la falta de empleo que viene a constituir un gremio, el gremio de los desocupados. Sólo les falta personería jurídica para llegar a constituir una de las tantas sociedades originales

y exóticas de las que hablará la historia del futuro.

EL ORIGEN DE ALGUNAS PALABRAS EN NUESTRO LÉXICO POPULAR

Ensalzaré con esmero el benemérito “fiacún”.

Yo, cronista meditabundo y aburrido, dedicaré todas mis energías a hacer del elogio del “fiacún”, a establecer el origen de la “fiaca”, y a dejar determinados de modo matemático y preciso los alcances del término. Los futuros académicos argentinos me lo agradecerán, y yo habré tenido el placer de haberme muerto sabiendo que 361 años después me levantarán una estatua.

No hay porteño, desde la Boca a Núñez, y desde Núñez a Corrales, que no haya dicho alguna vez:

—Hoy estoy con “fiaca”.

O que se haya sentado en el escritorio de su oficina y mirando al jefe, no dijera:

—¡Tengo una “fiaca”!

De ello deducirán seguramente mis asiduos entusiastas lectores que la “fiaca” expresa la

intención de “tirarse a muerto”, pero ello es un grave error.

Confundir la “fiaca” con el acto de tirarse a muerto es lo mismo que confundir un asno con una cebra o burro con un caballo. Exactamente lo mismo.

Y sin embargo a primera vista parece que no. Pero es así. Sí, señores, es así. Y lo probaré amplia y rotundamente, de tal modo que no quedará duda alguna respecto a mis profundos conocimientos de filología lunfarda.

Y no quedarán, porque esta palabra es auténticamente genovesa, es decir, una expresión corriente en el dialecto de la ciudad que tanto detestó el señor Dante Alighieri.

La *fiaca* en el dialecto genovés expresa esto: “Desgano físico originado por la falta de alimentación momentánea”. Deseo de no hacer nada. Languidez. Sopor. Ganas de acostarse en una hamaca paraguaya durante un siglo. Deseos de dormir como los durmientes de Éfeso durante ciento y pico de años.

Sí, todas estas tentaciones son las que expresa la palabreja mencionada. Y algunas más.



Germán Paley, *Neolibérame 04*, de la serie *Neolibérame (Billetes intervenidos)*, 2018. Fotografía de Viviana Gil. Cortesía del artista

Comunicábame un distinguido erudito en estas materias que los genoveses de la Boca cuando observaban que un párvulo bostezaba, decían: "Tiene la 'fiaca' encima, tiene". Y de inmediato le recomendaban que comiera, que se alimentara.

En la actualidad el gremio de almaceneros está compuesto en su mayoría por comerciantes ibéricos, pero hace quince y veinte años la profesión de almacenero en Corrales, la Boca,

der o utilizar momentáneamente, se llama el "rosto", es decir, la salsa, que equivale a manifestar: lo mejor para después, para cuando haya pasado el peligro.

Volvamos con esmero al benemérito "fiacún".

Establecido el valor del término, pasaremos a estudiar el sujeto a quien se aplica. Ustedes recordarán haber visto, y sobre todo cuando eran muchachos, a esos robustos ganapanes de quince años, dos metros de altura, cara co-

Habré tenido el placer de haberme muerto sabiendo que 361 años después me levantarán una estatua.

Baracas, era desempeñada por italianos y casi todos ellos eran oriundos de Génova. En los mercados se observaba el mismo fenómeno. Todos los puesteros, carniceros, verduleros y otros mercaderes provenían de la "bella Italia" y sus dependientes eran muchachos argentinos, pero hijos de italianos. Y el término trascendió. Cruzó la tierra nativa, es decir, la Boca, y fue desparramándose con los repartos por todos los barrios. Lo mismo sucedió con la palabra "manyar" que es la derivación de la perfectamente italiana *mangiar la lollia*, o sea "darse cuenta".

Curioso es el fenómeno pero auténtico. Tan auténtico que más tarde prosperó este otro término que vale un Perú, y es el siguiente: "Hacer el rostro".

¿A que no se imaginan ustedes lo que quiere decir "hacer el rostro"? Pues hacer el rostro, en genovés, expresa preparar la salsa con que se condimentarán los tallarines. Nuestros ladrones la han adoptado, y la aplican cuando después de cometer un robo hablan de algo que quedó afuera de la venta por sus condiciones inmejorables. Eso, lo que no pueden ven-

lorada como una manzana reineta, pantalones que dejaban descubierta una media tricolor, y medio zonzos y brutos.

Esos muchachos eran los que en todo juego intervenían para amargar la fiesta, hasta que un "chico", algún pibe bravo, los sopapeaba de lo lindo eliminándoles de la función. Bueno, esos grandotes que no hacían nada, que siempre cruzaban la calle mordiendo un pan y con un gesto huido, estos "largos" que se pasaban la mañana sentados en una esquina, o en el umbral del despacho de bebidas de un almacén, fueron los primitivos "fiacunes". A ellos se les aplicó con singular acierto el término.

Pero la fuerza de la costumbre lo hizo correr, y en pocos años el "fiacún" dejó de ser el muchacho grandote que termina por trabajar de carrero, para entrar como calificativo de la situación de todo individuo que se siente con pereza.

Y, hoy, el "fiacún" es el hombre que momentáneamente no tiene ganas de trabajar. La palabra no encuadra una actitud definitiva como la de "squenun", sino que tiene una proyección transitoria y relacionada con este otro acto.



Protesta en Buenos Aires, Argentina.
Fotografía de Hernán Piñera ©

En toda oficina pública o privada, donde hay gente respetuosa de nuestro idioma y un empleado ve que su compañero bosteza, inmediatamente le pregunta:

—¿Estás con “fiaca”?

Aclaración. No debe confundirse este término con el de “tirarse a muerto”, pues tirarse a muerto supone premeditación de no hacer algo, mientras que la “fiaca” excluye toda premeditación, elemento constituyente de la alevosía según los juristas. De modo que el “fiacún” al negarse a trabajar no obra con premeditación, sino instintivamente, lo cual lo hace digno de todo respeto.

CIUDAD QUE TRABAJA Y QUE SE ABURRE

En el concepto de todo ciudadano respetuoso de los derechos de la fiaca, porque también la fiaca tiene sus derechos según los sociólogos, el café desempeña un lugar prominente en la civilización de los pueblos. Cuanto más afi-

cionada es a tirarse a la bartola una raza, mejores y más suntuosas cafeterías tendrá en sus urbes. Es una ley psicológica y no hay qué hacerle: así batien los sabios.

Aquí se labura

Nosotros, habitantes de la más hermosa ciudad de América (me refiero a Buenos Aires), creemos que los cariocas y, en general, los brasileños, son gente que se pasa con la panza al sol desde que “Febo asoma” hasta que se va a roncar. Y estamos equivocados de medio a medio. Aquí la gente labura y sin grupo. Se gana el marroco con el sudor de la frente y de las otras partes del cuerpo, que también sudan como la frente. Yugan, yugan infatigablemente y amarrocan lo que pueden. Sus vidas se rigen por un subterráneo principio de actividad, como diría un señor serio haciendo notas sobre el Brasil. Yo, a mi vez, digo que doblan la esquena todo el santo día y que de sábado inglés, ¡minga! Aquí no hay sábado inglés. El domingo como Dios manda, que Dios no inventó el sábado inglés. Y allí se terminaron las fiestas. Trabajan, trabajan brutalmente, y no van al café sino breves minutos. Tan breves, que en cuanto se queda usted un rato de más, lo echan. Lo echan, no los mozos, sino el encargado de cobrar.

¿Y el llamado café “express”?

Ante todo no se conoce el café express, esa mezcla infame de serrín, pozos de express y otros residuos vegetales que producen una mixtura capaz de producirle una úlcera en el estómago en breve tiempo. Aquí, el café es auténtico, como el tabaco y las naturales bellezas de las mujeres. Los cafés tienen sillones en las veredas, pero en la vereda no se despacha café. Hay que tomarlo adentro. Adentro las me-

sas están rodeadas de sillitas que dan ganas de tirarlas de una patada a la calle. He visto sentarse un gordo, del cual cada pierna necesitó de una silla. La mesita de mármol es reducida; en fin, parecen construidas para miembros de la raza de los pigmeos o para enanos. Usted se sienta y empieza tirar la bronca. Una orquesta de negros (en algunos bares) arma con sus cornetas y otros instrumentos de viento un alboroto tan infernal que usted no terminó de entrar cuando ya siente ganas de salir.

Se sienta y le traen el fecca. Sin agua. ¿Se da cuenta? En un país donde hace tanta calor, le sirven el café sin agua. Usted ahoga una mala palabra y bramando dice:

—¿Y el agua? ¿Se vende el agua aquí?

—O senhor quere acua yelada...

Un vaso de acua yelada.

Y le traen el "acua yelada" con un pedacito de hielo.

El vaso es como para licores, no para agua.

No termina de tomar el café, cuando un turro vestido de negro, que se pasa el día haciendo juegos malabares con monedas, se le acerca a la mesa y le golpea con el canto de una chirola de mil reis el mármol. Mil reis son treinta guitas. Usted que ignora las costumbres lo mira mal turro y este lo mira a usted. Entonces usted dice:

—¿Por qué no se golpea la jeta en vez de golpear el mármol?...

Hay que palmar e irse. Pagar los seis guitas que cuesta el café y plantar. Si usted quiere hacer sebo, tiene los sillones de la vereda. Allí se despachan bebestibles que cuestan un mínimo de 600 reis (18 centavos argentinos).

Pas de propina

El mozo no recibe propina. Mejor dicho, nadie la da con el café. El hombre que hace jue-

gos malabares con los cobres es el encargado de cobrar y de consiguiente el único que afa-na... si es que roba, porque éste es un país de gente honrada. De modo que el espectáculo que el ojo del extranjero puede gozar en nuestra ciudad, y es el de robustos vagos tomando la sombra dos horas en un café bebiendo un "negro", es desconocido aquí. La gente concurrir a la hora de moda a los sillones de las veredas. El resto de la multitud entra al café para ingerir una tacita de fecca y raja. Aquí se labura, se trabaja y se ha tomado la vida en serio.

¿Cómo hacen? No sé. Hombres y mujeres, chicos y grandes, negros y blancos, trabajan todos. Las calles hierven como hormigueros a la hora del *bullión*.

Conclusiones

Si no fuera un poco atrevida la metáfora, diría que los cafés son aquí como ciertos lugares incómodos, donde se entra apurado y se sale más rápidamente aún.

Ciudad honrada y casta. No se encuentran "malas mujeres" por las calles; no se encuentra ni un solo café abierto toda la noche; no se escolaza, no hay levantadores de quinielas. Aquí la gente vive honradísimamente. A las seis y media todo el mundo está cenando; a las ocho de la noche los restaurantes están ya cerrando las puertas... Es como dije antes: una ciudad de gente que labura, que labura infatigablemente, y que a la hora del raje, llega a su casa extenuada, con más ganas de dormir que de pasear. Ésta es la absoluta verdad sobre Río de Janeiro. **U**

Tomado de *Aguafuertes porteñas*, Libros de la Vorágine, Barcelona, 2013, pp. 185-187 y 37-39 y *Aguafuertes cariocas: Crónicas inéditas desde Río de Janeiro*, Adriana Hidalgo editora, Buenos Aires, 2013, pp. 73-76.



Jacob Lawrence, *Herramientas*, 1978. Cortesía del Detroit Institute of Arts ©



CONTRA LOS APOLOGISTAS DEL TRABAJO

Friedrich Nietzsche
Traducción de Luis Klein

En la glorificación del trabajo, en los discursos ineludibles sobre las bondades del trabajo, veo la misma secreta intención que en los elogios de los actos impersonales y de interés general: el miedo secreto a todo lo individual. Se comprende ahora muy bien, al contemplar el espectáculo del trabajo —es decir, de esa actividad ardua que se extiende de la mañana a la noche—, que no hay mejor policía, pues sirve de freno a cada uno de nosotros y contribuye a que se detenga el desenvolvimiento de la razón, de los apetitos y de los deseos de independencia. El trabajo gasta la fuerza nerviosa en proporciones extraordinarias y priva de esa fuerza a la reflexión, a la meditación, a los ensueños, a los cuidados, al amor y al odio; nos pone delante de los ojos un fin siempre vano, y recompensa con satisfacciones fáciles y del todo comunes. Una sociedad que trabaja rudo y sin descanso gozará de la mayor seguridad, que es lo que el presente adora como si se tratara de una divinidad suprema. Pero lo crucial (¡oh terror!) es que el trabajador es precisamente quien se ha vuelto peligroso. Los individuos peligrosos son legión, y detrás de ellos está el peligro de peligros: el *individuum*.

TRABAJO Y ABURRIMIENTO

Lo que actualmente identifica a casi todos los hombres en los países civilizados es que deben buscar trabajo porque necesitan salario. Para todos ellos el trabajo es un medio y no un fin en sí mismo; por eso son poco sutiles en la elección del trabajo que realizarán, con tal de que re-

Es evidente que todas las formas se desdibujan ante la prisa de los que trabajan.

dunde en una ganancia considerable. Ahora bien, son escasos los hombres que prefieren morir de inanición antes que dedicarse *sin placer* a su trabajo: aquellos hombres selectivos, difíciles de satisfacer, a los que no los contenta una ganancia abundante, cuando el trabajo mismo no es la ganancia de todas las ganancias. A este raro género de hombres pertenecen los artistas y contemplativos de todo tipo, pero también aquellos aficionados al ocio cuya vida transcurre entregados a la caza, los viajes, las conquistas amorosas y la aventura. Ellos aceptan el trabajo y la penuria, con tal de que estén asociados al placer; e incluso, de ser necesario, están dispuestos a realizar el trabajo más pesado. En caso de que esto no suceda, son de una decidida indolencia, aun cuando esta indolencia se acompañe de penurias, deshonra, riesgos para la salud y la vida. No temen tanto al aburrimiento como al trabajo sin placer; en realidad, requieren de mucho aburrimiento si es que aspiran a tener algún éxito en su *clase* de trabajo. Para el pensador y para todos los espíritus sensibles, el aburrimiento equivale a ese desapacible “amainar del viento” que precede a los viajes afortunados y las corrientes alegres; es preciso que lo tolere, tiene que *esperar* que produzca en él su efecto —jese es justamente lo que los seres más humildes jamás pueden conseguir de sí mismos!— Ahuyentar a como dé lugar el aburrimiento es una vulgaridad, como es una vulgaridad trabajar sin placer. Tal vez el oriental se distingue del europeo en que es capaz de una tranquilidad más dilatada y profunda; incluso sus *narcóticas* actúan lentamente y requieren paciencia, en contraste con la fastidiosa instantaneidad del veneno europeo: el alcohol.

OCIO Y DESOCUPACIÓN

En la sangre de los indios de Norteamérica hay una fiera característica que se refleja en la manera en que anhelan el oro. Su jadeante diligencia para el trabajo —el auténtico vicio del Nuevo Mundo— comienza ya a contagiar de esa fiera a la vieja Europa, y a hacer que se expanda por toda ella una falta de reflexión sin duda sorprendente. Hoy se ha llegado al exceso de avergonzarnos del reposo; una larga meditación casi produce remordimientos de conciencia. Se razona con el reloj en la mano, del mismo modo que el almuerzo del mediodía transcurre con un ojo puesto en la bolsa de valores. Se vive con la continua sensación de que “podríamos estar perdiendo algo”. “Es preferible hacer cualquier cosa antes que nada” —también esta máxima es una cuerda con la que se puede ahorcar toda cultura y todo gusto superior—. Y así como es evidente que todas las formas se desdibujan ante la prisa de los que trabajan, así se desdibuja también el sentimiento por la forma misma, el oído y el ojo para la melodía de los movimientos. La prueba de lo anterior está en la tosca *sencillez* que hoy se exige en todos lados, en aquellas situaciones en que un hombre quiere pasar el rato con total honestidad con otro hombre, en el trato con los amigos, mujeres, parientes, niños, maestros, alumnos, líderes y príncipes. Ya no se tiene tiempo ni vigor para las ceremonias, para el pacto contraído con los circunloquios, para el espíritu de la conversación y, en general, para toda forma de *otium*. Pues la existencia, convertida en una cacería del beneficio, obliga sin cesar a que el propio espíritu se gaste hasta el agotamiento en disimularse, engañar o anticiparse: ahora la auténtica virtud es hacer las cosas en menos tiempo que los demás. De esta manera es que se han vuelto escasas las ho-

ras que se permite la honestidad; pero como al llegar esas horas uno ya está cansado, no es suficiente con sólo “dejarse ir”, sino que uno procura estirarse a todo lo largo y ancho, desparrajadamente. Las cartas, cuyo estilo y espíritu serán siempre el genuino “signo de los tiempos”, se escriben de acuerdo a esta tendencia. Si es que aún perdura un disfrute en la sociabilidad y las artes, se parece al disfrute del que disponen los esclavos que han trabajado hasta la extenuación. ¡Cuán sobria es la “felicidad” de nuestros hombres, ya sean cultos o incultos! ¡Y esta creciente sospecha frente a toda alegría! Cada vez más las buenas conciencias se ponen del lado del trabajo; la inclinación a la alegría ha cambiado de nombre y, confundida con “la necesidad de reposo”, empieza a avergonzarse ante sí misma. Cuando uno es sorprendido en un día de campo, no tarda en aclarar que “uno es responsa-

ble de su salud”. Las cosas podrían llegar tan lejos que pronto nadie se abandonará al impulso hacia la *vita contemplativa* (es decir, hacia los paseos reflexivos y con amigos) sin auto-desprecio y mala conciencia.

Ahora bien, ¡en la antigüedad sucedía todo lo contrario! Era el trabajo el que cargaba consigo la mala conciencia. Cuando la penuria orillaba a un hombre de buen linaje a trabajar, se empeñaba en *ocultarlo*. El esclavo trabajaba bajo el yugo de sentir que hacía algo despreciable —el “hacer” mismo era algo despreciable—. “La distinción y el honor están sólo en el *otium* y el *bellum*, en el ocio y la guerra”: ¡así sonaba la voz de la opinión antigua! **U**

Tomado de “Contra los apologistas del trabajo”, traducción de Luis Klein, *Contra el trabajo. Seis ensayos en huelga*, Tumbona Ediciones, Ciudad de México, 2012, pp. 41-46.



Francis Alÿs, *Paradox of Praxis 1 (Sometimes Doing Something Leads to Nothing)*, Ciudad de México, 1997. Fotografía de Enrique Huerta. Cortesía del artista



TRABAJOS INSÓLITOS

Adrián Chávez

No soy muy dado a explicar la vida con etimologías, pero no deja de sorprenderme la serenidad con la que vamos por ella hablando de “trabajar” como si la palabra no hubiera mutado de *tripaliare*, a su vez nacida de *tripalio*, un instrumento de tortura. A veces, como en *hipopótamo*, ese “caballo de río”, la etimología es un poema; otras es un vínculo invisible entre un oficinista y un antiguo latino colgado hasta morir de un cepo de tres puntas. Pero la coincidencia no es en modo alguno sólo etimológica; los sesentaitantos libros de la biblia cristiana los “inaugura” Dios castigando a Adán con trabajo. El trabajo es el antónimo de la reflexión —dice Félix de Azúa en *El aprendizaje de la decepción*—, del conocimiento del bien y el mal, pues fue ese conocimiento, el fruto prohibido, la causa del enojo divino. “La maldición, en ese punto, es bien clara —dice Azúa— tan condenados estamos a vivir como a trabajar, y el fin de lo uno sería el fin de lo otro”.

Me pregunto si Dios, de por sí tan ocupado en su omnipresencia que tuvo que dejar a un querubín a cargo del Edén, se habrá imaginado que el castigo de Adán iba a derivar a la postre en botargas despintadas del Chavo del Ocho en Chapultepec y en instructores de surf para perros.

Hay trabajos insólitos, algunos tan poco trabajosos que parecen desafiar la lógica del tormento divino. No a propósito, quizá; supongo que alguien tiene que hacerlos. Como especie sumamos ya algunos milenios de existencia, hemos tenido tiempo de sobra para diversificar la gama de nuestras actividades hasta la hiperespecificidad, así como para multipli-

carne en un número suficiente para realizarlas todas, y dejar espacios en blanco en la historia de las cosas por hacer hablaría mal de nosotros. Yo, por ejemplo, estudié un par de carreras universitarias y publiqué algunos libros antes de darme cuenta de que mi verdadera vocación era la de beber té, así que tomé un curso para certificarme como *sommelier*, es decir, como experto en la infusión de *Camellia sinensis*, una de las casi dos millones de especies vegetales que hay en el mundo, y que, al margen de sus aplicaciones rituales, se bebe esencialmente por placer. Me gusta pensar en mí mismo como en una variante del protagonista de la película japonesa *Okuribito* (que en Hispanoamérica se llamó *Violines en el cielo* aunque en toda la película no sale un solo violín). En ella, Daigo, un chelista de moderado éxito, debe buscar empleo tras la repentina disolución de la orquesta en la que trabaja, y lo encuentra preparando cadáveres para el rito funerario. Al inicio, el personaje realiza las faenas a su pesar y sobre todo por la premura económica, pero conforme avanza la trama su nuevo oficio se va colando por los intersticios de su identidad para moldearlo en una nueva persona. Como suele pasar en las películas, el protagonista no encuentra lo que busca pero sí lo que necesita: Daigo quiere un empleo y se descubre a sí mismo. A otros empleos, y contra la voluntad del creador, se llega esperando el tormento y se descubre el placer.

Tal vez Dios no leyó las letras chiquitas de su propia sentencia. "Ganarás el pan con el sudor de tu frente", dijo, obviando que hoy por hoy se puede ganar el pan calentando camas, no en el sentido picaresco sino en el estrictamente literal, como hace la persona que emplea el Holiday Inn Kensington Forum. Ubicado en Londres —ciudad nada tropical—, el

hotel tiene el problema de que a sus huéspedes los reciben camas gélidas; por ello, hay ahí una persona cuyo sustento consiste en enfundarse en un traje térmico y permanecer en posición horizontal sobre la colcha, de forma tal que cuando el huésped llegue por la noche la encuentre cálida y maternal, lista para guarecer su sueño. Ganarse la vida descansando tiene sus aristas, pero podemos acordar que como castigo divino es bastante defectuoso.

El de experto en té está muy lejos de ser el trabajo más insólito o antiguo entre los *catadores* (que llevan mucho tiempo catando especias y perfumes, a cambio de una alta remuneración), una de las subcategorías que identifico



Adriaen van der Werff, *Dios responsabiliza a Adán y Eva*, 1717. Rijksmuseum ©



Taza de té entre hojas. Fotografía de Aniketh Kanukurthi. ©

entre los burladores de la sentencia divina. Los hay de alimentos, como los *probadores de papas fritas*: guardianes de la longitud, la cantidad exacta de sal y el grado de sonoridad en el crujido; o como el *inspector de helados* al que la marca Ben & Jerry's no sólo le paga la nómina sino que también le patrocina una cuchara de oro —puesto que este metal no tiene sabor— para catar sus nuevos sabores antes de lanzarlos al mercado; también los hay, aunque más solemnes, de objetos que no son comestibles, o al menos no convencionalmente, como los *expertos en dados*, que pagan la deuda de Adán paseándose por los casinos, revisando que a los instrumentos de juego no se les escape un sospechoso coqueteo con la gravedad o una discreta anomalía en el diseño, para evitar que se defraude a sus patrones; o los *oledores de papel*, que trabajan para la industria de la higiene. Pienso en un par de ejemplos más en cada rubro: hay interpretaciones de la Biblia

que asocian el “pecado original” —que, recordemos, dio origen a la maldición del trabajo— con el descubrimiento sexual, una metáfora del Libro Sagrado que justo en ese capítulo decidió ser clasificación A; de ser así, quizá no haya quienes subviertan el castigo con más desvergüenza que los *probadores de juguetes sexuales*, cuya labor de cata y reseña no requiere, creo, mayor explicación. Y, si mi novia se refiere al té, tanpreciado para mí, como “pura agua caliente”, quizá le sorprendería saber que, como no hay nada más barroco que los alcances del minimalismo, existen también *sommeliers de agua simple*, por ejemplo las dos expertas empleadas por el hotel suizo Bad Ragaz que acompañan a los huéspedes en la elección entre los más de veinticinco tipos “diferentes” de agua que ofrece su *water bar*.

Otra subcategoría notable es la de los *buscadores*. Entre ellos se cuentan algunos quizá no tan felices, a los que sin embargo les queda la dudosa satisfacción de la excepcionalidad, como quienes alejados del mundanal ruido limpian los drenajes profundos, héroes anónimos en cuyos hombros descansa la civilización. Más modestos son los buzos rebeldes que le dieron la espalda al mar y despliegan sus talentos en los campos de golf, buscando las pelotas que los señores blancos, ricos y heterosexuales de mediana edad lanzan a los lagos, lejos del hoyo y del orgullo. Por último están los *infiltrados*, donde hay un amplio campo laboral para el estudiantado de arte dramático: están, por ejemplo, las damas de honor profesionales, cuyo trabajo es pasársela bien en una fiesta —algo que a mí, en lo personal, me supone un gran esfuerzo, pero soy la excepción—; herederas edulcoradas de Günter Wallraff, aquel periodista alemán que pasó meses fingiendo ser un inmigrante turco para

El placer es un gen recesivo; las más de las veces, la obligatoriedad termina por comérselo.

vivir y reportar en carne propia la experiencia —trabajando en un McDonald's sin papeles, limpiando reactores nucleares a mano limpia y ofreciéndose como conejillo de indias para la industria farmacéutica—; van por el jardín bebiendo y degustando, mimetizándose con la alegría del matrimonio de dos personas que en el fondo les son indiferentes (algo que, para ser justos, también le ocurre a algunos invitados legítimos). Su contraparte, quizá no tan animada, es la de los actores de funeral, una profesión que también tiene raíces en tiempos bíblicos, y para la que, eso sí, hay que prepararse no sólo en métodos stanislavskianos sino también de documentación, conociendo la vida del difunto en caso de que alguien haga una

pregunta casual, de esas que se hacen en los velorios para evadir el tema principal.

Reza un adagio muy antipático que basta encontrar un trabajo que nos guste para no trabajar el resto de nuestras vidas. En realidad, el placer es un gen recesivo; las más de las veces, la obligatoriedad termina por comérselo, digerirlo y excretarlo en forma de resignación. Y, no obstante, hay empleos rebeldes que no están a gusto en la dicotomía, empleos en los que el ocio y el hedonismo no son la recompensa sino la "utilidad" misma susceptible de remuneración. En el manifiesto *La utilidad de lo inútil*, Nuccio Ordine afirma que



Adriana Mosquera, de la serie *Anulaciones*, 2014. Cortesía de la artista

sólo es realmente hermoso lo que no sirve para nada. Todo lo que es útil es feo, porque es la expresión de alguna necesidad y las necesidades del hombre [sic] son ruines y desagradables, igual que su pobre y enfermiza naturaleza. El rincón más útil de una casa son las letrinas.

Yo más bien creo que la belleza es un sándwich: en el centro habita todo lo horrendamente útil, cercado de un lado por la hermosura de lo que no sirve para nada y del otro por la de aquello que sirve pero de una forma tan específica, tan desobediente, que se confunde con la inutilidad. Es ahí donde germinan los trabajos insurrectos, en un *bug* en la programación del mundo, el mismo limbo en el que el coronel Aureliano Buendía pasa las

tardes haciendo pescaditos de oro que luego vende para obtener monedas y fundirlas para hacer más pescaditos de oro. Quizá el secreto para no trabajar el resto de nuestras vidas no sea encontrar un trabajo que amemos, sino buscar uno que sea tan insólito, tan desvergonzado, tan poco temeroso de Dios, que si no fuera remunerado difuminaría efectivamente los límites entre la faena y el trance, entre la cotidianidad y la sorpresa: un trabajo que desconcierte a tal punto que todo mundo olvide su pedestre y pesada naturaleza de empleo; un trabajo que se parezca al ocio y a la improductividad, si no en los réditos que trae a la clase dominante que los promueve aunque no los realice, cuando menos sí en su ejecución cotidiana.



Benjamin West, *La expulsión de Adán y Eva del paraíso*, 1791. Avalon Fund and Patrons' Permanent Fund, National Gallery of Art ©

En el fondo, muchos trabajos atípicos se consideran así porque se les ha extirpado el esqueleto de la productividad. Lo que tienen en común los buzos de los campos de golf, los dormidores profesionales, las falsas damas de honor y los *sommeliers* de agua simple es que no la pasan peor que quienes harían esos trabajos gratuitamente y que, aunque se inscriban en la inescapable cadena de valor mercantil, retienen un poco del placer del consumidor para sí mismos, violando la ley divina que se manifiesta en la etimología del trabajo. Quizá el epíteto, la calidad de “atípico” o “insólito”, no es sólo una conclusión estadística, sino también un comentario innecesariamente punzante, aunque amable, como los que mis tías esgrimen con destreza en las comidas familiares.

Es hora de reconocer que estoy romantizando un poco la cuestión, pero es un mecanismo de defensa, legítimo como cualquiera, que adopté a raíz de que el mundo es muy hostil, sobre todo en lo que respecta al rubro laboral. No ignoro, como he mencionado ya, que muchos de estos trabajos son exquisiteces que sólo pueden disfrutar las clases altas, que paradójicamente son las menos ocupadas. Estoy convencido de que no encontraré catas de agua simple en la Bodega Aurrera a la vuelta de mi casa, y hay que ser muy ingenuo para creer que incluso los empleos más nobles —ya no digamos los aparentemente inútiles— no participan o han sido orillados a participar de una u otra forma de la lógica del beneficio que, insisten en tratar de convencernos, rige nuestras vidas. También el té, tan felizmente inútil (en comparación con el café y su sumisa alianza con la religión de la productividad), es el centro de una industria millonaria; incluso algunos empleos insólitos, como los *ahuyentadores de palomas*, sólo tienen sentido en la cúspide del lujo



Carlos Aguirre, *Los olvidados*, 1991. Colección Museo de Arte Carrillo Gil, INBAL, Secretaría de Cultura. Cortesía del Museo de Arte Carrillo Gil y el artista ©

comercial. Pero esto no es culpa de los trabajos disidentes en la humildad de su cumplimiento. Pensándolo mejor, se me ocurre que quizá el Dios del Génesis fuera ya desde entonces un capitalista salvaje, y Adán, que después de todo era un recién nacido, entendió mal la sentencia: el tormento no era el trabajo, sino su contexto —de la misma forma en que el castigo de Eva no era la menstruación como tal sino el aparato ideológico, perfeccionado con los siglos, que convertiría su sangre en tótem de la desigualdad—. En ese caso, hemos sido derrotados: el castigo goza de cabal salud. Y, sin embargo, en esas actividades inauditas que por ahora son reservadas a unos pocos, late una voluntad de rebelarse, de volver a comer del árbol de conocimiento del bien y el mal, del conocimiento del trabajo y el placer, la necesidad de tomarse un té en medio de la vorágine, de elegir los rincones más frescos del Infierno, de crecer como hierba mala de esas malvibrosas en el centro del Edén de la productividad, de reivindicar su calidad de pecado, si no *original* —que la marca ya estaba registrada—, al menos sí un tanto más pintoresco. **U**



ALGO QUE PUEDE PASARTE, POR EJEMPLO, UNA NOCHE

Javier Sáez de Ibarra

La tentación de no ir al trabajo es, sin duda, una de las más fuertes que puede experimentar una mujer, un hombre (una mujer-un hombre que tengan trabajo).

Si tu turno es nocturno, y por consiguiente has de cambiarle la guardia a otro que a esas alturas está reventado, entonces la tentación se convierte en algo más sucio. Puede que te llame, o que al día siguiente empiece con palabras, siga con empujones y termine estampándote un puño en la cara.

La mejor opción es convidar a tu novia a pasar la noche en el puesto. *Noche, novia, soledad* son tres términos que se amigan bien. Falta una botella y has ganado el póquer.

Así lo hicimos.

Me aseguré de que todas y cada una de las puertas estaban cerradas, me di paseo y medio, escruté las pantallitas y miré hacia afuera, por las ventanas. Presidía una noche cálida, el mundo exterior no iba a reventarla, como ordenada para una tregua. Da gusto el trabajo cuando no hay nada que hacer. Volví y mi novia ya llevaba cuatro dedos bebidos. Lo sé porque sólo me sonrío así entonces. Había que hacerlo rápido, si no se impacienta. Lo que me molesta porque a mí me gustan las cosas más bien tranquilas, y necesito el protocolo de beber yo también algo.

—No seas pelma —le dije—, mira lo que te has tomado tú sola.

¡Como para hacerle sentir culpa! Se rio en mis narices. Me serví un trago, esquivando sus manos. Me lo quería quitar, apuraba su vaso, se

había bajado el tirante de un hombro, le dio tiempo a pasarme la mano por el muslo. No entiendo, las mujeres pueden hacer varias cosas a la vez, o es que son ubicuas. Para colmo, acabé de beber un sorbo, uno tan sólo, más o menos, y ya se había ido.

—Yjuuuuuuuuuuuuuuu.

Su voz había sonado por todos los rincones. Miré de inmediato las pantallas, pero no salía. Me palpé la pistola, ocupaba su sitio. Mientras no pierda el arma, mantengo el trabajo, me dije. Tampoco sé por qué.

—Aníiiiiiiiiiiiiíbal.

No me llamo Aníbal, era un juego suyo.

—¡Sara! —grité, su verdadero nombre.

—Aníiiiiiiiiiiiiíbal.

—La que te parió.

Me serví otro trago, me lo tomé de un golpe, bueno, de tres sorbos; me coloqué la gorra, me aseguré el cinto y corroboré que no la delataban las pantallas; me aclaré la voz y me dije allá voy, soy un hombre tranquilo, por eso estoy aquí.

Mis pasos de bota resonaban por las salas en silencio, con ecos de empleados que estaban descansando. Me gusta caminar de noche por ellas, igual que un rey en sus dominios. Durante un rato lo hice, olvidado de Sara. Pensando sólo en mí mismo, y en esta imaginación errabunda. Sara es un ladrón que se ha colado en mi recinto; el sabueso más listo irá a ponerle una balita en la frente.



Precaución hueco del elevador. Fotografía de Memphis CVB ©



Guardia de seguridad y reflejo. Fotografía de Sam Rodgers ©

—Yuuuuuuuuuuuuuu... Aníiiiiiiiiiiíbal.
Ahí estaba de nuevo. Su voz sonaba lejana, mi presa inalcanzable. Cítame, cítame otra vez si quieres.

Ahora se había callado, parecía que entendiese. No me gusta que los conejos no den señales. No me gusta esa ventaja.

—¡Sara! —le grité—. ¡Sara!

Avanzaba por las salas, ya dije, después por un patio.

—¡Sa-raaaaaaahaaaa!

Ni el viento.

Vi luz en el tercero. ¿Cómo ha podido subir tan aprisa? Luego en el cuarto. Iba encendiendo todas las luces por donde pasaba. Corrí hacia la puerta. Antes de dos minutos habría puesto el edificio entero ardiendo de fluorescencias blancas. Un árbol de navidad a des-tiempo.

—¡Aníbal! —me pareció escuchar.
Yo le meto un tiro en la cabeza.

Llamé al ascensor, alguien se había dejado la puerta atrancada. Me lancé a las escaleras. Subí, con la cacharrería, torpe y duro; en cada piso las luces, los pasillos vacíos, su huella vertiginosa. La borrachera de las prisas. Y mi maldito seudónimo horadándome las sienas que oía o fantaseaba. ¿Habré yo bebido también más de la cuenta?

—Aníiiiiiiiiiiíbal.

Era un eco de un eco, del eco de una voz fallecida.

—¡Sara! —grité—. ¡Sara! ¡Sara! ¡Por dios!

Corrí, trepé, subí, alcancé el último piso. Las mismas luces de todos y nadie por allí. Desde una especie de balcón observé las instalaciones. Un aire nuevo se desplazaba de este a oeste y otro desocupaba la noche de la ciudad.

Mañana haría buen tiempo, veinte grados lo menos.

Abajo, la sombra de Sara avanzaba hacia la cabina. Viví en un mundo invertido de luces y sombras. Nos hubieran dado la vuelta como a un reloj de arena, y ahora a mí, que había subido, me tocaba caer.

Bajé a la carrera, arreglé el ascensor. Abrí la puerta, atravesé el mismo patio. Una figura oscura se enmarcaba a la luz de la cabina por su ventana derecha. La barrera seguía bajada y las farolas con su pobreza amarilla a unos pocos metros tiznaban el parterre. Llegué hasta la entrada de la cabina.

Sara bebía un sorbo con su habitual delicadeza. Casi inocente. Si hubieran sacado mi cañón, habría resultado un crimen. Me quedé quieto, resoplando, sudando, procurando que

ta, la porra, la gorra, el traje, su vestido, todo repartido para el que llegue.

—¿Qué te pasa?

Me sacó de mi ensoñación. Bebí un trago.

—Nada.

—Este trabajo no está mal —ponderó—. Tienes tiempo para leer, para meditar, si quisieras.

Había un deje de desdén, no creo que para mí, acaso por sus propios juicios invalidados.

—Es muy solitario —continuaba con su repaso.

—¡Mm!

—Quizá lo peor sean las fantasmagorías. ¿No?

Yo no entendía ya nada.

—Puedo irme en cualquier momento, ¡desaparecer! —afirmó—. Y tú creerás que me has

Ella me sirvió un vaso y me lo tendió. Su sonrisa enigmática era todo lo que podía ofrecerme en aquel momento. Yo lo comprendí de ese modo.

mi corazón dejase de latir a ese ritmo, que mis ideas adoptaran un orden. Que mi amor refluiese.

Ella me sirvió un vaso y me lo tendió. Su sonrisa enigmática era todo lo que podía ofrecerme en aquel momento. Yo lo comprendí de ese modo.

La imaginé frotándose contra mí. Follando locos los dos en ese mismo espacio. Frotándose como si ralláramos pan. Y después yo tras ella, batiéndome el cobre. Después así, después de la otra manera. Ella llamándome Aníbal, yo diciéndole Sara, Sarita. Las manos apoyadas en la pared o en el vidrio, los jadeos empañando el cristal, mi cuerpo chorreando, ella empañada. Las esposas por el suelo, la pistola quie-

soñado. ¿No es ése el destino último de todo trabajo que realizan los hombres?

—¡Pero qué estás diciendo! —me enfadé.

Y ella me hacía gestos burlona, como si efectivamente fuese un trago. Se me despertaron deseos sexuales de nuevo. La miré con vicio. Ella no parecía muy proclive, la borrachera ¿la había transformado, realmente?

En cuanto a mí, enseguida perdí toda la energía. Tanta carrera desperdiciada. Tenía sólo un vaso con un dedo de algo. Y enfrente mi fantasma favorito hablando de cosas raras. **U**

Tomado de *Fantasia lumpen*, Páginas de Espuma, Madrid, 2017, pp. 19-23.



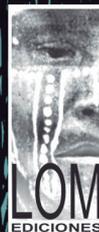
Díaz * Echeverría * Figueroa
Muñoz * Rivas * Romo * Plaza

LOTA, 1960

LA HUELGA LARGA DEL CARBÓN



COLECCIÓN
MASA
sicafrónica





NACÍ EN LOTA, ALLÁ POR 1955



TENÍA 5 AÑOS PARA LA GRAN HUELGA... ERA CHICA, PERO ME ACUERDO IGUAL

MI FAMILIA ESTABA RELACIONADA CON EL SINDICATO MINERO



DE HECHO, MI PADRE TRABAJABA DE SECRETARIO EN ÉL

... MI PADRE, HOMBRE DE PARTIDO Y DE ORGANIZACIÓN

DEL PC



VIVIMOS EN UNA CASA FRENTE A LA PLAZA DE LOTA

... CERCA DEL TEATRO -ERA DEL SINDICATO MINERO-, QUE NUNCA SE TERMINÓ DE CONSTRUIR



RECUERDO LAS REUNIONES, CON MUCHA GENTE...



HABÍA SIEMPRE UN ESTRADO EN EL LADO OESTE DE LA PLAZA

ALLÍ VI A PABLO NERUDA Y A PATRICIO MANNES EN EL 58



Y DE QUE LOS VI, LOS VI... PERO CON DOS AÑOS POCO ME ACUERDO

ME ACUERDO ESTAR EN LOS BRAZOS DE MI MADRE, ESO SÍ



PERO SÍ, ME ACUERDO DE LA HUELGA DEL 60, DE COMO TODOS LOS MINEROS SE JUNTARON EN EL MOVIMIENTO

BUENO, NO TODOS

HABÍAN ALGUNOS, NO MINEROS, MÁS BIEN EMPLEADOS DE LA COMPAÑÍA, QUE SEGUÍAN TRABAJANDO Y LA GENTE LES GRITABA "CORDEROS, CORDEROS", Y BALABA CUANDO PASABAN



TENGO BUENOS RECUERDOS DE ESOS TIEMPOS...

ACOMPANABA A MI PADRE A LAS REUNIONES, DE LA MANO, VESTIDA COMO UNA NIÑITA DE PUNTA EN BLANCO



Y NO ERA LA ÚNICA, PORQUE IBAN OTROS NIÑOS TAMBIÉN

ERA UNA ESPECIE DE PASEO

Y ÉRAMOS HARTOS LOS CABROS ALREDEDOR DE LA PLAZA



* "LA CAMARÁ". LO MÁS PROBABLE, Y DADA LA EVIDENTE CIRCULACIÓN DEL TÉRMINO "CAMARADA" PARA DESIGNAR AL COMPAÑERO DE PARTIDO (EN ESTE CASO DEL PC, MAYORITARIO EN LOTA EN ESOS TIEMPOS), ES QUE SE TRATE DE UN APÓCOPE FEMENINO DE ESTE -TAL COMO LO USA FERNANDO SANTIVÁN EN LA NOVELA "LA CAMARÁ"- Y NO LA EXPLICACIÓN ARBITRARIA QUE FIGURA GENERALMENTE EN LOS DICCIONARIOS DE TÉRMINOS MINEROS CONSULTADOS: "DE USO EN EL MEDIO MINERO, VIENE DEL LATÍN CÁMARA, QUE SIGNIFICA DORMIR EN UN MISMO APOSENTO, ES LA PAREJA, LA COMPAÑERA DEL MINERO".



SÍ, ME ACUERDO DE LA MARCHA,
YO FUI CON MIS PADRES HASTA EL
MISMO CONCEPCIÓN

ARRIBA DE LA
VESPA, BIEN
ABRIGADOS

MI PADRE, MECÁNICO EN SU JUVENTUD, HABÍA ADAPTADO UN CARRITO AL
COSTADO, DONDE VIAJABA CON MI MAMÁ



LO QUE MÁS RECUERDO ES EL CIELO DE
LA MAÑANA, CUANDO RECIÉN ESTÁ
AMANECIENDO

Y ENTRE LA BRUMA Y LA SEMICLARIDAD, UNA
COLUMNNA, UNA ESPECIE DE CUNCUNA
FOSFORESCENTE DE LUCES... LAS LÁMPARAS
DE LOS MINEROS

HABÍA GRITOS, HABÍA CANTOS, Y MUCHA GENTE

LA GENTE ES UNA FIESTA
PARA UNA NIÑA PEQUEÑA

Y AÚN MÁS ARRIBA DE LA
MOTO, EN VIAJE CON TODA
LA GENTE EN CARRETERA

NO SÉ QUÉ PASÓ CON LA HUELGA AL FINAL, DE ESO UNO APRENDE
Y ENTIENDE CUANDO ES UN POCO MAYOR

POR EJEMPLO, DE LAS OLLAS COMUNES, MÁS DE 200 CON LAS QUE CASI
TODO LOTA SE ALIMENTÓ DURANTE ESOS DÍAS

EL MINERO COBRABA SEMANAL, Y EN
HUELGA, NO COBRABA, ENTONCES NO HABÍA
CRÉDITO NI CON QUÉ COMPRAR

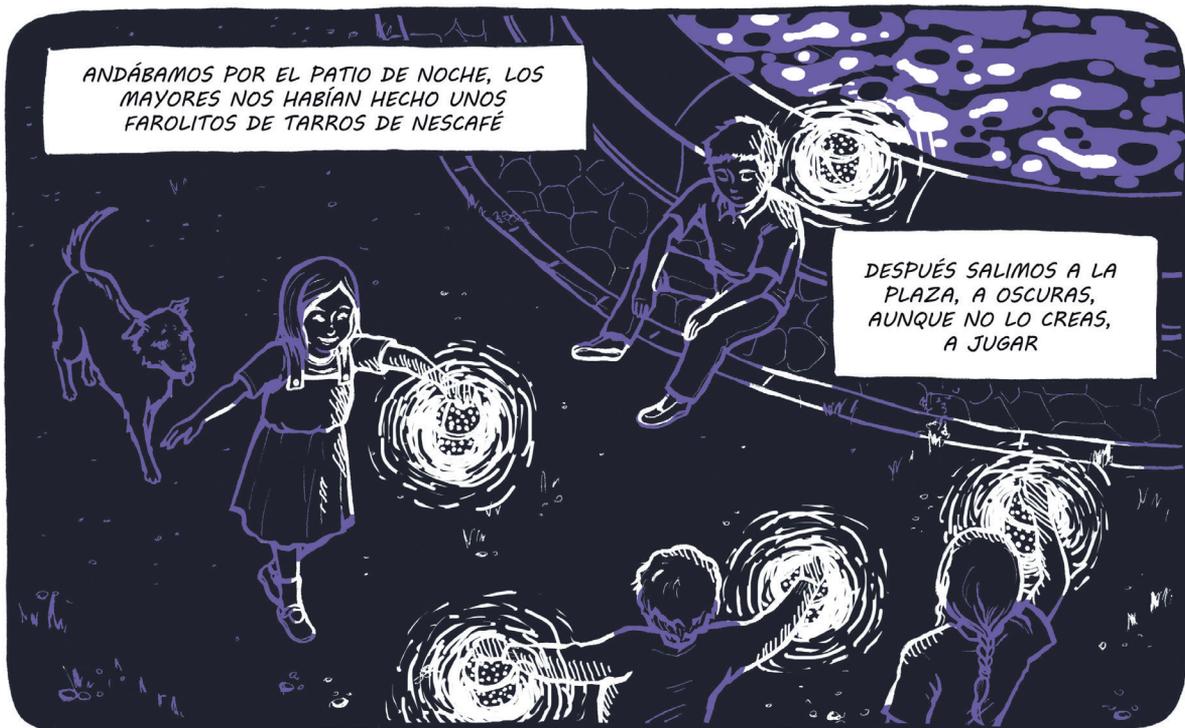
PERO NO FALTÓ EL APOYO DE OTROS TRABAJADORES,
DE TODAS PARTES DE CHILE

AL FINAL VINO EL TERREMOTO Y EL SUSTO...

... AUNQUE PARA UNO NO FUE TAN ASÍ

ANDÁBAMOS POR EL PATIO DE NOCHE, LOS MAYORES NOS HABÍAN HECHO UNOS FAROLITOS DE TARROS DE NESCAFÉ

DESPUÉS SALIMOS A LA PLAZA, A OSCURAS, AUNQUE NO LO CREAS, A JUGAR



¿LO DEL TARRO?

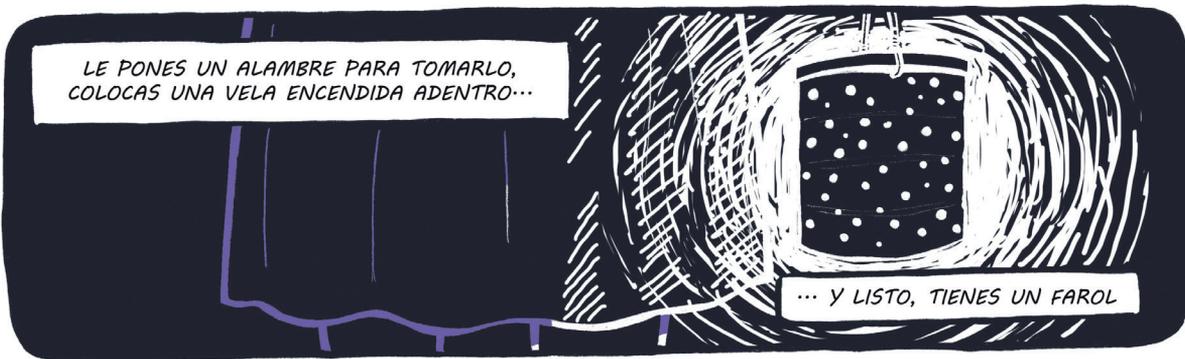


A VER, SE TOMA UN TARRO, VACÍO

Y CON UN CLAVO LLENAS LA PARED DE AGUJEROS

LE PONES UN ALAMBRE PARA TOMARLO, COLOCAS UNA VELA ENCENDIDA ADETRÁS...

... Y LISTO, TIENES UN FAROL



ME ACUERDO DE LA NOCHE OSCURA, Y
ARRIBA... LAS ESTRELLAS, BLANCAS,
BRILLANTES, FRÍAS, LEJANAS

Y EN EL CIELO, TODO
ESTABA A OSCURAS POR EL
TERREMOTO

UNA GRAN FRANJA DE LUZ, CORTANDO LA NOCHE
COMO UN ESPINAZO

CREO QUE AHÍ FUE CUANDO
VI REALMENTE EL CIELO
POR PRIMERA VEZ





EL LOBO Y EL COYOTE: TRABAJAR EN COLECTIVO PARA TRAER LA LLUVIA

ENTREVISTA CON EDUARDO GUZMÁN

Regina Lira

Lalo Guzmán vive desde hace más de veinte años como ejidatario en Las Margaritas, una comunidad campesina del altiplano semidesértico potosino a la que llegó tras cinco años de vivir en la comunidad wixarika de Santa Catarina Cuexcomatlán, en Jalisco, donde aprendió los principios de la organización comunitaria. Con un reconocimiento como guardián ecológico apoyado por representantes wixaritari, Lalo decidió trasladarse a Wirikuta, la región sagrada a la que llegan los peregrinos en el altiplano potosino, y tomar como patrona a esta comunidad wixárika que él considera "en muchos sentidos, el porvenir de la humanidad". "¿Cómo hacer equipo en Wirikuta?" es una pregunta que explora, al aprender sobre las formas de trabajo y la vida en comunidad entre ambas culturas y sus vínculos con este territorio, ancestral y sagrado para unos, e histórico y permanente para los otros.

¿Qué te motivó a vivir en el desierto?

En 1997 me lancé con la idea de que las reservas y las áreas naturales protegidas tienen un desdén por los habitantes locales, casi siempre hay una contradicción entre lo que protegen y lo que prohíben. Mi misión es trabajar para que las comunidades sean beneficiarias de vivir en un sitio sagrado de esta naturaleza. En ese tiempo se organizaron asambleas con los ejidatarios en San Juan Tuzal, Mar-

◀ Área Natural Protegida de Wirikuta. Fotografía de Antoatl Aguirre ©



Edgar Fabián Frías, *Norte*, 2019. Cortesía del artista

garitas, en Catorce, sobre el decreto de protección estatal de Wirikuta. Ahí se marcó el primer acuerdo entre huicholes y campesinos mestizos. Ya después, en una reunión reciente, un moderador preguntó a todos los asistentes, campesinos, huicholes y representantes de asociaciones civiles: “¿Cuál piensas que sería el proyecto más importante y de prioridad en Wirikuta?”. Pasó con cada uno y un huichol cantador, Eusebio, dijo: “Maíz”. No explicó ni nada, sólo dijo eso. Pero se entendió. Una comunidad debe tener garantizado su sustento. Si viene una empresa a querer comprarte tu tierra, pero tienes sembrado bien bonito y te dio bien la lluvia, pues le dirás: “Ni madres”. Éste es el propulsor para la defensa de la tierra y es una garantía de aprendizaje. Ha sido también el detonador de la propuesta: lluvia que fortalece el tejido comunitario. Éste es el germen para un acuerdo de vida en Wirikuta.

Cuando llegaste, ¿cómo fue tu acercamiento a la comunidad?

Llegué con advertencias muy afortunadas de gente que había laborado en comunidades y que tenía como metodología trabajar sólo con cinco de ellas y con principios básicos de reciprocidad. Sin embargo, no pude evitar caer en el bache de las prácticas románticas. Celebré la perseverancia, esa tozudez de los lugareños para echarle todo. Para la gente de aquí puede no llover y no llover y no llover cuatro, cinco años, y al sexto va a llover y se siembra otra vez maíz, y así van a apostarle a todas las oportunidades. Ante estas grandes virtudes, a veces uno es muy débil y comete el mismo error que el gobierno: ofrecer algo a cambio de nada. No fui riguroso en la metodología del dar y recibir como un ejercicio imprescindible para que un proyecto tuviera buen cimiento.

En ese momento el proyecto era, y sigue siendo, la reforestación. Busqué especies de nopales, ofrecí nogales y duraznos e hicimos la primera plantación. De la experiencia en la sierra huichola aprendí que había que romper los tiempos burocráticos, si no, te vuelves neurótico. Tienes que saber cómo romper esos modos. Conseguí mis propios medios para cumplir, esto sembró confianza. Después hubo una gran helada en el 97 que terminó quemando todo lo que habíamos plantado. Cuando yo apenas me acerqué, la gente me dijo: "No importa, los trajiste y los plantamos, vamos a hacerlo de nuevo".

¿Cómo has intervenido en estas comunidades?

Siempre hay que buscarle a los recursos. En la Sedarh (Secretaría de Desarrollo Agropecuario y Recursos Hidráulicos) me desempeñé como *extensionista* del trabajo comunitario. Entonces colaboramos con las comunidades de Ranchito de Coronados, Mastranto, Santa Cruz del Mogote y Margaritas. Asistimos a las asambleas, convocamos, llegaron las mujeres, platicamos, investigamos. Ellas le saben a la herbolaria, conocen las plantas y sus virtudes curativas. Los hombres hubieran sido bien recibidos, pero ellas fueron las que le entraron. Cada grupo se conformó de manera autónoma, aunque se manejaba un mismo sello: hacían tinturas, microdosis, champús, pomadas. Recibimos recursos que ajuarearon a las mujeres para hacerse de materia prima y todo, pero al paso del tiempo se cayeron porque la parte comercial nadie la cumplía. Recibimos la asesoría de unos mercadólogos y vieron

cómo trabajábamos, lo que hacíamos, y nos dijeron: "Pues este producto lo pueden hacer tres personas y tú tienes a veinte. Está muy romántico, pero no te funciona". Lo que nosotros veíamos como un éxito, el trabajo en colectivo, con reuniones y pláticas, resultó que pues no lo era. Doña Pitacia decía: "No importa, con que nos curemos." Y ya, se dividieron, se distribuyeron el material y de las veinte en cada ejido, unas tres o cuatro siguieron por su cuenta.

Propusimos también un sistema de vigilancia con tres ejidos: Ranchito de Coronados, Margaritas y Tanque de Dolores, una manera para cuidar que no hubiera saqueo de especies. El proyecto logró el reconocimiento de la Profepa (Procuraduría Federal de Protección al Ambiente), de la Segam (Secretaría de Ecología y Gestión Ambiental) y del municipio, y generaba ingresos. En su primera etapa funcionó de manera súper ejemplar porque todos respondían al llamado, pero después se cayó.

Uno va muy cargado de una expectativa comunal, que *todo para todos*, y ese modelo es una construcción urbana, pero nos gusta imponerlo y suena bonito. No hay mala intención, tampoco.

¿Cuáles han sido las fuentes de sustento en estas comunidades?

Margaritas es un rincón poco fértil, semiolvidado, de lo que fue la Hacienda de Santa Gertrudis, que abarcaba hasta donde actualmente está Wadley. Aquí sembraban los peones en parcelas que les prestaban los hacendados porque no tenían interés en ellas. Allí sembraban durante

Luego regresaron los modelos de tipo hacendario que están de vuelta con el despojo y entraron las remesas.

las lluvias, y en las secas se remontaban siguiendo una costumbre seminómada hacia el sur, a la Sierra de la Grulla, que era tierra de abundancia, con jabalíes, venados, muchos magueyes y nopales.

Así los agarró el reparto agrario cardenista y parte de las tierras de la hacienda se convirtieron en un ejido formado por los peones y los capataces de la hacienda, y se reprodujo este juego de poder, esta pelea sorda.

El modelo ejidal mantuvo el mismo perfil productivo de la hacienda: cultivo de maíz, frijol, calabaza, con vacas, borregos, chivas, la utilización de algunas plantas para la transformación en textiles, como la lechuguilla. Luego regresaron los modelos de tipo hacendario que están de vuelta con el despojo y entraron las remesas, que han sido uno de los varios componentes del sustento familiar.

Una familia de ahora se sostiene del pastoreo, produciendo queso, vendiendo alguna chiva, de la siembra del maíz temporalero, del rastrojo para los animales. Antes parte del sustento venía del tallado de lechuguilla, penca para hacer ixtle, pero esto poco a poco se fue perdiendo hasta que ya en Margaritas no hay ningún tallador. Antes se tenían hasta 300 chivas, ahora el que más tiene, posee cincuenta; se fueron vendiendo unas gallinas, algunos guajolotes, algunos burros, por ahí un marranito para alguna época del año. Está el aguamiel, la tuna, una gran cantidad de especies forrajeras, especies que pueden vender como el quiote de la lechu-

guilla al que llaman "garrocha" y utilizan para los techos. De otras partes se van a Monterrey a vender sus plantas medicinales. Son trabajos familiares, individuales, que generan una lana para sostenerse, pero que no forman parte de ningún programa oficial.

Haces referencia a una época de mayor abundancia. ¿Cómo ha sido intervenido este paisaje?

Cuentan los viejos de aquí, y también los huicholes, que antes había grandes extensiones de nopal rastrero, que es una especie crucial para el tejido de la biodiversidad y del suelo mismo. Estos nopales no crecían para arriba sino de forma horizontal y cumplían el propósito de atajar la tierra, y cuando caía la lluvia retenían todos sus nutrientes. En lugar de chamuscar la penca con fogata para alimentar a los animales como se venía haciendo, en los años setenta se introdujo el soplete estilo *Fahrenheit 451* y se comenzó a quemar la planta madre, y le dieron en la madre a todo. Don Tereso reconoce esto como la causa principal de que los venados se alejaran de la zona, así como muchas otras especies, pues hubo un proceso de erosión fuertísimo. Él dice que no cazaban tanto venado como para extinguirlo, pero lo que sí hicieron fue quitarle su hábitat. Sumado al pastoreo libre que había en abundancia en esa época, se generó un descenso en las lluvias.

La gente dice que fue en los ochenta que dejó de llover. Margaritas llegó a tener entre 300 y 400 habitantes, frente a los cien que había en 1997, y los sesenta que penosamente llegamos a sumar ahora con algu-

nos jipis avecindados. La escasez de lluvias que viene con esto es uno de los grandes cambios que afecta a la población. La gente entiende esto como un hecho incuestionable que obliga a la diáspora, que aumenta el ritmo de migración hacia la ciudad industrial más cercana, Monterrey, y luego hacia Estados Unidos. A través de las remesas, los migrantes sostienen una economía vapuleada por el cambio de ritmo pluvial.

¿Qué otras fuentes de empleo hay? Hablaste de programas oficiales, del regreso de modelos de despojo...

Por ejemplo, en los ochenta llegó el Coplamar (Coordinación General del Plan Nacional de Zonas Deprimidas y Grupos Marginados), un proyecto federal con modelo empresarial. Aunque operaba con un gerente de fuera que contrataba locales, los proyectos que introdujo aquí nos parecen interesantes; creó centros de acopio de semillas, de especies locales, viveros para reproducción de especies no maderables pero importantes para la biodiversidad. Pero cuando concluyó el sexenio, se terminó el reparto de recursos y todo lo que generó el proyecto se vino abajo porque nunca se desarrolló conciencia. Así es el modelo paternalista, como una criptonita que desactiva, un debilitador invisible. Después fueron llegando, como Pedro por su casa, proyectos agroindustriales para siembra de chile o jitomate, empresarios que compran tierras a precios ínfimos, de risa, en zonas de reserva ecológica. Entraron las eólicas, las mineras, proyectos que algunos ejidatarios aceptan sin cuestiona-

miento. Estos proyectos difunden la idea de que esta zona no tiene remedio y de que los megaproyectos son la única opción laboral. Extraen intensamente y a corto plazo, a costa de una erosión irreversible; extraen las aguas fósiles que tienen los mantos acuíferos y que debido a los cambios climáticos ya no tienen la recarga suficiente.

¿Cómo es trabajar en el desierto?

A menudo hacemos la comparación entre el lobo y el coyote. El lobo es el gran civilizador, el hermano *mara'akame* mayor, el fundamento que garantiza que la peregrinación sembradora de la semilla de luz tenga una retaguardia fundamental; es



Edgar Fabián Frías, *Give US Home Spider (Ritual 3: Amazon Fulfillment Center, Moreno Valley, CA)*, 2017. Fotografía de Josh Vasquez. Cortesía del artista



Área Natural Protegida de Wirikuta, Colectivo Ecologista Jalisco ©

uno de los guardianes, de los bastones que tiene el Abuelo Fuego a su lado, así como el león y el jaguar. El lobo es símbolo de fuerza familiar, de clan, de lealtad. El lobo se enfrenta para defender su territorio, por ello es casi exterminado. El coyote no. Él trabaja solo. El coyote sobresale por su astucia y quizás en eso sobrepasa al lobo. Él ha logrado sortear el crecimiento de la población humana, el coyote sigue, consigue ocultarse, camuflarse, pasar desapercibido.

Podríamos suponer que el lobo caracteriza más al pueblo wixarika y que el coyote, como un maestro de la sobrevivencia que ha logrado extender sus poblaciones desde el Polo Norte hasta la Patagonia, tiene la estrategia de la trampa, la subversión y el mestizaje. Eso está más presente, desde mi punto de vista, en las comunidades del desierto. Nosotros decimos que Margaritas, y en general las poblaciones del

altiplano, son más coyotes. Se sueltan más a lo áspero de la adversidad para que ésta sea experimentada individualmente. Hay una necesidad de sobrevivir y utilizar muy pocos recursos para salir adelante. También un individualismo que sobresale y que sólo rompe esa condición en ocasiones especiales donde sale la comunidad. Hay algunos estudios que dicen que el coyote es tan astuto que está aprendiendo del lobo las técnicas para cazar en colectivo. Dicen que el coyote ya está empezando a cazar en colectividad.

Así nos gustaría pensar a nosotros en estas comunidades campesinas, mestizas, de origen tlaxcalteca, purépecha, del otomí hñähñu, del guachichil pame chichimeca, del agropastoril de las tierras del sur de España, ese ser amestizado en la cruz de la Iglesia católica que abandona su voluntad de jalar para su lado en una suma de colectividad.

¿Cómo se hace comunidad en el desierto?

A veces pensamos que hay muchos sentidos en los que no hay comunidad. Sin embargo, hay ciertos momentos cuando la gente se junta y están todos ahí. Por ejemplo, con la lluvia. Ella vence cualquier tumor de separación, lo disuelve. Entuertos, los deshace. Enemistades, las borra. Hay una persona que no me quiere aquí en la comunidad, y es vecino contiguo. No me quiere, no me quiere. Y una vez está lloviendo y está entrando la lluvia a mi solar, y pasa el cabrón y se queda viendo cómo entra la lluvia y desde fuera sin acordarse de que no me hablaba, me grita "Lalo, está entrando por ahí, hazle así", y yo obvio lo obedezco porque él le sabe. Pero él no aguanta, se salta la cerca y se pone a hacer el trabajo porque yo no lo estaba haciendo perfectamente, como él sabía. Y se quedó sin límite de tiempo. La comunidad está presente, pero le cuesta manifestarse como unidad. Ahí está soterrada, varias capas debajo de lo aparente. Pero es más coyote. Estas cooperativas hubieran podido lograr mucho juntas. Pero no, o sea, nadie produce quesos en colectivo, cada quién cuida sus chivas.

Hablaste del "germen" del trabajo comunitario aquí en Wirikuta, ¿cómo lo imaginas?

Cuidar la naturaleza nos da de comer. Y los que somos de fuera, pero estamos aquí, tenemos la posibilidad de ofrecer una lectura que implica elaborar diagnósticos sobre este escenario ya intervenido y en desequilibrio. Me parece que lo que le debemos a Wirikuta es volver a bordar sus

mezquites, sus nopaleras y, por lo tanto, el retorno de sus especies; hacer de ella una zona viva de regeneración ambiental que lleve implícitos proyectos productivos. Ahí debe de estar la habilidad de quienes intervingamos.

El trabajo, lo que creemos que es el trabajo, ya empezó, y la lluvia es la petición. Tuvimos ya una ceremonia con ejidatarios y representantes wixaritari, donde los cantadores nos confiaron que Tatewarí, Abuelo Fuego y la Abuela Nakawé los habían regañado: "¿Por qué no habías hecho esto antes? Tienes que trabajar con la gente de aquí, ¡es crucial!", les dijeron.

Para mí ésta es la verdadera esencia del trabajo comunitario. Como en la novela de Carson McCullers, *El corazón es un cazador solitario*, donde por distintos accidentes no logran conectarse de corazón los personajes. Como lector y observador externo, miras y no dejas de pensar en la fuerza que tendría que estos personajes se juntaran, formarían un equipo maravilloso. Sin embargo, hay diversos accidentes que los separan y los mantienen así en la escenografía. Y aquí los huicholes vienen, pero nunca hay un trato profundo. El trabajo para pedir la lluvia de esto se trata: dialogar con el hermano menor que no tiene ese amarre con la naturaleza, pero sí lo tiene en otra medida, pues es heredero de una resonancia guachichila.

La visión wixárika de este espacio es una alternativa, un repaso del significado profundo de estas tierras, una posibilidad para dialogar con esta naturaleza y demostrar que tiene otra vocación, que también es productiva, no sólo espiritual. **U**



Khristian Muñoz de Cote, de la serie *Leche*, 2021. Cortesía de la artista



TRABAJO DE CUIDADOS, DESASTRES Y GÉNERO

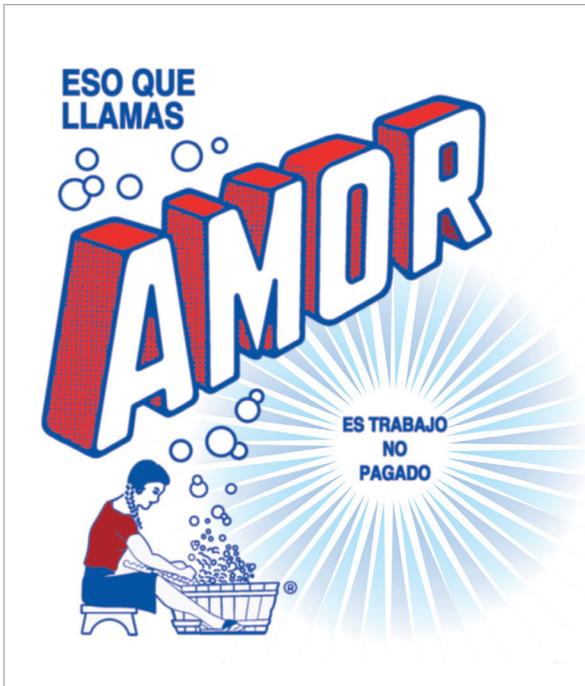
Oxfam México¹

Los desastres impactan el trabajo de las mujeres de múltiples formas. Más allá de los efectos sobre el empleo y los salarios, desastres como huracanes, sismos y pandemias repercuten en un tipo de trabajo que rara vez es reconocido como tal: el trabajo de cuidados. A nivel mundial, los roles tradicionales de género y la división sexual del trabajo provocan que las labores del hogar y de cuidados no remuneradas recaigan principalmente en las mujeres, lo que representa el principal obstáculo para el desarrollo de millones de ellas, pues limita su acceso a oportunidades, educación y autonomía. Por ejemplo, en México, una encuesta hecha durante el primer trimestre de 2021 registró que 2.5 millones de mujeres mostraron interés por conseguir un empleo y no pudieron obtenerlo, debido a sus “circunstancias de vida”² —la mayoría de ellas se dedica al trabajo del hogar no remunerado—.

La provisión de los cuidados se basa en el trabajo gratuito, precario e invisible de una mayoría de mujeres jóvenes y adultas, fuente de fuerza laboral a la que se recurre cuando los servicios públicos colapsan durante un desastre, como ha podido notar Oxfam a lo largo de los años

¹ Este texto fue escrito por Griselda Franco Piedra, Estefanie Hechenberger Zavaleta, Ana Heatley Tejada y Luz Rodea Saldívar.

² INEGI. Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE) primer trimestre 2021, México. Disponible en <https://www.inegi.org.mx/programas/enoe/15ymas/>



Alina Kiliwa, *Eso que llamas AMOR es trabajo no pagado*, 2020. Cortesía de la artista

al atender diversas emergencias humanitarias. Sin excepción, la carga de cuidados exacerbada en contextos de desastre ha aumentado las vulnerabilidades específicas para las personas cuidadoras, y en especial para las mujeres. Hasta ahora, esos efectos no han sido medidos ni capturados en las evaluaciones de daños y necesidades (EDAN) realizadas por agencias, públicas y privadas, y organizaciones internacionales. Esta forma de organización social invisibilizada pone a millones de mujeres en riesgo de abandonar su educación y perder su empleo; las expone a situaciones de violencia y las excluye de espacios de decisión cruciales para la recuperación comunitaria. Si no enfrentamos la distribución injusta del trabajo de cuidados antes, durante y después de algún desastre, ésta continuará perpetuando la desigualdad extrema entre ambos sexos, y entre mujeres que nacieron en distintos estratos sociales y en distintas regiones.

¿QUÉ ES EL TRABAJO DE CUIDADOS?

Es el conjunto de tareas que se requiere para satisfacer necesidades vitales y cotidianas, como cocinar, lavar, limpiar, administrar el hogar; atender física y emocionalmente a niñas, niños y personas mayores, enfermas o con discapacidad, entre otras. Remunerado o no, el trabajo de cuidados es un pilar fundamental para el bienestar de todas las personas.³ En otras palabras, los cuidados son “el conjunto de actividades que permiten regenerar día a día el bienestar físico y emocional de la gente”⁴; de la misma manera, juegan un papel central en el resurgimiento de la vida después de un desastre.

A veces al trabajo de cuidados se le denomina *trabajo reproductivo*, porque permite la formación de nuevas personas y hace posible que la vida continúe una generación tras otra, en contraste con el *productivo*, es decir, aquel que produce bienes y servicios para intercambiar en el mercado. También se utiliza con frecuencia el término *trabajo no remunerado* como sinónimo del primero, porque es una actividad que no recibe un pago dentro de las familias; sin embargo, es importante distinguirlos. Por un lado, el trabajo no remunerado está presente en diversos sectores; por el otro, el trabajo de cuidados a veces sí se remunera. De hecho, el trabajo del hogar es el empleo más común de las mujeres en el mercado laboral mexicano,⁵ aunque ofrece salarios bajos y condi-

³ Oxfam México, *Trabajo de cuidados y desigualdad*, México, 2018. Disponible en <https://www.oxfamMexico.org/sites/default/files/Trabajo%20de%20cuidados%20y%20desigualdad.pdf>

⁴ Amaia Pérez Orozco, “Cuidado, Resbala”, Colectivo La Mirada Invertida, Madrid, 2013. Disponible en <https://vimeo.com/67552738>

⁵ A. Heatley Tejada, “Trabajadoras del hogar en México: análisis y propuesta de mejoras al programa piloto de incorporación a la seguridad social”, Conferencia Interamericana de Seguridad

El trabajo del hogar es el empleo más común de las mujeres en el mercado laboral mexicano.

ciones muy precarias. Además, se asume que el trabajo de cuidados se hace “por amor” y, en esos casos, considerarlo una labor digna de un salario se percibe como “cobrar” el cariño. Sin embargo, el trabajo de cuidados no deja de ser un trabajo, y por tanto implica desgaste. Más aún, el trabajo remunerado no es el que sostiene a las personas que se quedan en casa haciendo las labores domésticas y de cuidados, sino al revés: el trabajo de cuidados permite que todas las personas de una familia estén en condiciones de salir a cumplir con sus actividades.

En conclusión, las actividades que se desprenden de los cuidados son fundamentales para el desarrollo social. Si no hay alguien que provea alimentación, gestione las dinámicas de funcionamiento de los hogares y genere el espacio y tiempo para que los y las integrantes de un hogar puedan desarrollarse, las sociedades no serían funcionales.

LOS CUIDADOS NO DESCANSAN, NI SIQUIERA EN EMERGENCIAS

Antes, durante y después de un desastre la carga de cuidados de las mujeres incrementa considerablemente. Mujeres y niñas son responsables de salvaguardar la salud física, psicológica, emocional, alimentaria y económica de sus familias e, incluso, de sus comunidades; por ello muchas de ellas descuidan sus propias necesidades de salud y seguridad.

Antes de un desastre se realizan tareas de preparación: guardar documentos importantes, asegurar la vivienda; salvaguardar los huertos, el cultivo y a los animales de traspas; procurar reservas de alimentos; mover a la

familia a algún albergue cercano si la casa no es segura o buscar asilo con vecinos, familiares o amistades. Durante una emergencia, las mujeres se encargan de cuidar a sus familiares: son ellas quienes dan contención, consuelo y calma; están atentas a cómo evoluciona la situación, revisan constantemente el estado de sus hogares y prevén un posible movimiento para resguardarse en otro lugar. Una vez que pasa el desastre es necesario reorganizar la vida: limpiar, recoger escombros, lavar ropa, recuperar pertenencias, conseguir y cocinar alimentos, proveer agua (que suele escasear en



Renata Petersen, *Domestic Loop* (detalle), cerámica de alta temperatura, 2018. Cortesía de la artista

Social (CISS), Ciudad de México, 2020. Disponible en <https://archivos.juridicas.unam.mx/www/bjv/libros/13/6328/1.pdf>



Paola Livas, *Nadie lava ni un plato en esta casa*, 2018.
Cortesía de la artista

estos contextos), agotar los ahorros y las reservas hasta conseguir un empleo, formal o informal, para recuperarse.

La carga de trabajo se duplica o triplica cuando las mujeres se involucran —muchas veces, sin reconocimiento— en procesos comunitarios de reconstrucción y recuperación. Por ejemplo, tras el sismo de 2017, en el Istmo de Tehuantepec las mujeres se encargaron de administrar recursos para la reconstrucción de sus hogares, dieron seguimiento a la búsqueda de apoyos económicos y materiales e incluso se endeudaron a través de créditos. Estas acciones resultaron en tiempos de descanso muy reducidos.

Con el paso del huracán Grace por Puebla y Veracruz, por ejemplo, observamos cómo las mujeres de ambas regiones volcaron sus esfuerzos en hacer rendir el poco alimento disponible. En ocasiones limitaron sus propias raciones y se saltaron comidas para que sus familias tuviesen suficiente e invirtieron hasta una hora en acarrear agua para lavar y bañarse.

El incremento de la carga de labores para las mujeres está relacionado con la cantidad y

la calidad de los servicios públicos de cuidados disponibles para la población. ¿Una escuela se inundó? Las niñas y niños estudiarán en casa con la guía de sus madres o hermanas. ¿Las clínicas y centros de salud se saturaron? Las mujeres cuidarán a las personas enfermas, con discapacidad y a los adultos mayores. ¿Los alimentos o agua escasean? Las mujeres caminarán grandes distancias para conseguirlos o serán voluntarias para instalar cocinas comunitarias.

La crisis por el COVID-19 implica otra situación de emergencia que ha incrementado de un momento a otro el trabajo de cuidados en el hogar y en el sector salud en general. A raíz del cierre de escuelas, espacios de trabajo y centros de salud, aumentaron drásticamente las labores en casa: más comidas por cocinar, más ropa que lavar, más apoyo para las tareas escolares, más enfermedades tratadas en casa para evitar el contagio. Y, aunque los datos sugieren que al principio los hombres aumentaron su participación en las labores del hogar, también muestran que no sólo estamos volviendo a la misma distribución de antes de la pandemia, sino que los efectos negativos en el mercado laboral han persistido más tiempo para las mujeres.⁶

LAS AMENAZAS NATURALES NO TIENEN GÉNERO, LOS CUIDADOS SÍ

En nuestra sociedad la crianza y el trabajo del hogar están fuertemente asociados con la femineidad; es decir, se considera que son actividades “propias de mujeres”. A ellas “les queda mejor” la comida, ellas “saben mejor” cómo

⁶ Ana Escoto, *Vivir al día: Qué (no) hizo el Estado y cómo la pandemia afectó la desigualdad*, Oxfam México, 2021. Reporte en proceso de publicación.

En nuestra sociedad la crianza y el trabajo del hogar están fuertemente asociados con la feminidad.

tranquilizar a los bebés, ellas “disfrutan” tener la casa limpia. En consecuencia, las mujeres con hijas e hijos menores de edad dedican en promedio 33 horas a la semana al trabajo productivo y otras 62 horas al trabajo del hogar y de cuidados, de acuerdo con datos de la Encuesta Nacional sobre el Uso del Tiempo (ENUT) de 2019. La feminidad asociada al cuidado se expresa también en el mercado laboral, donde sectores como el trabajo (remunerado) del hogar emplea casi exclusivamente a trabajadoras mujeres (97%)⁷ o en el sector salud, donde ocho de cada diez enfermeras son mujeres.⁸

Si sumamos todas las formas de trabajo que realizan las mujeres, ellas dedican en promedio diez horas más a la semana que los hombres.⁹ Adicionalmente, los roles de género imponen estereotipos tan arraigados que muchas mujeres no se sienten cómodas renunciando o reduciendo su carga de cuidados para incorporarse al mercado laboral, a costa de su cansancio, salud mental y desarrollo individual.

Esto también tiene un impacto en la brecha salarial. Ya sea que las mujeres opten por jornadas de medio tiempo o con horario flexible —frecuentemente precarizados— para atender los cuidados en casa, o que enfrenten discriminación por parte de sus empleadores, ellas comúnmente reciben una menor remuneración por hacer el mismo trabajo que los hombres.

Cuando los ingresos son muy bajos, una de las pocas maneras de ahorrar es supliendo bie-

nes y servicios con mano de obra familiar, y son las mujeres quienes ponen la mayor parte de este trabajo (por ejemplo, remendando y confeccionando ropa). Sin embargo, las familias no reconocen esas aportaciones como trabajo, sino como actividades que llevan a cabo en su “tiempo libre”.

¿HACIA DÓNDE CAMINAR?

El primer paso para reducir las desigualdades originadas por la carga de cuidados que pesa sobre las mujeres es reconocerla como una actividad valiosa y fundamental para la existencia de la vida y su recuperación. La reorganización del trabajo de cuidados (quién lo hace, cómo y cuándo) debe ser prioritaria para echar a andar una sociedad más equitativa, inclusiva y justa. Sus resultados no beneficiarían exclusivamente a las mujeres: tendríamos la



Olalla Gómez Valdericeda, *Damnatio Memoriae*, monedas intervenidas, 2012. Cortesía de la artista

⁷ A. Heatley Tejada, art. cit., p. 8

⁸ Instituto Belisario Domínguez, Senado de la República, “Las remuneraciones del personal de salud en México: entre el amor al arte y los esfuerzos débilmente recompensados”, Ciudad de México, 2021. Disponible en <https://bit.ly/3iINkaL>

⁹ INEGI. Encuesta Nacional sobre Uso del Tiempo (ENUT), Ciudad de México, 2019. Disponible en <https://www.inegi.org.mx/programas/enut/2019/>

oportunidad de generar un estado de bienestar capaz de hacer frente a las necesidades de su población, incluso en los contextos más adversos.

Hablar sobre trabajo de cuidados en los desastres es fundamental porque durante las emergencias salen a relucir las vulnerabilidades más profundas de familias y comunidades; se evidencian las brechas en la atención, los servicios y el acceso a derechos básicos que deben ser atendidos para impulsar el desarrollo. Sin embargo, primero necesitamos identificar las dinámicas de poder y de género dentro de los hogares para evaluar cómo emplea su tiempo cada uno de sus integrantes. La limitada participación de las mujeres en espacios de toma de decisiones y en cargos públicos es prueba de que la carga de cuidados desproporcionada limita su autocuidado y vulnera sus derechos de participación y representación.

La creación del Sistema Nacional de Cuidados abre la oportunidad de generar mecanismos que apuesten por su redistribución, no sólo dentro de los hogares, sino involucrando a todos los sectores (público, privado y comunitario) y, a su vez, impulsa un mercado laboral para todas las personas y permita su desarrollo sin obstáculos. A pesar de los avances en la inclusión de una perspectiva de género, derechos humanos e interculturalidad, en el marco legal y programático de la Gestión Integral del Riesgo de Desastre y Protección Civil, el tema del trabajo de cuidados está rezagado. Hay un amplio camino que recorrer.

Para generar sociedades que prioricen el cuidado y el bienestar de todas las personas hay que cambiar las dinámicas dentro de las familias, separar el cariño del trabajo y repensar los estereotipos de género. Uno de los re-

tos más grandes es legitimar la expresión del cariño materno de formas alternativas, que no se midan sólo con base en el trabajo de cuidados no remunerado; igualmente, es imprescindible que los hombres puedan cuidar a cualquier miembro de su familia sin ser juzgados. Para tener una sociedad de cuidados más justa es indispensable que las relaciones familiares sean diversas.

Avanzar en una distribución equitativa del trabajo de cuidados, tanto en el día a día como en contextos de desastres, es un reto complejo y requiere soluciones integrales. En Oxfam México hemos incluido recientemente un análisis de cuidados para identificar todas las brechas e impactos de las situaciones de emergencia en la vida de las mujeres, con la finalidad de impulsar una recuperación verdaderamente inclusiva. Por lo mismo, creemos que como individuos tenemos la responsabilidad de visibilizar la extenuante labor que realizan millones de mujeres y llamarlo por lo que es: *trabajo*.

Es crucial reconocer que esto es un problema estructural y las soluciones aisladas no tienden a detonar cambios reales. No basta con generar soluciones individuales. No basta con, por ejemplo, delegar el trabajo de cuidados a una trabajadora del hogar para facilitar que otra madre salga a trabajar. Tampoco con ofrecer dinero a las mujeres que están realizando trabajo adicional de cuidados a raíz de un desastre. Esto únicamente remedia el problema de manera temporal o transfiere la carga de cuidado a otra mujer con vulnerabilidades propias. Se requieren soluciones colectivas, servicios públicos de mayor calidad, mecanismos colectivos de cuidados: romper las normas sociales basadas en el género. Retos que sólo afrontaremos ejerciendo una ciudadanía activa. **U**



¡QUEREMOS EL PAN Y LAS ROSAS!

JAMES OPPENHEIM

Mientras vamos marchando, marchando a través del hermoso día
un millón de cocinas oscuras y miles de grises hilanderías
son tocados por un radiante sol que asoma repentinamente,
ya que el pueblo nos oye cantar: ¡Pan y rosas! ¡Pan y rosas!
Mientras vamos marchando, marchando, luchamos también por los hombres,
ya que ellos son hijos de mujeres y los protegemos maternalmente otra vez.
Nuestras vidas no serán explotadas desde el nacimiento hasta la muerte.
Los corazones padecen hambre, al igual que los cuerpos:
¡denos pan, pero también denos rosas!
Mientras vamos marchando, marchando, innumerables mujeres muertas
van gritando a través de nuestro canto su antiguo reclamo de pan.
Sus espíritus fatigados conocieron el pequeño arte y el amor y la belleza:
¡Sí, es por el pan que peleamos, pero también peleamos por rosas!
A medida que vamos marchando, marchando, traemos con nosotras días mejores.
El levantamiento de las mujeres significa el levantamiento de la humanidad.
Ya basta del agobio del trabajo y del holgazán: diez que trabajan para que uno repose.
¡Queremos compartir las glorias de la vida: pan y rosas, pan y rosas!
Nuestras vidas no serán explotadas desde el nacimiento hasta la muerte.
Los corazones padecen hambre, al igual que los cuerpos
¡pan y rosas, pan y rosas!



RAZONES POR LAS QUE NUNCA VOLVERÍA A IR A UNA ENTREVISTA DE TRABAJO

Zel Cabrera

*Abandoné mi trabajo
cuando me exigieron lo indecible.
Lo indecible es una punzada
que recorre el cuerpo,
un puño de sílabas sonoras.
Y así pues, sin quejas ni demandas,
como quien pide una disculpa
y dice con permiso yo me marchó,
porque no me presto a eso,
lo abandoné por dignidad, hace semanas.*
Eduardo Saravia

El primer día de clases en la carrera de periodismo, un profesor de canosa y nutrida barba sentenció: "Si están aquí porque quieren ser escritores, mejor salgan por esa puerta: están en el lugar equivocado". Ese hombre nos dio clases de ortografía un semestre y todas las mañanas que nos vimos, lo repetía. Nadie salió por esa puerta más que para ir al baño o por café caliente. Un semestre después, otra maestra dijo algo parecido: "Si están aquí porque quieren salir en la tele o en la radio, mejor salgan por esa puerta: están en el lugar equivocado". Para ese entonces ya varios habían dejado la escuela de periodismo para ir a estudiar otra cosa, y se perdieron del sermón de que acabaríamos, si bien nos iba, siendo "jala cables" en las producciones audiovisuales. Hubo quien salió aterrado de esas clases a pedir prácticas profesionales o buscó empleo en una oficina de comunicación social para evitar lo que entonces parecía

un destino infranqueable y empezar, cuanto antes, a hacer experiencia en algún lado. Ante esos sermones yo guardé la calma no por exceso de confianza, sino por resignación, como quien espera el último suspiro del barco hundido para saltar al mar y ahogarse. No encontré razones para echarme a nadar aún, quizá porque no sabría ni siquiera flotar de muertito.

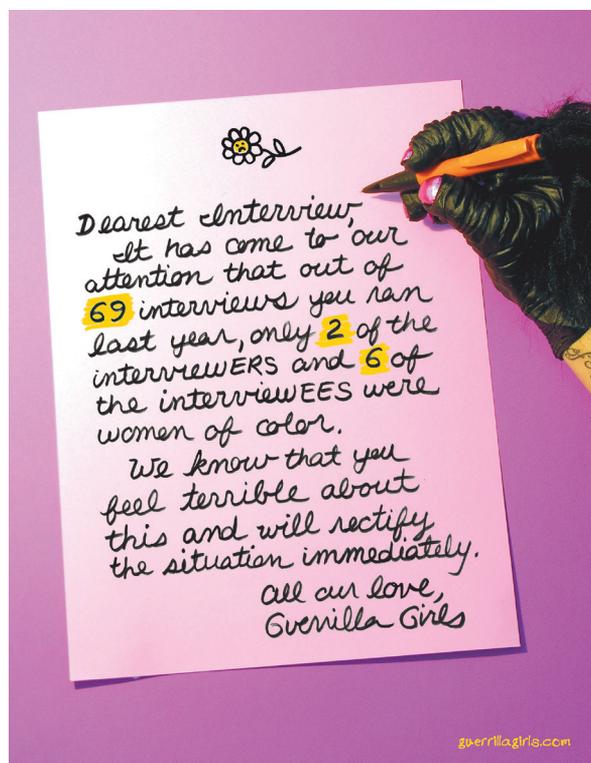
II

Pasé de los 22 a los 27 años sin ir a una entrevista de trabajo. Quiero decir que, luego de salir de la universidad, gané un poco de dinero de otras formas: durante unos meses hice prácticas en *Milenio* online, me dieron mi primera beca (estatal) para escribir un libro de poemas y dejé las prácticas (o a lo mejor ellas me dejaron por no ser tan habilidosa como para estar en un portal de noticias), gané un premio (también estatal), entré a la maestría, escribí reseñas de novedades editoriales para una revista que ya no existe y me dieron otra beca (esta vez de la Fundación para las Letras Mexicanas), y viví muy bien usando ese dinero para comprar libros, cerveza y comida para mi perro. Puedo decir que hasta ahí la vida fue ligera, porque aparte de estos estímulos no pagaba renta: mis padres me ayudaban con eso, también me mandaban dinero, a veces comida y en buena medida se ocupaban de mí, lo que me permitió ahorrar para subsistir algunos meses después de que terminara la última beca y ahora sí, sentirme lista para tener un trabajo fijo porque en México —y creo que en Latinoamérica— uno no vive de escribir poemas.

Así pues, sabiendo que no iba a ser fácil porque hacía mucho (a lo mejor nunca) que no tenía formalmente un empleo, preparé un currículum enunciando todo lo anterior: anexé

mis habilidades con la computadora, el inglés, los motores de búsqueda, la redacción, el monitoreo de noticias, la ortografía y un largo etcétera de cosas inútiles como saber usar las redes sociales —Twitter, Facebook, Instagram, Snapchat—. Me registré en todas las plataformas habidas en aquellos años para búsqueda de empleo: Indeed, LinkedIn, BuscaJobs, Computrabajo, OCC Mundial, ZonaJobs... es difícil nombrarlas sin olvidar alguna y creo que varias ya no existen. Apliqué a todos los puestos de mi área que aparecían; desde editora, reportera o monitora de noticias, hasta redactora web, *copywriter* o *community manager*.

Había estudiado una licenciatura en periodismo y estaba titulada, tenía un buen nivel



Guerrilla Girls, *Querida Revista de Entrevistas*, 2012. Cortesía de guerrillagirls.com ©

de inglés, una maestría y la estancia en la FLM, que no me parecían poca cosa, sin embargo, estaba consciente de que no tenía mucha experiencia en un empleo formal y que ponerme exigente no me iba a llevar a nada. También estaba dispuesta a empezar de cero si era necesario para ganarme un lugar, aunque tuviera 27 años, poca experiencia... y parálisis cerebral.

III

Nací con parálisis cerebral. El par de palabras exactas de mi diagnóstico médico es: *hipoxia neonatal*, lo que en términos más comunes y corrientes significa que mi cerebro no recibió el oxígeno necesario al momento de mi nacimiento y la parte locomotriz de mi cuerpo sufrió un daño, no tan grave y considerable como suena o como pudo ser, pero que sí me tuvo toda la infancia y adolescencia entre encefalogramas, consultas frecuentes al neuropediatra, algunos medicamentos para no convulsionar

y terapias físicas extenuantes para estimular mi cerebro y fortalecer mis débiles e incipientes músculos.

No obstante, aunque mi cuerpo tuvo (y aún tiene) sus propias formas de habitar la superficie y deambularla, viví una realidad que se puede decir normal: fui a escuelas públicas hasta la universidad (que ya no fue pública), sin tener ningún tipo de concesiones por mis limitaciones físicas más allá de pedir una butaca con el descansabrazos apto para zurdos. Subí y bajé escaleras que a veces ni barandal tenían, atendí a cuanta tarea me fuera encomendada —como el resto de mis compañeros— e incluso fui parte de una escolta de excelencia académica en la primaria. Quiero decir que con todo y aquel diagnóstico que a veces era difícil de explicar a los curiosos y morbosos, porque parecía importarles más a los otros que a mí, la parálisis cerebral nunca representó un *no*. Acaso era otra manera de hacer lo mismo y, con el ingenio puesto en resolver, se



Sara Vargas, *Se solicita*, 2018. Cortesía de la artista

Tuve una revista escolar que editaba con otros ociosos en la preparatoria y donde, entre otras cosas, publicaba chismes y cómics.

lograba casi cualquier cosa; desde nadar, andar en bicicleta, participar en tablas rítmicas o vivir sola en una ciudad tan grande y monstruosa como la Ciudad de México y tomar diariamente el metro, microbuses y peseros para llegar desde Escuadrón 201 a la Tabacalera.

Quizá por todo eso, en casa, la parálisis cerebral nunca fue un tema limitante para que yo pudiera plantearme metas y objetivos a corto, mediano y largo plazo. Incluso cuando tuve que elegir la carrera que iba a estudiar o la universidad en la que lo haría, lo que menos importó realmente fue mi condición locomotora. Años antes mis padres y yo hablamos, sí, de mi interés motivado por pulsiones adolescentes de estudiar medicina (como mi padre) y ser dermatóloga. “Sí se puede —me dijo papá—, pero sería muy difícil. Van a pedirte exactitud, motricidad fina, precisión...” Como cualquier impulso adolescente, mi vocación por la medicina se desvaneció al cabo de unos meses y lo único que quedó fue mi hábito de leer, ya no tomos sobre medicina sino literatura clásica y alguna que otra saga juvenil.

Después de ese cambio de rumbo, comencé a escribir mis propios textos, tuve una revista escolar que editaba con otros ociosos en la preparatoria y donde, entre otras cosas, publicaba chismes y cómics y que, cuando llegó la hora de decidirme por una carrera, me ayudó a saber que quería estudiar periodismo y no letras, como se habría esperado.

IV

¿A qué empleos puedes aspirar cuando tienes una condición de vida como la parálisis cerebral? ¿Eso existe en México como garantía para un cuerpo no normativo? Quizá estas preguntas hubieran sido necesarias hace más de quince años, cuando elegí algo que sólo se tratara de

saber leer y escribir, como lo que en ese entonces me pareció que era el periodismo. Cuando leí eso de: “Elige un trabajo que te guste y no tendrás que trabajar ni un día de tu vida”, la elección fue muy sencilla porque no me pasó por la cabeza plantearme la posibilidad de que la parálisis cerebral —mi condición, mi cuerpo con sus especificaciones diferentes— pudiese ser también una limitación para conseguir un empleo fijo en una agencia de publicidad en la que buscaban personas egresadas de carreras como periodismo, comunicación o mercadotecnia. Tampoco que fuera razón de peso para que un portal de noticias como *Milenio* pensara que yo no era lo suficientemente rápida con los dedos en el teclado como para poder tuitear en tiempo real algún suceso importante. Y menos que al ir a cinco o seis entrevistas de trabajo en diferentes lugares, después de pasar los filtros de redacción, idioma y ortografía, me encontrara con un reclutador de recursos humanos escrutándome minuciosamente que, después de preguntarme sobre mi experiencia laboral, pasara no tan sutilmente a preguntas tales como: ¿Estás enferma?, ¿es contagioso?, ¿degenerativo?, ¿peligroso para otros? y que no se detuviera en su cuestionario al decirle que es más peligrosa una gripa o comer tacos en la calle. Que el único peligro que puede representar contratar a alguien con parálisis cerebral es que eventualmente derrame una taza de café en mi ropa. Por supuesto, después de estas bromas, no me volverían a llamar.

Al inicio de mi peregrinaje esas preguntas me resultaban de rutina. Después de todo, son los gendarmes encargados de cuidar y salva-



Olalla Gómez Valdericeda, *cv en blanco*, 2018-2019. La artista trabajó como pintora de brocha gorda ante la falta de oferta laboral. Cortesía de la artista

guardar los intereses de la empresa a la que sirven con tanta fidelidad y devoción: no conozco empleados más fervorosos que los reclutadores de recursos humanos. Sin embargo, tras un tiempo de seguir en mi búsqueda de trabajo fijo —con prestaciones según marca la ley, aguinaldo, vacaciones— y, sobre todo, de la posibilidad de alejarme del freelanceo, las becas y los premios literarios tan caprichosos y fortuitos; luego de decirme que es difícil para todos conseguir empleo en México, al final de otras cinco entrevistas parecidas, estas preguntas se volvieron molestas y me reventaron en la cara.

¿Le preguntan lo mismo a todos o sólo a mí porque mis tartajeos, mi forma de andar y de moverme hacen evidente mi diferencia? Conozco la respuesta. También conocí la salida y después de un tiempo dejé de atender a potenciales entrevistas de trabajo que me seguían llegando por correo. Renuncié a la posibilidad de un “trabajo formal”, no así a la de tener un trabajo fijo, porque supongo que, aunque tengo parálisis cerebral, eso no era negociable dentro de mis planes de los 27 años. Aunque

esa oportunidad me encontrara a los 28, en un lugar ya conocido, amable y cálido, sin entrevistas con reclutadores de RH ni preguntas molestas. Un lugar digno.

V

Digo que nunca volvería a ir a una entrevista de trabajo y lo digo también desde mis privilegios: de clase, de estatus social y de contexto familiar, que me permiten hacerlo, y también desde la poca o mucha trayectoria literaria que tengo y que hace que pueda solventar mis gastos dando talleres de escritura, escribiendo ensayos, reseñas, crónicas o artículos de opinión una o dos veces al mes y cobrar por ello. No me olvido de eso.

Nunca volvería a ir a una entrevista de trabajo y también lo digo desde mi cuerpo, al que ya no sometería nunca más al escrutinio (o la aprobación) de nadie y menos de quien cree que una persona con una condición funcional distinta como la mía puede contagiar o poner en peligro a otros.

Digo que nunca volvería a ir a una entrevista laboral desde todas las nuevas posibili-

dades de trabajo virtual que actualmente se han abierto a raíz de la pandemia por el COVID-19, en el que mientras sepas, aprendas o quieras sacarle provecho a las diferentes plataformas en línea, desde tutoriales para usar la paquetería Adobe o para conocer las reglas de Wordpress, Paypal y MercadoPago, puedes lograr editar, diseñar y vender libros (electrónicos y físicos), labor a la que me he dedicado a través de una modesta y recién creada editorial independiente desde agosto del 2020 y no tendrá fin mientras haya lectores y autores convencidos de que hay otra manera de hacer libros.

Repito: nunca volvería a ir a una entrevista laboral... pero sé que muchas personas con una diversidad funcional no pueden o no podrán decirlo, e irán y quizá entren a la empresa, pero lo más probable es que no, que a pesar de cumplir con el perfil requerido no los vuelvan a llamar y no será por su poca experiencia o su falta de preparación sino porque alguien creerá que son menos aptos para un trabajo, a menos que éste sea recoger boletos o revisar documentación en los aeropuertos.

Y es que en México la inclusión, tanto en el sector público como en el privado, es una falacia. Nos la venden desde ópticas falsas. Por poner un ejemplo rápido y que tengo a la mano: menos del uno por ciento de la población laboral en corporativos como Walmart tienen alguna discapacidad. Se entiende por inclusión poner algunas rampas en los edificios e instalaciones administrativas, asignar espacios para discapacitados, desarrollar algún traductor en lenguaje de señas o programas en braille.

Y vuelvo a mi pregunta: ¿A qué empleos puedes aspirar cuando tienes una condición de vida como la parálisis cerebral? A casi ninguno, cuando ni siquiera se puede ir a una en-

trevista de trabajo sin que el prejuicio de la discapacidad (entendido como que el individuo, por no tener una movilidad normativa, es incapaz) opere dentro del imaginario del reclutador o del encargado de dar o no el empleo, quien mide la posible productividad o funcionalidad desde su idea de cuerpo normativo.

No puedo permitirme soñar con un futuro incluyente, un sitio para todes a pesar de las nuevas formas de trabajar a distancia y de los nuevos paradigmas que se abrieron con la pandemia. No mientras el prejuicio sobre ser discapacitado (por no moverse como la mayoría) pese más. Y quizá lo único que quede sea inventar un camino, abrir brechas virtuales y tangibles, brechas a la medida de todes, en donde quepan muletas, bastones, sillas de ruedas y nuevas maneras de habitar la superficie, dignamente. Lugares seguros, lejos de la ignorancia, del miedo a la diferencia, pero sobre todo del prejuicio que flota sobre el término *discapacidad*. **U**



Carmen Serratos, de la serie *Mi american sueño*, tortilla bordada, 2019. Cortesía de la artista



INSTRUCCIONES A LOS SIRVIENTES

Jonathan Swift

Traducción de Carola Tognetti

AL MAYORDOMO

En mis instrucciones a los sirvientes, mis largas observaciones me indican que tú, mayordomo, eres la principal parte implicada.

Como tu ocupación reviste la mayor variedad, y requiere la mayor exactitud, voy a repasar, todo lo bien que recuerdo, las diferentes ramas de tu oficio, y a dictar mis instrucciones de acuerdo a ellas.

Cuando tengas que ocuparte del aparador, dedica el máximo empeño a ahorrarte problemas, y también la bebida y las copas de tu amo. En consecuencia, y en primer lugar, puesto que cabe suponer que los que comen en la misma mesa son amigos, que beban todos de la misma copa sin lavarla, cosa que te evitará muchas complicaciones así como el riesgo de romperlas. No ofrezcas bebidas a nadie hasta que las hayan bebido al menos tres veces, gracias a lo cual, algunos por decoro, otros por falta de memoria, apenas te las pedirán, y así no se gastarán las bebidas de tu amo.

Si alguien quiere una botella de cerveza fuerte, agítala primeramente para ver si tiene algo dentro; después pruébala para saber de qué bebida se trata y no equivocarte; por último, limpia la boca de la botella con la palma de la mano para que se note lo limpio que eres.

Es mejor que el corcho esté al fondo de la botella que en la boca, y, si está mohoso, o hay grumos en la bebida, tu amo ahorrará más.

Si da la casualidad que en la mesa hay un invitado humilde, un capellán, un tutor, o un primo mantenido, del que percibes que el amo y

los invitados le tienen en baja estima, cosa que nadie advierte y observa antes que nosotros, los sirvientes, el lacayo y tú debéis ocuparos de seguir el ejemplo de vuestros superiores, tratándole varios escalones por debajo de los demás; y no existe mejor manera de complacer a tu amo, o, al menos, a tu señora.

Si alguien pide cerveza floja al término de la cena, no te tomes la molestia de bajar a la bodega: vierte el resto y los posos de varias copas y vasos y platos en uno solo, pero da la espalda a las visitas, por si acaso te observan. Por el contrario, si alguien pide cerveza fuerte al final de la cena, llena la jarra más grande hasta el borde, y así la seguirás teniendo casi entera para ofrecérsela a los demás sirvientes, sin cometer el pecado de robar a tu amo.

Existe asimismo una legítima propina en virtud de la cual puedes hacerte todos los días

con gran parte de una botella de vino, pues no tienes por qué pensar que la gente fina aprecia los restos de una botella; por tanto, preséntales siempre una nueva, aunque de la otra no se haya bebido más de una copa.

Cerciórate en particular de que las botellas no estén mohosas antes de llenarlas; para ello, sopla con fuerza en la boca de cada una, y, si después sólo hueles tu propio aliento, llénala de inmediato.

Si te mandan sacar bebida de un barril con prisas, y ves que no sale, no te molestes en abrir el tapón: sopla con fuerza por el grifo, y en seguida se derramará en tu boca; o saca el tapón, pero no lo vuelvas a poner, por si acaso tu amo te necesita.

Si sientes curiosidad por probar las mejores botellas de tu amo, vacía todas las que puedas justo hasta el principio del cuello, hasta



Jack Gould, *Sin título* (pastel de carne, pan, vino y flores en la mesa), 1960. Harvard Art Museums/Fogg Museum, American Professional Photographers Collection ©

Podéis celebrar festines furtivos por las noches con vuestra propia comida, cuando el resto de la casa duerme.

tener la cantidad que deseas, pero no olvides rellenarlas después con agua clara, para no dejar a tu amo con menos bebida.

Hay un magnífico invento descubierto en los últimos años para administrar la cerveza fuerte y la floja del aparador. Por ejemplo, un caballero requiere un vaso de cerveza fuerte y sólo bebe la mitad, otro la pide floja. Inmediatamente, echas lo que queda de la fuerte en la jarra y llenas el vaso de cerveza floja, y así una y otra vez hasta que termina la cena, gracias a lo cual cumples tres propósitos: en primer lugar, te evitas el engorro de fregar y, en consecuencia, el peligro de romper los vasos; en segundo lugar, te aseguras de no equivocarte cuando llevas a los caballeros la bebida que piden; y, por último, gracias a este método sabes que no se pierde nada.

Dado que los mayordomos olvidan subir las cervezas con suma frecuencia, no olvides dejar las tuyas en el piso principal dos horas antes de la comida, y déjalas en la parte soleada de la estancia para que la gente vea que has estado atento.

Algunos mayordomos tienen una forma de decantar (o así lo llaman) la cerveza embotellada con la que pierden gran parte del líquido del fondo; que tu método sea volcar directamente la botella, y así la cantidad de bebida parecerá doble. Mediante este procedimiento, te aseguras de no perder ni una gota, y la espuma tapará lo turbio.

Limpia el plato, lava los cuchillos y frota la mesa sucia con las servilletas y el mantel empleados ese día, pues así sólo hay una cosa que lavar; además evitas desgastar los ásperos estropajos, con lo cual, como recompensa a tu buena administración, opino que puedes uti-

lizar legítimamente las mejores servilletas de damasco como gorro de dormir.

A LA COCINERA

Aunque no ignoro que las personas distinguidas llevan mucho tiempo observando la costumbre de tener cocineros, generalmente de la nación francesa, dado que mi tratado está pensado esencialmente para uso general de caballeros, terratenientes y señores, tanto del campo como de la ciudad, me dirigiré a ti, señora cocinera, como mujer. No obstante, gran parte de lo que indico puede servir para ambos sexos, y tu empleo se solapa naturalmente con el hombre, porque el mayordomo y tú compartís los mismos intereses. Vuestros salarios son asimismo semejantes, y se os paga cuando otros no reciben nada. Podéis celebrar festines furtivos por las noches con vuestra propia comida, cuando el resto de la casa duerme, y está en vuestro poder haceros amigos de los demás sirvientes. Podéis dar bocaditos o traguitos a los señoritos y señoritas y granjearos su cariño. Una riña entre vosotros resulta muy peligrosa para ambos, y su probable resultado es el despido de uno de los dos, y en ese fatal caso quizá no sea fácil hacer una riña con otro hasta que pase un tiempo. Y ahora, señora cocinera, procedo a darte mis instrucciones, que quiero que otra sirvienta de la familia te lea sin cesar una noche por semana cuando te acuestes, sirvas en el campo o en la ciudad, pues mis lecciones os serán de provecho a ambas.

Si tu señora olvida durante la cena que hay carne fría en la casa, no seas tan solícita como para recordárselo; es evidente que no la quería, y, si se acuerda al día siguiente, aduce que no te había dado órdenes y que ya no queda; por tanto, antes que contar una mentira, da

buena cuenta de ella con el mayordomo o cualquier otro compinche antes de irte a la cama.

Nunca envíes a la mesa el muslo de un ave mientras haya un perro o un gato en la casa a los que se pueda acusar de haber huido con él. Si no hay ni uno ni otro, debes culpar a las ratas o a un extraño galgo.

Serías una pésima ama de casa si ensuciaras los estropajos limpiando la parte inferior de los platos que envías al piso principal, pues el mantel sirve igual de bien, y lo cambian cada comida.

No limpies los asadores después de utilizarlos, pues la grasa que la carne deja en ellos es lo mejor para impedir que se oxiden, y, cuando los vuelvas a emplear, esa misma grasa hará que la carne esté jugosa por dentro.

Si vives con una familia rica, asar y hervir es algo indigno de tu puesto, y te corresponde no saber hacerlo; en consecuencia, deja todo ese trabajo para una sirvienta, para no manchar la honra de la familia con la que vives.

Si, por tu empleo, tienes que ir al mercado, compra la carne al menor precio posible, pero, cuando presentes las cuentas, ten en consideración el honor de tu amo y da el precio más alto, cosa que, por otro lado, es completamente justa, pues nadie puede permitirse vender al mismo precio que compra, y no me cabe duda de que podrás jurar sin temor a equivocarte que no diste más de lo que el carnicero y el pollero pedían. Si tu señora te ordena preparar un trozo de carne para la cena, no debes deducir que estás obligada a prepararlo todo, de tal modo que el mayordomo y tú podéis quedaros con la mitad.

Las buenas cocineras no pueden soportar eso que llaman con toda justicia trabajos de chinos, en los que se emplea una gran cantidad de tiempo y se consigue muy poco. **U**

Selección de *Instrucciones a los sirvientes*, Carola Tognetti (trad.), Greenbooks editore, edición digital, 2021.



Adolphe-Félix Cals, *Bodegón con verduras, perdiz y jarra*, 1858. Modern European Painting and Sculpture, The Cleveland Museum of Art ©



Ana Casas Broda, *El Baño III*, de la serie *Kinderwunsch*, 2011. Cortesía de la artista ©



ESTA NOCHE ELLAS ME CUIDAN

Daniela Rea

Para Alejandra y Valentina, quienes viven el sentido político y amoroso de cuidar, de criar a sus hijas y a las hijas de otras.

“Yo no sé lo que significa ser mamá porque no tengo hijas, pero parece que es cansado, también bonito, pero mucho trabajo”, me dijo Naira, mi hija mayor, una de las tantas veces que se acercó a platicar conmigo después de la tempestad del regaño y el enojo.

Algo balbuceé como respuesta y Naira se fue a jugar con su hermana Emilia. Me pregunté qué mira, qué entiende Naira cuando es testigo de mi *ser mamá*. Cómo interpreta la crianza que les doy. De qué manera le asigna un significado a las reacciones y sensaciones de una persona adulta —yo, en este caso— que tiene a cargo su vida y la de su hermana.

Criar viene del latín *creāre*, que significa producir de la nada, engendrar, procrear. Tiene el mismo origen que *crear* y se usa también para hablar de nutrir y educar. Cuando mi hija mayor cumplió seis meses y la tuve en mis brazos devorando mi pecho, tuve la epifanía: sus cinco kilos y medio de carne venían de mí, de mi leche, de mi cuerpo. Toda la vida dentro de ella: sus risas y llantos, sus juegos, sus dolores. Lo mismo experimentarían años después con mi segunda hija. Esa sensación de que las hice de la nada.

Criar y *cuidar* son dos verbos que se conjugan juntos cuando se habla de hijas. De hecho se usan como sinónimos aunque no signifiquen lo mismo. *Cuidar* viene del latín *cogitāre*, que significa pensar, de donde



Ana Álvarez Errecalde, *Simbiosis*, de la serie *Las cuatro estaciones*, 2013-2014 ©

se pasó a “prestar atención” y de ahí a “asistir” o “poner solicitud”. Cuidar, pensar. Me resulta extraña esta definición etimológica cuando el sentido concreto de cuidar en nuestras vidas implica casi siempre una acción y no un mero pensamiento. Cuidar, escribe Carolina León, es:

ese conjunto de acciones discretas, cotidianas, ineludibles de atención a las necesidades del cuerpo, que provee lo imprescindible para la perpetuación de la vida y [...] [las] condiciones materiales en las que nuestra especie produce otras cosas y en especial la función política.¹

Cuidar, escribe Marcela Lagarde, es actualmente el verbo más necesario para hacer frente al neoliberalismo patriarcal:

¹ Carolina León, *Trincheras permanentes: intersecciones entre política y cuidados*, Pepitas de Calabaza, Logroño, 2017.

Y, sin embargo, las sociedades actuales, como muchas del pasado, fragmentan el cuidado y lo asignan como condición natural a partir de las organizaciones sociales: la de género, la de clase, la étnica, la nacional y la regional-local.²

Cuidar, hacer esa labor, escribe Hannah Arendt,³ es una de las formas de organización más primordiales. La labor enfocada en las necesidades del cuerpo, en la reproducción de la vida, es imprescindible para producir al sujeto capaz de la acción. Para Arendt, cuidado, labor y acción están interconectadas porque la vida pública sólo es posible después de cubrir las necesidades que posibilitan la vida misma. Aunque para ella estas formas de organización no suceden en el mismo lugar ni tienen a las mismas protagonistas.

Cuidar, criar. No hay vida posible sin estos verbos y, sin embargo, fue apenas hace unas décadas que empezamos a ser conscientes de ellos, a ponerles atención, a *cuidarlos* si volvemos al sentido etimológico de la palabra.

Una mañana de nuestra vida familiar me enojé con mis hijas y con mi compañero. No recuerdo qué detonó la furia, pero después de enfadarme me metí a la cocina, cerré la puerta muy molesta, me puse a lavar trastes como autómatas y a llorar. Meses después, en alguna conversación con mi amigo y terapeuta narrativo, Alfonso Díaz, me detuve en esa escena y revisé qué había pasado, por qué reaccioné así, si sólo —empezaba a recordar justo en ese momento— se trataba de que las niñas desa-

² Marcela Lagarde, “Mujeres cuidadoras: entre la obligación y la satisfacción”, Congreso Internacional SARE, 2003.

³ Hannah Arendt, *La condición humana*, Paidós, Barcelona, 2016. [1958]

La vida pública sólo es posible después de cubrir las necesidades que posibilitan la vida misma.

yunaran para irse a la escuela. Orientada por sus preguntas entendí que esa mañana tenía bajo mi cuidado que las niñas comieran sano, que no se desperdiciara el agua del planeta, que los productos de la despensa no estuvieran retacados de químicos, que mi compañero alcanzara a irse a pedalear antes del trabajo, que no se nos hiciera tarde, resolver algún problema laboral que explotó desde temprano. Cuando fui capaz de ver las múltiples cosas que intentaba proteger de manera simultánea entendí que mi reacción no fue exagerada, sino apenas una respuesta natural a algo que estaba más allá de mis posibilidades.

Cuando cuidamos no tenemos una sola cosa en mente. Hacerlo implica la secuencia de muchas acciones, algunas imperceptibles, que ha-

cen posible el resto. Por ejemplo, garantizar que haya gas para preparar la comida de las niñas, organizar la rutina del día para dormir bien y que a la mañana siguiente mi humor no se desborde ante la primera discusión, negativa o intransigencia. Sostener la continuidad de los cuidados en la vida cotidiana durante toda la vida es agotador. La bloguera Constance Hall y la ilustradora francesa Emma Clit le pusieron nombre a esa sensación de que el *trabajo de cuidados* nunca acaba, que es imposible desconectarnos de él.⁴ Usaron la frase

⁴ Brenda Valverde, “¿Es que tengo que estar pendiente de todo?” La carga mental que recae en las mujeres”, *Verne*, publicado el



Louise Bourgeois, *Maman*, bronce, acero y mármol, 1999. Cortesía del Museo del Palacio de Bellas Artes ©

En mi vida cotidiana he comprendido que para cuidarme (salir a caminar, dormir bien, esparcirme) debo dejar de cuidar a mis hijas.

“carga mental” para explicar que, aun cuando parece que no, estamos cuidando algo al pensar, planear y organizar para que todo lo demás sea posible.

También cuidamos para poder cuidar. ¿Recuerdan las instrucciones de la azafata que dice que en caso de viajar con una persona menor de edad, el adulto a su cargo se debe colocar primero la mascarilla y luego colocársela al menor que lo acompaña? Si la persona a cargo no está bien, no podrá tomar decisiones

para el bienestar de la otra persona. Si yo como mamá no estoy bien, no podré ofrecerles mi buen ser a ellas; si no me cuido, no podré cuidarlas (o podré hacerlo a costa de mí misma, pues, como nos demostró la pandemia: para cuidar extendemos los límites más allá de lo posible).

Esto me lleva a una paradoja: en mi vida cotidiana he comprendido que para cuidarme (salir a caminar, dormir bien, esparcirme) debo dejar de cuidar a mis hijas, ya sea descuidándolas o dejando su cuidado a cargo de alguien más (al menos hasta ahora, que una tiene cuatro y la otra siete años de edad). En una entrevista sobre cómo imaginar las comunidades de crianza, la escritora Esther Vivas, autora del libro *Mamá desobediente*, me dijo: “Cuidar no

7 de febrero de 2018. Disponible en https://verne.elpais.com/verne/2018/02/07/articulo/1518003982_470097.html



Carmen Serratos, *Fama de casa*, 2018. Cortesía de la artista

debería implicar el descuido, debería ser una tarea colectiva, responsabilidad de todos, pero en esta sociedad cuidar es una carga: o somos madres o somos libres”.

Es por esto que clamamos por una crianza en colectivo. Llamamos a cuidar porque es una tarea que pone en el centro de la organización social las necesidades de las personas para mantenerse vivas. Leo proclamas en las redes sociales que abogan por una crianza colectiva y señalan que les hijos no son privadas. En el libro de Vivas también hay una convocatoria a imaginarla. En nuestra conversación le digo a la autora que me cuesta imaginar una crianza colectiva en espacios tan atomizados como las ciudades grandes que habitamos, donde las relaciones humanas están igualmente individualizadas. Nuestras urbes y formas de organizarnos son hostiles a la crianza. Ella sugiere que:

Cuando pensamos en replantear maternidad y cuidado estamos pensando que, para que otra crianza sea posible, otra sociedad debe existir. No es factible transformar cómo *maternamos* si no cambiamos este sistema, sus modelos de administración laboral, la organización de las ciudades, que son contrarias a la vida y contrarias a la maternidad y a la infancia.

Sabemos que el trabajo de crianza le permite al sistema económico capitalista existir y multiplicarse: las madres parimos, alimentamos, criamos y entregamos a la sociedad personas explotables; sabemos que este trabajo está invisibilizado *pese a* —o más bien *dada su*— importancia material y económica: en México, por ejemplo, este trabajo representa casi una cuarta parte del Producto Interno Bruto, el 22.8 por ciento. Sin embargo, poco le



Lorena Olmedo, *Mama (glándula mamaria)*, gres de alta temperatura, 2019. Cortesía de la artista

importa al sistema político y económico que los trabajos de cuidado sean visibilizados y reconocidos.

¿Cómo podemos hacer evidente a nivel social la importancia de la crianza y de los cuidados? ¿Cómo hacer una invitación a pensar en una crianza colectiva para todos, no sólo para quienes somos mamás, papás o tenemos bajo nuestro resguardo la vida de los niños? Pienso en la pregunta que me hizo Alfonso Díaz cuando hablamos sobre esa mañana de desborde. ¿Qué cuidamos cuando cuidamos?

El arqueólogo Paolo Graziosi descubrió en el sur de los Apeninos unos restos humanos que llamó *Romito 2*: eran los cuerpos de una mujer que abrazaba a alguien pequeño, que por su tamaño parecía un niño, aunque después se supo que era un adulto enano de unos veinte años de edad.⁵ La pregunta para el equipo de arqueólogos fue ¿cómo habría sobrevivido tanto tiempo ese hombre en un mundo de ca-

⁵ Miguel Ángel Criado, “Los humanos ya cuidaban a sus discapacitados hace 200.000 años”, *El País*, 6 de noviembre de 2018. Disponible en https://elpais.com/elpais/2018/11/05/ciencia/1541413916_600660.html

Las niñas estuvieron enfermas un par de días y ahora soy yo la que está mal.

zadores, con sus piernas cortas, sus dedos gordos, su columna deforme? El equipo concluyó que ese pequeño hombre necesitó y recibió cuidados especiales en su infancia: lo protegieron para no dejarlo atrás en las largas caminatas y lo alimentaron con proteína aunque no pudiera ayudar a cazar animales. La arqueóloga Lorna Tilley dijo en una entrevista con el periodista Miguel Ángel Criado:

Cuando fue necesario, el grupo hizo ajustes para compensar sus diferencias y sus necesidades, siendo aceptado dentro del grupo. Su integración sugiere una sociedad en la que to-

dos los miembros eran valorados y, de hecho, Romito 2 estaría indicando una sociedad en la que ofrecer asistencia a los que lo necesitaban era la norma.

Cuidaron a Romito 2 porque pertenecía a una sociedad en la que su vida era valorada como la del mejor cazador, aunque cuidarlo implicara retrasar a la tribu nómada o repartir entre más bocas los animales cazados. ¿Qué dice de nosotros, de la sociedad que somos, el acto de cuidar? La crianza es indispensable para la reproducción humana, ninguna estaría aquí si no fuera porque en algún momento de nuestras vidas alguien nos crió, nos cuidó.

Le comparto la pregunta a Alejandra Guillén —compañera periodista, pero, sobre todo, compañera de crianza, de búsquedas y de cansancios—: “¿Qué cuidamos cuando cuidamos?” y me manda uno de nuestros acostumbrados audios de cinco, diez minutos, interrumpidos por la vida cotidiana con los hijos.

Vinculo los cuidados con lo político y lo ético, es algo más amplio que las formas en que nos organizamos socialmente, familiarmente... De alguna manera nuestras antepasadas nos entregaron ese fuego para conservarlo.

El audio se corta porque hay que atender hijos, comprar uniformes, armar lonches escolares. Un par de días después continúa nuestra conversación, de nuevo entre ropa que alistar, riñas infantiles, trabajo retrasado:

Creo que cuidar es proteger lo que puede ser, es decir, lo potencial; la semilla de maíz que siembras y que no sabes cómo resultará, pero que cuidas día a día [Cuidamos una promesa, una esperanza, pienso mientras la escucho]. Y, a la



Romare Bearden, *Madre e hijo*, 1971.
Cortesía de Detroit Institute of Arts ©



Ana Casas Broda, *Momia II*, de la serie *Kinderwunsch*, 2011. Cortesía de la artista ©

vez, cuidamos por lo que todavía no ha podido ser, y eso de nuevo atraviesa nuestro horizonte político. Tenemos un legado de posturas éticas que nos pasa la batuta de lo que no se puede permitir, una generación tras otra.

Escribo esto en el límite. Las niñas estuvieron enfermas un par de días y ahora soy yo la que está mal. El cuerpo me pesa el triple y apenas llego a la cocina a hacerles de comer, a bañarlas, a dormir las. En algún momento les digo que ya no puedo más, cierro la cocina, apago las luces y me voy a la cama esperando que ellas solas se acuesten y se duerman, que llegue nuestro compañero del trabajo y se haga cargo, que sea de mañana. En la madrugada, Emilia se revuelca en la cama, gime, tiene un mal sueño. Naira despierta y la acaricia, la abraza, la arrulla, le dice que es una pesadilla, que todo estará bien; extiende su mano y

me alcanza, me dice que descanse. Los días siguientes me harán piojito, masaje, me pondrán hierbas en el pecho.

¿Qué estamos honrando cuando ponemos cuerpo, mente, corazón, comunidad entera, para la vida de esos seres que necesitan de nosotres? ¿Cuándo ejercemos nuestra libertad al lado de ellos? ¿Qué es lo que ponemos al centro con ese trabajo de crianza? Lo que está al centro es la vida y su persistencia, no sólo en términos materiales, como se ha planteado desde la economía feminista, o evolutivos, como lo muestran los trabajos de los arqueólogos, sino en hacer presente ese *fueguito*, como lo llama Alejandra, que nos ha sido heredado.

Estos días siento que lo que está al centro de la crianza es el compromiso con quienes nos cuidaron. Y ese compromiso se actualiza constantemente. Esta noche mis hijas me cuidan a mí. **U**



LA ABOLICIÓN DEL TRABAJO

BOB BLACK



NADIE DEBERÍA TRABAJAR JAMÁS

-

El trabajo es la fuente de casi toda la miseria existente en el mundo. Casi todos los males que se pueden nombrar proceden del trabajo o de vivir en un mundo diseñado en función del trabajo. Para dejar de sufrir, hemos de dejar de trabajar.

Eso no significa que tengamos que dejar de hacer cosas. Significa que hay que crear una nueva forma de vida basada en el juego; dicho de otro modo, una revolución lúdica. Por "juego" también se debe sobreentender fiesta, creatividad, convivialidad, comensalía y puede que hasta arte. El juego va más allá de los juegos infantiles, por dignos que sean. Hago un llamamiento a favor de una aventura colectiva basada en el júbilo generalizado y la exuberancia libre y recíproca. El juego no es pasividad. Sin duda todos necesitamos mucho más tiempo para la pereza pura y la flojera del que nunca llegamos a disfrutar en la actualidad, al margen de la cifra de nuestros ingresos o de nuestra profesión, pero una vez recuperados del agotamiento inducido por el trabajo, casi todos queremos hacer algo. El oblomovismo y el estajanovismo son las dos caras de una misma moneda envilecida.

La realidad existente es completamente incompatible con la vida lúdica. Tanto peor para la "realidad", el agujero gravitatorio que nos sorbe la poca vitalidad que aún distingue a la vida de la mera supervivencia. Curiosamente (o no) todas las viejas ideologías son conservadoras porque creen en el trabajo. Algunas de ellas, como el marxismo y la mayoría de las variedades del anarquismo, creen con tanta pasión en el trabajo porque creen en muy poco más.

La izquierda dice que hay que acabar con la discriminación en el empleo. Yo digo que hay que acabar con el empleo. Los conservadores son partidarios de leyes que garanticen el derecho al trabajo.

Siguiendo la estela del travieso yerno de Karl Marx, Paul Lafargue, yo me declaro partidario del derecho a la pereza. Los izquierdistas son partidarios del pleno empleo. Como los surrealistas (con la diferencia de que yo no lo digo en broma), yo soy partidario del pleno desempleo. Los trotskistas agitan a favor de la revolución permanente. Yo agito a favor de la diversión permanente.

Quizá os preguntéis si hablo en broma o en serio. Hablo a la vez en broma y en serio. Ser lúdico no equivale a hacer el ridículo. El juego no tiene por qué ser frívolo, aunque no quepa equiparar la frivolidad a la trivialidad: es más, deberíamos tomarnos la frivolidad en serio más a menudo. Quiero que la vida sea un juego, pero un juego en el que haya mucho en juego. Quiero jugar para siempre jamás.

La vida se convertirá en juego, o más bien en una multitud de juegos, pero no (como ahora) en un juego de suma y sigue. El paradigma del juego productivo es un encuentro sexual óptimo. Cada uno de los partícipes potencia los placeres del otro, nadie está pendiente del marcador y todo el mundo gana. Cuanto más se da, más se recibe. En la vida lúdica, lo mejor de la sexualidad impregnará lo mejor de la vida cotidiana. El juego generalizado desemboca en la erotización de la existencia. Y a su vez la sexualidad podrá volverse más lúdica, menos urgente y desesperada.

Si jugamos bien nuestras cartas, todos podemos obtener de la vida más de lo que pusimos en ella; pero sólo si jugamos para siempre jamás. Nadie debería trabajar jamás. Proletarios de todos los países... ¡relajaos!

-

Fuente: Selección de *La abolición del trabajo*, Federico Corriente (trad.), Pepitas de Calabaza, La Rioja, 2013, pp. 7-12 y 45. Diseño de Krystal Mejía.



WALDEN. LA VIDA EN LOS BOSQUES

FRAGMENTOS

Henry David Thoreau

Traducción de Carlos Sánchez Rodrigo

Gustoso he de hablar de algo que no se relacione con los chinos o con los pobladores de las islas Sandwich, sino con vosotros, que leéis estas páginas y vivís en Nueva Inglaterra; algo acerca de vuestra situación, y en especial de vuestro entorno, de vuestro mundo y ciudad, al margen de si es necesario o no que sea tan mala como resulta y de si cabe su mejora. Me he movido mucho por aquí y siempre, dondequiera que me haya encontrado, en talleres, oficinas y campos he tenido la sensación de que las gentes hacían penitencia de mil maneras extraordinarias. Lo que he oído acerca de los brahmanes que, sentados, se exponían al calor de cuatro fuegos y miraban al sol o que se suspendían cabeza abajo sobre las llamas, cuando no optaban por otear los cielos por encima del hombro “hasta resultarles imposible el recuperar la posición normal, y de tal modo, que, por la torsión del cuello, sólo líquidos podían llegar a su estómago”, y aun de aquellos que se encadenaban de por vida al pie de un árbol o que, cual orugas, medían a rastras el ancho de varios imperios, si no les daba por erigirse a la pata coja en lo alto de un pilar, incluso estas formas de penitencia deliberada, pues, son apenas más increíbles y sorprendentes que las escenas de que soy testigo cada día. Los doce trabajos de Hércules eran insignificantes comparados con los que han echado sobre sí mis vecinos, pues aquéllos no eran sino una docena y tenían fin; pero jamás me ha sido dado ver que estos hombres dieran muerte o captura a monstruo alguno o que concluyeran una obra. No tienen un amigo como Iolas, que saje con hierro al rojo la cabeza de

la hidra, a la que tan pronto le es cercenada una, surgen dos en su lugar.

Veo jóvenes, conciudadanos míos, cuya desgracia estriba precisamente en haber heredado granjas, casas, corrales, ganado y aperos, pues es más fácil proveerse que despojarse de ellos. Más les habría valido nacer en campo abierto y ser criados por una loba, para conocer así, a las claras, la tierra a la que habían sido llamados a trabajar. ¿Quién los hizo siervos de la gleba? ¿A qué santo comer de sus sesenta acres, cuando el hombre ha sido condenado sólo a su porción de barro! ¿Por qué cavarse ya la fosa apenas nacidos? Tienen que dedicar su vida a sacar adelante todas estas cosas, tratando de no consumirse en el empeño.

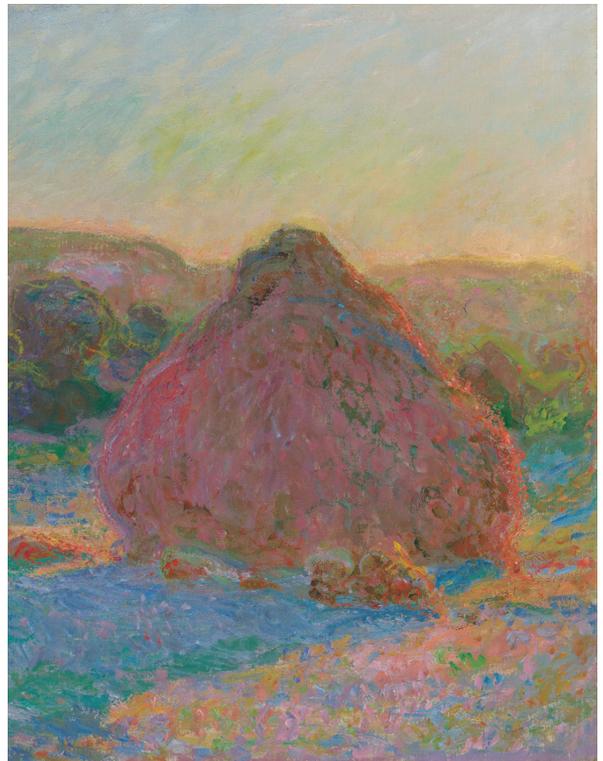
¡Qué de pobres almas inmortales he visto sofocadas y exhaustas bajo esta carga, arrastrándose por el camino de la vida con un granero de veinticinco metros por quince a cuestas, sin tiempo de limpiar, siquiera por encima, sus augurios establos, y con cien acres para labranza, siega, pastos y aun bosque! Quienes nada tienen, y por no tener se hallan libres de pechar con tanto impedimento heredado, encuentran ya suficiente ardua la tarea de someter y cultivar su legado de carne.

Pero el hombre trabaja bajo engaño, y pronto abona la tierra con lo mejor de su persona. Por falaz destino, comúnmente llamado *necesidad*, se ocupa en acumular tesoros, como dice un viejo libro, que la polilla y la herrumbre echarán a perder y los ladrones saquearán. Que una vida así es de necios, lo comprenderá llegado a su final, si no antes. [...]

La mayoría de los hombres, incluso en este país relativamente libre, se afanan tanto por los puros artificios e innecesarias labores de la vida, que no les queda tiempo para cosechar

sus mejores frutos. De tanto trabajar, los dedos se les han vuelto torpes y demasiado temblorosos.

Ante mi vista, que la experiencia ha agudizado, se delata claramente la miseria de vuestras vidas serviles, siempre en las últimas, tratando de entrar en negocios y salir de deudas, lodazal antiguo que ya los latinos llamaban *aes alienum* o "cobre de otro" porque algunas de sus monedas eran de este metal; y sin embargo, seguís viviendo y muriendo, para ser enterrados por el cobre ajeno; siempre prometiéndolo pagar, pagar mañana, y acabando hoy insolventes; tratando de ganar favores, de sumar clientes por industria o maña que no con-



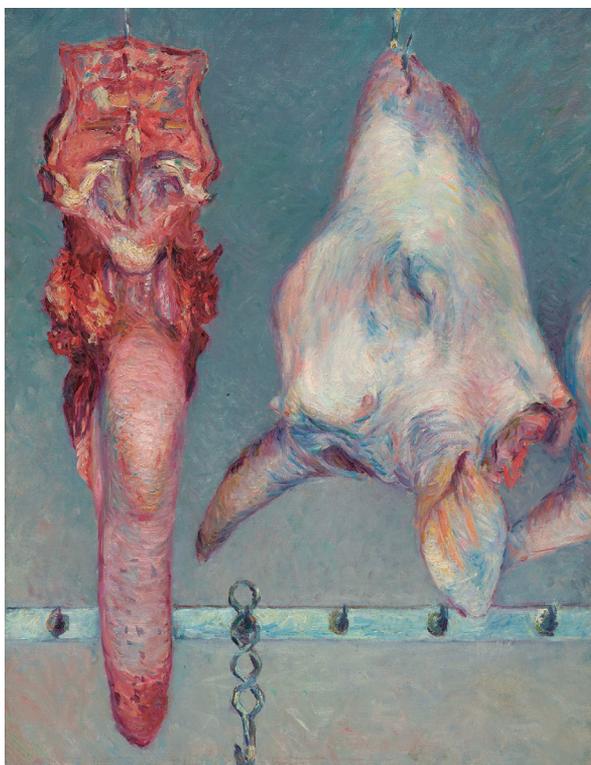
Claude Monet, *Pilas de trigo (Final del verano)* (detalle), 1890-1891. Art Institute Chicago ©

lleve pena de cárcel, mintiendo, adulando, prometiendo, encerrándolos en una envoltura de cortesía o dispersándoos en etérea y vaporosa generosidad para persuadir a vuestro vecino de que os permita hacerle sus botas o su sombrero, su chaqueta o su coche, o para traerle sus compras; enfermado ya por contar con algo para un día aciago, algo que atesorar en una vieja cómoda o en una media oculta tras el yeso del tabique o, para más seguridad, en la pared de ladrillo, sin que importe dónde ni cuán mucho o cuán poco.

A veces me maravilla que podamos ser tan frívolos, me atrevo a decir; que presenciemos impertérritos este espectáculo indecoroso, bien que un tanto extraño a nosotros, de esa

forma de servidumbre llamada esclavitud de los negros. ¡Y son tantos los amos astutos y arteros que someten así tanto al Norte como al Sur! Es difícil tener un capataz sureño; más, si aquél es del Norte; pero que uno se convierta en esclavizador de sí mismo es mucho peor aún.

Más de una vez se me ha ocurrido que no son los hombres quienes cuidan los rebaños sino que son éstos los cuidadores de aquéllos, dada su mayor libertad. Los hombres y los bueyes intercambian trabajo, pero si consideramos sólo el necesario, se verá que los segundos gozan de mayores ventajas pues el terreno de que disponen es mucho más grande. El hombre realiza parte de su labor de intercambio durante las seis semanas de recolección del heno, que no es juego de niños. Ciertamente, ningún pueblo que viviera con sencillez en todos los aspectos, como haría un pueblo de filósofos, cometería el error tan grande de hacer uso del trabajo de los animales. Verdad es que jamás ha habido nación alguna de filósofos, ni es probable que la haya pronto; también, que tampoco estoy seguro de que fuera deseable. Pero, el caso es que yo no habría tomado un caballo o buey ni le habría procurado sustento por el trabajo que pudiese realizar para mí, por miedo a convertirme en vaquero o pastor; y si la sociedad parece ganar por hacerlo, ¿podemos asegurar que eso que es ganancia para unos no es pérdida para otros? ¿Y que al mozo de cuadra cabe igual razón que al amo para sentirse satisfecho? Estoy de acuerdo en que determinadas obras públicas no se habrían llevado a cabo sin esa ayuda; dejemos, pues, que el hombre comparta la gloria con el caballo y el buey, pero ¿acaso no habría podido realizar obras más dignas de él sin su concurso?



Gustave Caillebotte, *Cabeza de ternero y lengua de buey*, 1882. Art Institute Chicago ©

Cuando los hombres empiezan a hacer algo, no meramente innecesario o artístico, sino lujoso o vano con ayuda de aquéllos es inevitable que unos pocos realicen toda la labor de intercambio con los bueyes, en otras palabras, que se conviertan en esclavos de los más fuertes. El hombre no sólo trabaja así por el animal que encierra en su interior sino que, como símbolo de éste, también por el que se encuentra fuera de él. Y aunque tenemos muchas cosas de piedras y ladrillos, la prosperidad del granjero se mide todavía por el tamaño del granero que da sombra a la vivienda. Se dice que

Una obra de buen sentido sería más memorable que un monumento que llegara a la luna. Prefiero ver la piedra en su sitio. La grandeza de Tebas fue una grandeza vulgar. Tiene más sentido la pared de piedra seca que delimita el terreno del hombre honrado que una Tebas de cien puertas que se ha alejado del verdadero fin de la vida. La religión y la civilización bárbaras y paganas construyen templos espléndidos; lo que puede llamarse cristianidad, no. La mayor parte de la piedra que talla una nación se destina a su propia tumba. Es como enterrarse en vida. En cuanto a las pi-

Pero la mente sencilla e independiente no se afana a la orden de príncipe alguno ni el genio es privativo del emperador.

este pueblo cuenta con los mayores establos para bueyes, vacas y caballos de la comarca, y que no queda retrasado en lo que a edificios públicos se refiere. Pero son escasos los lugares dedicados a la libertad de expresión y de culto en este condado. No es por medio de la arquitectura sino incluso por su poder de pensamiento abstracto que las naciones debieran tratar de conmemorarse. ¡Cuánto más digno de ser admirado el *Bhagavad Ghita* que todas las ruinas de Oriente! Torres y templos son lujos de príncipes. Pero la mente sencilla e independiente no se afana a la orden de príncipe alguno ni el genio es privativo del emperador como tampoco, que no sea en grado trivial, el oro, la plata y el mármol. ¡Decidme! ¿Con qué fin es martillada tanta piedra? Cuando estuve en la Arcadia no vi piedras labradas. Hoy las naciones están poseídas de una ambición insana por perpetuar su recuerdo en la cantidad de piedra tallada que dejan. ¿Y si se tomaran igual trabajo en suavizar y pulir sus maneras?

rámides, no hay nada que maraville tanto en ellas como el hecho de que se pudiera encontrar tantos hombres suficientemente degradados para pasarse la vida construyendo la tumba de algún necio ambicioso a quien habría sido más inteligente y viril ahogar en el Nilo antes de dar su cuerpo a los perros. Puede que no me costara hallar excusa para unos y otro, pero no tengo tiempo para ello.

Durante más de cinco años, me mantuve, pues, con sólo el trabajo de mis manos; y descubrí que podía atender a todos los gastos de mi subsistencia trabajando unas seis semanas al año. Todo el invierno y la mayor parte del verano me quedaban libres y desocupados para dedicarlos a mis estudios. He tratado esforzadamente de regentar una escuela, y he comprobado que mis gastos corrían en proporción, o mejor fuera por completo de ella con respecto a mis ingresos, puesto que me veía obligado a vestir y a enseñar en justa correspondencia,

¡y no digamos pensar y creer!, y a cambio carecía de tiempo propio. Como quiera que yo no enseñaba para bien del prójimo sino como medio de vida, el empeño fue un fracaso. He tentado el comercio, pero he llegado a la conclusión de que me llevaría diez años hacer algo de progreso, y puede que para entonces me hallaré ya camino del Infierno. Además, temía que para esta fecha estuviera haciendo lo que se da en llamar “un buen negocio”. Cuando tiempo atrás anduve indagando qué podía emprender para ganarme la vida, teniendo presente que por haber tratado de complacer a mis amigos en sus deseos guardo un triste recuerdo, que atempera mi candidez, pensé sería y frecuentemente en dedicarme a la recolección de uvas. Esto, sin duda, lo podría hacer; y las pequeñas ganancias que reportara me bastarían, pues mi mayor virtud es conformarme con poco. Se necesitaba poco capital, pensé tontamente, y me distraería escasamente de mi acostumbrado tenor. Mientras mis conocidos se integraron resueltamente en el comercio o en alguna profesión, yo consideraba esta ocupación como muy parecida a la de ellos; recorriendo las colinas todo el verano para recoger las uvas que surgieran en mi camino, para luego disponer de ellas despreocupadamente; cuidar, en fin, de los rebaños de Admeto. También soñé que podía juntar hierbas silvestres o llevar siemprevivas a aquellos pueblos que gustan de añorar los bosques o incluso a las ciudades. Sin embargo, he aprendido desde entonces que el comercio maldice todas las cosas que toca; y aunque comerciéis con mensajes del Cielo, la maldición de aquél acompañará el negocio. Como había cosas que me gustaban más que otras, en especial mi libertad, y dado que era capaz de vivir ardua y frugalmente, aunque con desahogo, no

quise malgastar mi tiempo por el momento en procurarme ricas alfombras y piezas de ajuar de semejante finura, ni una cocina delicada, ni una casa de estilo griego o gótico. Si los hay para quienes no supone trastorno alguno adquirir estas cosas, y que saben incluso qué hacer de ellas, queden para ellos. Otros son “industriosos”, y diríase que el trabajo les gusta por sí mismo, o que les mantiene alejados, quizá, de peores males; a éstos nada tengo que decirles ahora. A aquellos que no sabrían qué hacer con más ocio del que disfrutaban, puedo recomendarles que trabajen el doble que ahora; eso, que trabajen hasta manumitirse y que obtengan por sí mismos su carta de libertad. En lo que a mí respecta, encontré que la ocupación de jornalero era la más independiente de todas, en especial porque se requerían sólo de treinta a cuarenta días al año para poder subsistir. La jornada da fin con la puesta del sol, y el jornalero es entonces libre de dedicarse a su ocupación predilecta con toda libertad. El patrono, en cambio, que especula de mes a mes, carece de respiro durante todo el año. En una palabra, tanto por convencimiento como por experiencia, no me cabe la menor duda de que el mantenerse no es pena sino pasatiempo, si vivimos simple y sabiamente; tampoco de que las ocupaciones de los pueblos más sencillos sirven de esparcimiento a los más artificiales. No es necesario que el hombre gane su sustento con el sudor de su frente, a menos que sude con más facilidad que yo. **U**

Selección de *Walden y Del deber de la desobediencia civil*, Carlos Sánchez Rodrigo (trad.), Editorial Juventud, Barcelona, 2010, pp. 20-22, 23-24, 80-82 y 94-96.

Divisores, 1500. The Cleveland Museum of Art © y herramienta, 1590-1596. Rijksmuseum © ▶



ARTE

HARINA Y EPAZOTE DE ROBERTO DE LA TORRE

EL ARTE COMO METÁFORA, EL NARCOTRÁFICO COMO TRABAJO

Valentina Lara

*Metaphora es el transporte, la traslación, el desplazamiento.
Por su parte, phora es la acción de empujar, de llevar hacia adelante.
Alude al hecho de transportar una carga de un lugar a otro.*
Elena Oliveras

La entrada del Ex Templo Santa Teresa la Antigua se encuentra cerrada. Para ingresar al museo es necesario dirigirse a un costado de la construcción y atravesar una pequeña puerta que alude a la "clandestinidad" del negocio. En el interior, una fábrica de producción y empaquetado de harina y epazote se distribuye en todo el espacio. La metáfora se activa desde el exterior del recinto: un puesto ambulante cubierto por una lona de plástico amarillenta ofrece armas de juguete y establece un diálogo con los puestos ubicados frente al Museo Ex Teresa Arte Actual, dedicados a la venta de uniformes de policías y militares.

Roberto de la Torre realizó *Harina y Epazote*, curado por Eder Castillo, de diciembre de 2010 a febrero de 2011. La obra se planeó con dos años de anticipación, los cuales incluyeron un viaje a Tlaxcala para entrevistar a campesinos dedicados al cultivo de epazote. Algunos de ellos habían emigrado con anterioridad a Estados Unidos y regresaron a México para invertir sus ahorros en el campo. El proyecto es una metáfora, abierta a la interpretación, de la industria del narcotráfico y los beneficios económicos que ésta genera.

La técnica, los materiales y los elementos utilizados en la exhibición hacen referencia a los laboratorios clandestinos y las plantas industriales de narcóticos, así como a las etapas de producción, cultivo, procesamiento, almacenamiento y distribución de la droga. Durante tres meses,

alrededor de sesenta estudiantes y voluntarios trabajaron en horarios similares a los de un obrero empleado en una fábrica para generar más de seis toneladas de harina y epazote que posteriormente fueron distribuidas por bancos de alimentos a poblaciones de bajos recursos.

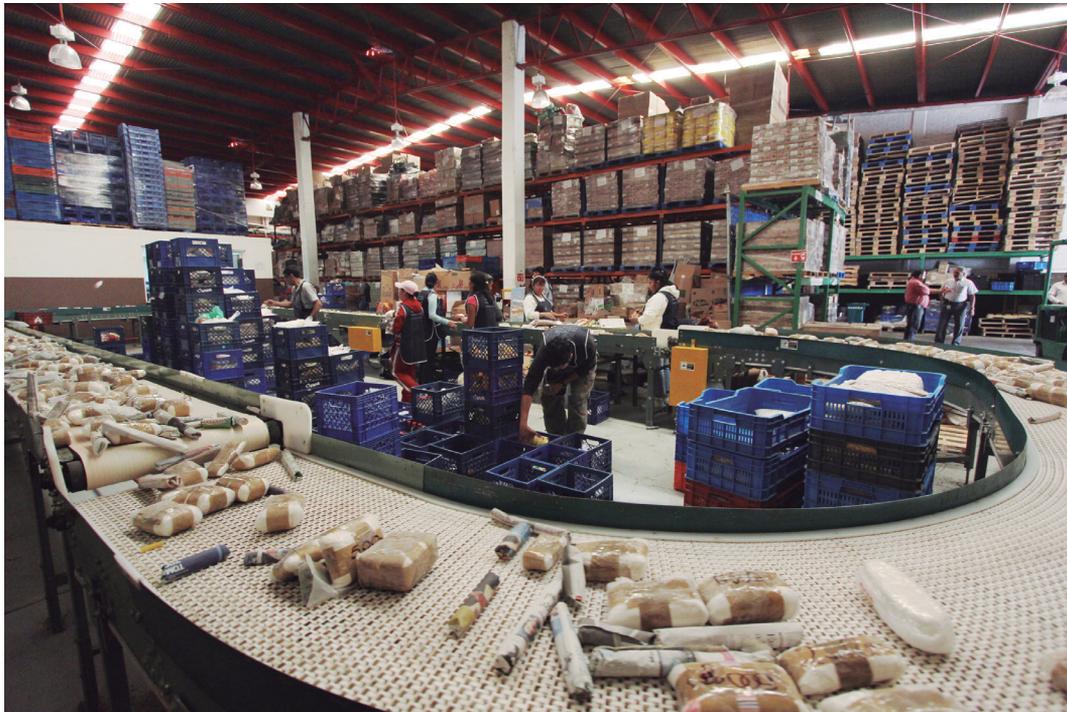
El proyecto transformó el espacio arquitectónico y cambió momentáneamente su funcionalidad utilizando el componente *diafórico* del arte, es decir, transfigurando lo común para otorgar posibilidades de presencia significativa. Roberto de la Torre visibilizó, entre otros aspectos, la realidad de millones de trabajadores que participan en la producción de los narcóticos a raíz de la necesidad y que, al no tener una oferta laboral digna, deciden —o en ocasiones son obligados— a sumarse a la industria del narcotráfico.

Actualmente existen 37 carteles dedicados al narcotráfico en México. Se estima que alrededor de 600 mil millones de pesos son generados anualmente dentro de este mercado en el territorio mexicano y que por lo menos 300 millones de personas a nivel mundial consumen al año alguna sustancia producida por el tráfico ilícito. A pesar de que *Harina y Epazote* tiene más de una década, el tema del narcotráfico como fuente de trabajo en México prevalece en la actualidad; la metáfora continúa materializándose en la realidad diaria de miles de campesinos y diferentes trabajadores mexicanos.

Todas las fotografías son cortesía del artista.



Instalación de ductos de cultivo hidropónico dentro del museo



Bandas mecánicas con paquetes realizados en la exhibición



Ramas de epazote en el área de secado y deshidratación





Empaquetado de la harina y del epazote cultivado en el museo



Vista de exhibición



Exterior del Museo Ex Teresa Arte Actual

Herramienta, 1590-1596. Rijksmuseum ©
y martillo con cabeza de hierro y mango
de madera, 1590-1596. Rijksmuseum © ▶



PANÓPTICO

UN ACTO RIESGOSO Y NECESARIO

ENTREVISTA CON DIAMELA ELTIT

Sara Casanovas

Su abuela pensaba que de tanto leer se quedaría ciega. Sin embargo, la literatura le ha permitido a la autora chilena Diamela Eltit pensar la realidad que transitan los escritores, la situación social y política de su país, el papel de la mujer en un espacio otorgado por y para lo masculino o las consecuencias devastadoras de la dictadura para la cultura chilena. Su extensa trayectoria cuenta con obras como Im-puesto de la carne, Los vigilantes y Vaca sagrada, entre otras. El ojo en la mira es su último trabajo publicado y es también un recorrido por los libros que han sido parte esencial en la vida personal y profesional de la escritora. Eltit subraya la importancia de desnaturalizar el control ejercido y orquestado por las élites en un marco donde la ficción se convierte en instrumento para revisar el pasado y explorar una actualidad desafiante.

¿Cómo surge la idea de recopilar parte de esas lecturas vitales en *El ojo en la mira*?

En realidad, la editorial me incitó a participar porque tienen una línea dedicada a autores y lecturas, me pareció una invitación interesante y en el tiempo, con tiempo, trabajé el libro.

El ojo en la mira comienza observando a un niño que se refleja en un iPad, lo que remite al Narciso de Ovidio. El libro termina con Hemingway y el recuerdo de ese primer encuentro con la literatura. ¿Hacia dónde apuntaba en la infancia tu mirada y qué la constituyó de adulta?

- ◀ Retrato de Diamela Eltit en el tiempo del CADA y de las Acciones de Arte, 1982. Diamela Eltit Papers, Special Collections Princeton University Library, Cortesía de Princeton University Library ©

Sí, efectivamente vi esa escena, una guagua de ocho meses (mi nieto Diego) mirándose en el iPad, fue una imagen intensa para mí, pensando también en el estadio del espejo trabajado por Lacan. Estos libros, más personales, son complejos en el sentido de la movilidad de la memoria y lo son más todavía las trampas de la memoria, una cierta incerteza. La primera novela que leí, alrededor de los diez años, fue clave porque a la par de la ficción narrativa, encontré a una parte de mí misma en la letra.

Dices en el libro que no tuviste dudas sobre la escritura como camino. ¿Qué situación o circunstancia provocó esa afirmación?

Toda mi vida —o prácticamente toda mi vida, desde la infancia— ha estado ligada a la literatura, a pensarla. Estudié literatura en la universidad a lo largo de nueve años. Entonces mi deseo era escribir, siempre pensé en ser escritora, desde que leí la primera novela.

Comentas: “La gran tarea no radica en qué escribir sino en cómo escribir lo mismo”. ¿Qué autores jóvenes han logrado presentar un cómo sugerente de temas que te interesan? ¿Qué temas crees que todavía tienen espacio para explorar su formato?

Con seguridad me faltan muchas lecturas de autoras y autores jóvenes, pero tengo también numerosas lecturas y existen espacios, signos, momentos, en los libros que he leído; pero si nombras a alguien, significa desnombrar a otros y eso me problematiza. Sin embargo, quiero evocar aquí a Mariana Enriquez y sus ficciones

literarias ligadas al terror. Ella transita los territorios de Poe o de H.P. Lovecraft, pero su tránsito está marcado por su poética y, en ese sentido, da un giro.

Cuentas también acerca de la libertad que te ha dado desligar literatura y economía. ¿Por qué crees que sigue tan naturalizada la idea de que el/la escritor/a no puede vivir únicamente de escribir? ¿Dónde está la resistencia?

Pienso que es una injusticia laboral que la gran mayoría de las personas que escribimos literatura no vivamos de nuestro trabajo. Hay excepciones, pero desafortunadamente no alteran la regla. En parte el sistema social no termina de aceptar que escribir es un trabajo. Eso es un desastre. Pero, una vez que entendí claramente que ese oficio no iba a darme una forma de salario, me permitió una elaboración más acabada, pensé que eso me liberaba de cualquier negociación y me permitía una libertad total.

¿Podrías expandir siguiente idea: “Desde el inicio tuve la convicción de que una escritora o un escritor no se hace en un taller literario”? ¿Qué aportan los talleres literarios a los autores? ¿Qué espacios te parecen más propicios para la labor de la escritura?

Nunca he pensado en los talleres en los que he trabajado como industrias de producción de escritoras o escritores. Lo que me parece importante es el trabajo comunitario, la circulación de la palabra, las diferencias, lo suspendido. Creo que allí convergen lectura y escritura como circularidad. Pero el gran espacio donde se gesta

“La dictadura es la suspensión e intervención de la vida pública. Y la muerte. Prisión, tortura, violación.”

la escritura pienso que radica en la obsesión y la capacidad de resistir.

Has manifestado especial interés en temas como el cuerpo, el efecto de la familia en el sujeto, la tecnología, la mujer en la literatura, la muerte. ¿Cuál de ellos sigue persiguiéndote? ¿Sobre qué cuestiones sientes la urgencia de escribir ahora?

Todos los temas que nombras conservan su protagonismo. Ahora intento acercarme a la relación entre relato y página, cómo ocurre y transcurre el relato entre cada página, desde una a otra.

El cuerpo como asunto en constante revisión, ¿qué textos o autores lo abordan de forma renovada?

Me parece que Clarice Lispector.

Dices que has vivido episodios machistas pero que no era tu intención cambiar las mentes, ¿cuál es tu intención cuando escribes?

Bueno, la literatura no es un campo de redención social, esos cambios los tienen que hacer las fuerzas sociales. Lo que podría hacer la literatura es incidir en su propio campo, la literatura misma, me refiero a ampliar sus fronteras. En realidad, lo que me moviliza es el libro que escribo, sus energías y desafíos.

La dictadura obligó a cambiar la forma y el contenido de las obras literarias. ¿De qué manera te afectó a ti en el uso del lenguaje? Cuando la censura dejó de ocupar un espacio marcado en

lo literario, ¿sientes que hubo un quiebre de algún tipo en tu obra?

La dictadura es la suspensión e intervención de la vida pública. Y la muerte. Prisión, tortura, violación. Entonces todos los sistemas cambian y también desde luego el sistema literario. Seguramente el fin de la dictadura implicó alguna modificación, pero desde luego yo misma no lo advertí.

Si entendemos el duelo como herramienta de recuperación tras la muerte, ¿cómo ha vivido Chile el duelo colectivo tras la dictadura?

Pienso que las formas de duelo en las post-dictaduras son manejadas por las élites políticas que participan en su final. Usualmente se abocan a engendrar formas de atenuación y eso genera una latencia y resentimiento. Chile está en un momento interesante, atravesado por hechos del pasado dictatorial, de las últimas décadas y de la escritura de una nueva Constitución para demarcar un futuro.

Sobre Historia de los monstruos de Ernest Martín, que aparece en el libro, ¿qué te interesa de lo monstruoso?

Me interesan los cuerpos y las construcciones sociales. En ese sentido he reflexionado mucho sobre la novela *Frankenstein* como modelo para pensar lo monstruoso.

Tu nombre, por ser minoritario, ha generado erratas, confusión, aunque también algo necesario para ti. Además, hay algo (no menor) de esa anécdota que explicas y es justo el rechazo a lo diferente, también presente en Patas de pe-

rro de Carlos Droguett. ¿Dónde reside la amenaza de lo minoritario en tu opinión?

Me parece que las formas de circulación de lo minoritario portan violencia especialmente simbólica. La mujer es minoritaria, la mujer escritora es minoritaria, el punto para mí, en esa circulación, es la lucidez para entender los binarismos y desde allí generar defensas discursivas y estéticas.

¿Puedes contarme más sobre la decisión y selección del título de este proyecto, El ojo en la mira?

Me resultó posible como título porque pensé el desplazamiento bélico hacia la letra como objetivo.

Durante la pandemia, ¿qué temas te han invadido con más frecuencia? ¿Qué lecturas has hecho sobre dicha problemática?

He leído lo que sale en revistas, diarios y ciertos artículos a los que he accedido. Más allá de la enfermedad misma y sus efectos, lo que realmente resulta ineludible es el discurso médico, autoritario, incesante, siempre apocalíptico. Divinizado porque se funda en su poder sobre la vida y la muerte.

En este tiempo, el poder de los Estados ha tenido un papel subrayado respecto al control de la libertad de los ciudadanos. ¿Cómo has transitado eso?

En realidad ha sido extenuante. Nosotros pasamos de un gran estallido social directamente a la enfermedad. Nos movemos en dos polos: enfermedad y política, y a eso hay que agregar la política de la enfermedad.

¿Qué crees que va a cambiar después del COVID? ¿Qué permanecerá?

No lo sé, me imagino que todo cambio está relacionado con la tecnología. Y en ese sentido puede haber cambios laborales. Por ahora vemos el turismo espacial de lujo como novedad de este tiempo.

Hablas en el libro de la lectura como un "acto riesgoso y necesario". Kafka decía que los libros que nos hacen daño son los que vale la pena leer. ¿Qué efecto produjeron en ti los libros que te han cambiado de alguna forma? ¿Qué relación estableces entre placer, dolor y literatura?

No he experimentado sensaciones de daño personal, pero sí he vislumbrado el daño o los daños elaborados de manera precisa en libros literarios; desde el amor a la guerra, desde la familia a la calle, hay textos finos e impresionantes al respecto. Por otra parte, es muy única la relación entre lectura y soledad o la lectura en soledad como compañía. **U**



Antonia Alarcón, *Latitud 33*, de la serie *Atlas de Memoria*, bordado sobre algodón, 2018. Cortesía de la artista ©

¿EXILIO O EMIGRACIÓN?

LA AMBIGUA DISTINCIÓN EN TIEMPO DE FRONTERAS

Miguel Lisbona Guillén

Francisco L. Manzanet Ortiz llegó a Tapachula el día 13 de diciembre de 2019, antes de la paralización del ecúmene debido al COVID-19. Había abandonado su país, Cuba, el 27 de noviembre con destino a Nicaragua, lugar donde inició una travesía que lo llevó en abril de 2021 a Houston, ciudad en la que hoy reside. Francis (para sus amigos) dejó la isla caribeña con el estigma de ser un disidente, una persona confrontada al régimen político que gobierna Cuba. Su caso no es único en la mayor de las Antillas, y tampoco lo es en otros lugares del planeta donde muchos ciudadanos son forzados a dejar atrás familia, amigos y todos los nexos afectivos ligados al lugar de nacimiento.

Francisco Manzanet experimentó en carne propia, mientras cruzaba Nicaragua, Honduras, Guatemala y continuaba su odisea por México, el mismo trasiego geográfico y el desaliento vividos por miles de seres humanos. Durante estas travesías, que culminan en Estados Unidos (en el mejor de los casos), se desdibuja la diferencia entre *exilio* y *emigración*. El primero orilla a una persona a salir de su país de manera voluntaria o involuntaria, mientras que la segunda se relaciona con el desplazamiento de individuos o poblaciones de su lugar de origen y residencia hacia otro sitio, normalmente por causas económicas y sociales.

La literatura, en ocasiones en forma de autobiografía, ha otorgado un halo emotivo al exilio, como se ejempli-

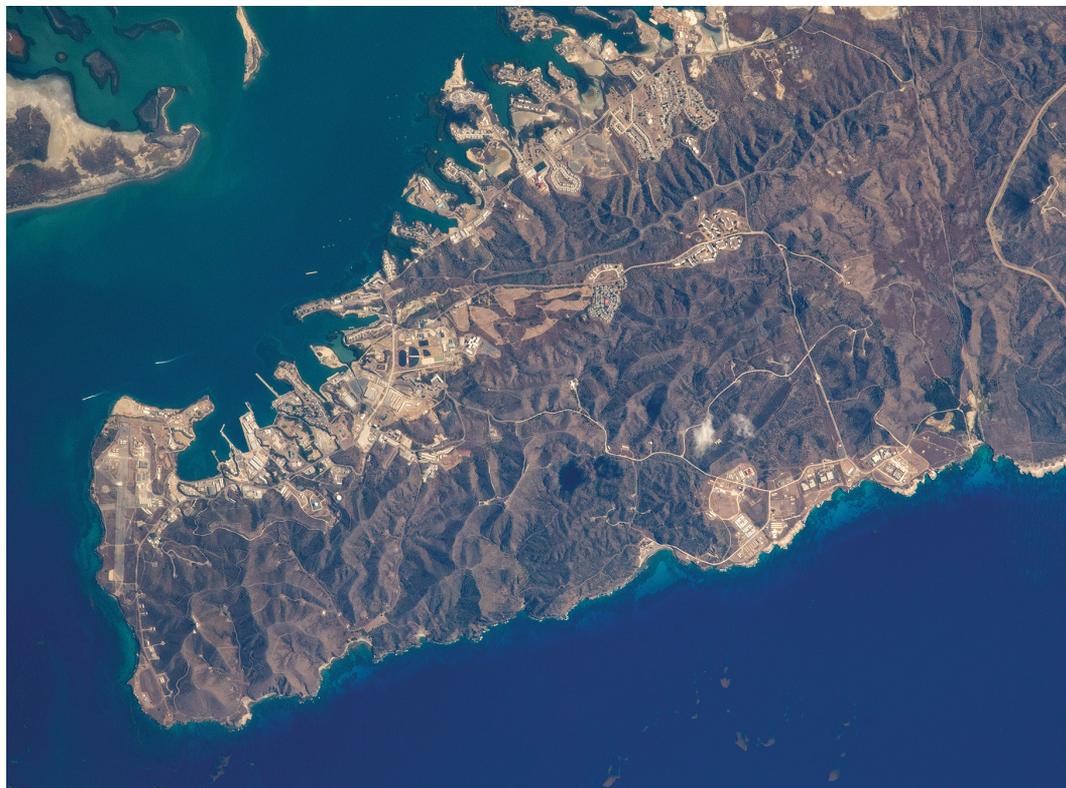
◀ Valentina Lara, *Los límites de la línea*, de la serie *Mala Hierba Nunca Muere*, 2019. Cortesía de la artista ©



fica en magníficos textos de Stefan Zweig, como *El mundo de ayer*; de Edward Said, como *Memorias de un europeo* y *Fuera de lugar*, y de María Zambrano, como *Delirio y destino: los veinte años de una española*. Pero esta representación del desplazamiento humano por lo general excluye la migración asociada con motivos económicos. Por más dolor y sufrimiento que vivan los protagonistas emigrados, éstos no suelen asociarse a la ennoblecida lucha de ideales que recubre a quienes deben exiliarse.

En México esta división simbólica se ejemplifica perfectamente con la mitificación de casos como los del exilio tras la Guerra Civil española (1936-1939), o de las personas procedentes de países sudamericanos y centroame-

ricanos cuando vivían bajo el yugo de dictaduras militares. La encomiable labor de esos exiliados en la vida científica y académica del país, y su incidencia en la creación de instituciones, ha hecho crecer ese rol simbólico del exilio en suelo mexicano. Pero poco se ha hablado de quienes, sin contar con ciertos requisitos, como una formación universitaria, también desearon llegar a México para rehacer vidas deshechas por conflictos bélicos y persecuciones gubernamentales. Por supuesto, no es patrimonio exclusivo de México construir representaciones políticas y académicas positivas del exilio, aquellas que abonan a la diferenciación entre ciudadanos extranjeros dignos de ser recibidos (los exiliados) y otros que se



Fotografía satelital de la Bahía de Guantánamo, Cuba, 2021. NASA Johnson ©



Francisco L. Manzanet Ortiz en la playa Cajuajo, Cuba. Cortesía de Francisco L. Manzanet Ortiz

erigen como una incógnita y a quienes se cuestiona por los motivos que han tenido para abandonar su tierra natal (los emigrantes). En consecuencia, el emigrante emerge como un "otro" siempre en entredicho, un ser humano peligroso por no poder clasificarse y por vivir en una permanente condición de liminalidad.

Tanto las personas exiliadas como las emigrantes comparten dos rasgos que, en los últimos años, se han vuelto cada vez más perceptibles en las distintas fronteras del mundo. El exilio radica en la condición forzada de su salida. Si sobre esto no existen dudas, tampoco deberían plantearse respecto a la emigración, ya que quienes optan por ella son forzados a emprender un viaje dada la imposibilidad

de tener una vida digna en sus países. Nadie abandona su tierra natal, a familiares y amigos, ni se expone a los riesgos físicos y emocionales implícitos al alejamiento, sin un motivo. Gracias a la diversificación de medios de transporte y comunicación, muchos migrantes se han convertido en ciudadanos transnacionales con capacidad de transitar por numerosos territorios y estados. La emigración se relaciona con la forma y las vías de desplazamiento que se utilizan para llegar al lugar de destino. Frecuentemente, las personas que emprenden los caminos del exilio y de la emigración no muestran diferencias ni en las metas ni en las estrategias para llevar a cabo su travesía; los recorridos a pie, las pequeñas embarcaciones y los

transportes proporcionados por el crimen organizado son medios para el tránsito de humanos en busca de una nueva residencia. El peligro en el que ponen sus vidas, conocido antes de emprender el viaje hacia una imaginada tierra prometida, no amilana su determinación.

Las fronteras sur y norte de México se han convertido en ejemplos paradigmáticos porque en ellas confluyen quienes se ven forzados a desplazarse. Son territorios experimentados

son personas estigmatizadas, ya sea por cuestiones políticas o económicas. En definitiva, en la actualidad la frontera, esa entelequia y abstracción construida por los seres humanos, se convierte en prioridad para los Estados e, incluso, para buena parte de sus ciudadanos. Particularidad que transforma a los individuos que ansían cruzarla en seres humanos prescindibles, en el sentido que lo entiende el filósofo italiano Giorgio Agamben.¹

En la actualidad la frontera [...] se convierte en prioridad para los Estados e, incluso, para buena parte de sus ciudadanos.

como “no lugares”, caracterizados por el tránsito constante y el anonimato de las personas. En esas líneas artificiales también convergen instituciones nacionales e internacionales diseñadas para ayudar o coartar el trasiego humano. Las narraciones de los involucrados pueden seguirse en investigaciones periodísticas y académicas o en los documentos oficiales que solicitan las instancias de gobierno para tramitar las solicitudes: todas revelan dramas vivenciales donde es arduo, sino imposible, discernir los relatos del exilio y la emigración.

Tuve muy claro que Francisco Manzanet era un exiliado cuando empecé a seguir su travesía por el territorio mexicano. Conocía parte de su historia en Cuba y la amplí durante más de un año, con lo que se ratificó la difícil separación entre exilio y emigración, porque su periplo hasta llegar a su destino no se diferenciaba de las múltiples historias de migrantes que cruzan México. Impedimentos legales de los Estados y fuerzas de seguridad, además de la delincuencia organizada, coartan el desplazamiento de ciudadanos entre distintas fronteras. Un trance agravado cuando quienes se trasladan

La condición de disidente cubano de Francisco Manzanet no impide equiparar su itinerario al de cualquier emigrante. Es el ejemplo de un exiliado que siguió la trayectoria geográfica llena de las dificultades que experimentan todos aquellos que desean atravesar las fronteras con pocos o nulos apoyos y protecciones. Travesía territorial, pero sobre todo vital, que interroga las denominaciones aplicadas a personas consideradas diferentes por proceder de otro lugar. Tal vez sería un buen momento, aunque las circunstancias globales no son propicias, para rescatar la idea de una *ciudadanía mundial*, el cosmopolitismo acuñado en la tradición filosófica griega y recuperado por divergentes propuestas filosóficas y políticas. Los sueños se hacen realidad en algunas ocasiones. La fe y la tenacidad de Francisco Manzanet, y la de muchos exiliados y emigrantes, son una inspiración para perseverar en el objetivo de anteponer la vida sobre cualquier frontera territorial. **U**

¹ Véase Giorgio Agamben, *Homo sacer: el poder soberano y la nuda vida*, Antonio Gimeno Cuspinera (trad.), Pretextos, Valencia, 1998. [N. de la E.]

HISTORIAS DE VAMPIROS

Ana Lesher

*But first, on earth as vampire sent,
Thy corpse shall from its tomb be rent:
Then ghastly haunt thy native place,
And suck the blood of all thy race;
There from thy daughter, sister, wife,
At midnight drain the stream of life*
"THE GIAOUR", LORD BYRON

La sangre ha cargado un significado tan imponente en el imaginario que no resulta increíble que hayamos inventado un monstruo que se alimente de la sangre de inocentes víctimas. Los vampiros aparecen en la poesía del siglo XVIII y se vuelven las figuras más populares en la literatura gótica desde la publicación de "The Vampyre" de John Polidori (que, por cierto, se gestó el verano de 1816 en la Villa Diodati en Ginebra al mismo tiempo que *Frankenstein* de Mary Shelley), *Carmilla* de Sheridan Le Fanu y, obviamente, *Drácula* de Bram Stoker. Pero, como casi siempre, la naturaleza sobrepasa el intelecto humano y los vampiros verdaderos existen desde antes que sus primos literarios.

Existen tres especies de murciélagos hematófagos, es decir, que se alimentan de sangre. Su hábitat natural se extiende en las áreas tropicales de México, Centroamérica y Sudamérica. Viven en colonias en lugares de completa oscuridad, como cuevas, pozos, edificios abandonados y árboles huecos. Hay un orden social establecido en las colonias de estos murciélagos, con varios machos residentes que tienen un harem de hembras. Los lazos estrechos que forman se fortalecen porque comparten comida entre ellos, una característica única de las especies hematófagas. Un murciélago vampiro sólo puede sobrevivir 48 horas sin comida, pero no todos los días encuentra una víctima a quien chuparle la

- ◀ Diferentes especies de murciélagos, 1880. The Miriam and Ira D. Wallach Division of Art, Prints and Photographs, The New York Public Library ©



sangre. Cuando uno de estos pequeños dráculas afelpados no puede conseguir alimento, se acerca a otros miembros de la colonia y éstos regurgitan un poco de la sangre que han extraído de la víctima de esa noche.

Los murciélagos hematófagos, como algunas serpientes, han desarrollado la capacidad de detectar a sus presas por el calor que emiten. Estos vampiros tropicales además localizan los puntos de circulación de la sangre en sus presas por radiación infrarroja: así pueden determinar dónde será más efectiva su mordida. Mientras otras familias de quirópteros han perdido totalmente la capacidad de moverse en la tierra, los murciélagos vampiro pueden caminar, saltar y casi que correr, dando pequeños brincos. Cuando localizan a su presa, aterrizan cerca de ella y saltan a sus piernas o a su cuello. Desde luego que en torno a ellos se ha generado una mala reputación y se dice que transmiten la rabia a sus víctimas, pero en realidad se ha visto que sólo 0.5 por ciento de los que han sido capturados para censos son portadores del virus. De hecho, los murciélagos infectados usualmente mueren rápido porque no pueden volar muy bien.

DEBAJO DE LA PIEL

Se cae y se raspa la palma de la mano contra el pavimento. Viene corriendo hacia mí con su puño cerrado, una manita sucia y pegajosa de cuatro años, no lo quiere abrir. La convenzo diciendo que vamos a curarla para que no le duela más. Cuando abre su puño un chorrillo de sangre resbala. —Mamá, debajo de la piel somos todos rojos —me dice, asombrada.

*

En el siglo XVI, el médico William Harvey fue el primero en describir de manera correcta nuestro sistema circulatorio. Su descripción del

funcionamiento del corazón y del aparato circulatorio es valorada como una de las publicaciones más importantes de la fisiología moderna. Sin embargo, en su época no todo fueron laureles, ya que su teoría se oponía totalmente al sistema de Galeno, un médico de la antigua Grecia (200-129 a. n. e.), que era el paradigma aceptado en esa época. La teoría de Galeno tenía varios errores; por ejemplo, afirmaba que la circulación de la sangre empezaba en el intestino y que el hígado era la fuente de nueva sangre en el cuerpo humano.

William Harvey, médico del rey Carlos I, tuvo acceso a una buena educación y recursos para llevar a cabo su investigación y pudo describir, de manera correcta, las acciones del corazón; describió cómo la sangre viajaba por las arterias y venas y cómo todo estaba conectado a los pulmones. Sin embargo, él no pudo explicar cómo se llevaba a cabo el intercambio de gases en el sistema pulmonar. La publicación de esta teoría casi le valió su carrera, perdió prestigio y pacientes, la comunidad científica lo atacó y la iglesia también contribuyó a las acusaciones. El reconocimiento a la importancia de su trabajo no llegó hasta que su corazón había parado de latir y la sangre no circulaba en sus venas.

La relación entre este líquido rojo escarlata y la enfermedad es muy antigua, como la creencia de que la pureza de la sangre afecta la salud de personas y animales. Algunos documentos ubican la primera transfusión sanguínea en 1494; ésta se le hizo al papa Inocencio VII en Roma. Sus doctores recomendaron hacer una transfusión de dos personas sanas para combatir cierta enfermedad; sin embargo, el papa murió poco tiempo después.

No fue hasta 1665 que la primera transfusión exitosa sucedió. El médico Richard Lower

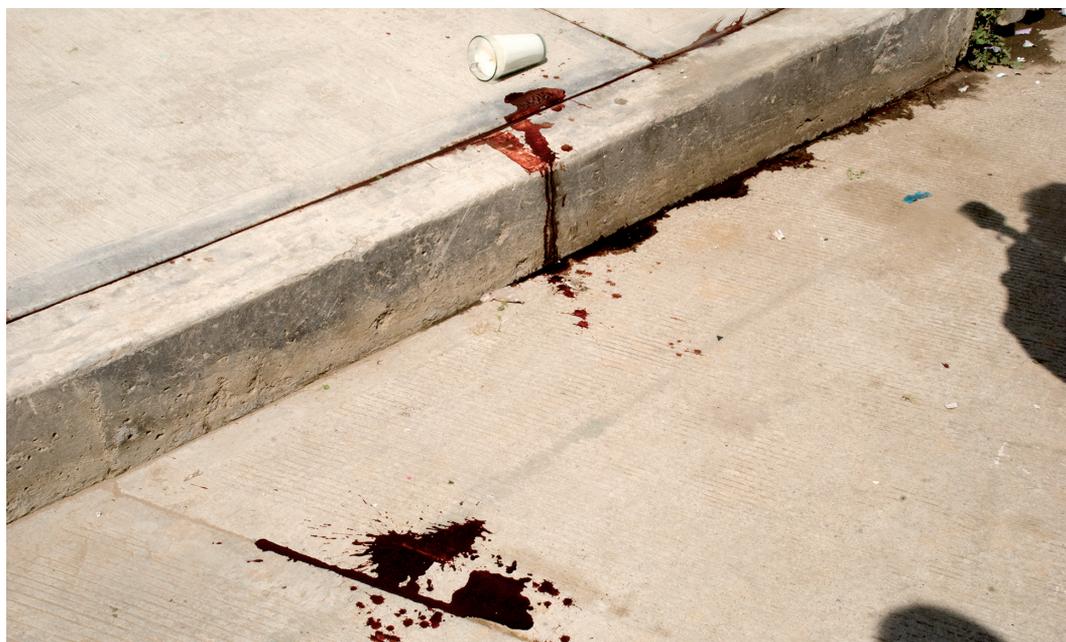
transmitió sangre de un perro a otros y casi todos sobrevivieron. Lower y un colega suyo, llamado Jean-Basptiste Denys, seguramente emocionados por este primer éxito, intentaron hacer transfusiones de animales a humanos. Usaban ovejas y corderos. La mayoría de sus pacientes murieron, las transfusiones se volvieron ilegales y durante 150 años nadie lo intentó de nuevo.

Por suerte, los humanos somos obstinados. Los médicos en el siglo XIX siguieron con sus ensayos, aunque con resultados mediocres: muchos pacientes tenían reacciones alérgicas severas después de la transfusión y morían al poco tiempo. El gran avance aconteció cuando el biólogo austriaco Karl Landsteiner descubrió los grupos sanguíneos A, B y O en su laboratorio de la Universidad de Viena. Más tarde, sus estudiantes harían lo mismo con el grupo AB.

Este hallazgo, junto con el del factor Rhesus,¹ permitió a los médicos hacer transfusiones más efectivas y seguras. Landsteiner recibió en 1930 el Nobel en Medicina por estas investigaciones.

En 1914 se descubrieron los anticoagulantes, que permiten almacenar la sangre por más tiempo, y pocos años después la Cruz Roja británica estableció el primer servicio de transfusión de sangre en el mundo. Paulatinamente, aparecieron bancos de sangre en hospitales y clínicas de Estados Unidos, Rusia y Europa occidental. Al principio, la sangre de los voluntarios sólo era examinada para determinar su grupo sanguíneo y si estaba infectada de sífilis. Sin embargo, a lo largo de la historia se han añadido más enfermedades (hepatitis B, hepa-

¹ El factor Rh es una proteína que se encuentra en la superficie de los glóbulos rojos: si la proteína está presente, la sangre es Rh+, y si no está, será Rh-.



Cannon Bernaldez, *Sin título*, de la serie *Cuando el diablo anda suelto*, 2006-2007. Colección Museo de Arte Carrillo Gil, INBAL, Secretaría de Cultura. Cortesía del Museo de Arte Carrillo Gil y la artista ©

El éxito de la medicina moderna depende de una rarísima propiedad en la sangre azul de un fósil viviente.

titis C y VIH, etcétera) a las pruebas que se le hacen a este elixir de vida antes de pasarlo de un humano a otro.

LA NOBLE SANGRE AZUL

Los crustáceos, los arácnidos y los moluscos no tienen la sangre (correctamente llamada *hemolinfa*) roja. Pero de todos ellos, hay una especie cuya sangre representa un precio altísimo para los humanos: los límulus del Atlántico (*Limulus polyphemus*). Esta especie ha habitado el planeta desde hace 450 millones de años y es probablemente responsable de que todos los avances de la medicina moderna sean seguros para uso humano; bueno, no ellos directamente: su sangre. La hemolinfa de los límulus no es color rojo, sino azul pastel. La proteína que transporta oxígeno en su sangre no lleva hierro como la hemoglobina, sino cobre, y se llama *hemocianina*. Cuando ésta es expuesta al oxígeno se vuelve azul pastel.

En los años cincuenta se descubrió que la sangre de estos límulus es sensible a toxinas de bacterias y cuando entra en contacto con ellas se coagula en una sustancia gelatinosa que atrapa la bacteria. Desde el siglo XIX los médicos habían batallando por encontrar una solución al siguiente dilema: se observó que los pacientes que habían sido inyectados con una solución estéril desarrollaban una infección, presentaban fiebre intensa y algunos morían. El remedio que se habían inventado era inyectar primero la solución a un conejo para ver si le daba fiebre, lo que sugeriría una contaminación bacteriana.

Cuando Frederik Bang, doctor y científico estadounidense, descubrió que la sangre de los límulus se coagulaba en presencia de bacterias, probó inyectarles también soluciones estériles y vio que su sangre azul no sólo era sensible a

bacterias vivas sino también a toxinas que persisten después de la esterilización. La sangre de los límulus entonces reemplazó a los conejos. Desde hace cincuenta años, la sangre de estos animales se utiliza para descartar una posible contaminación en la manufactura de todo lo que pueda ser insertado en el cuerpo humano, mediante una prueba llamada LAL. Cada aguja, cada jeringa, cada vial de vacuna o medicina, cada vía intravenosa, cada tubo y cada dispositivo médico pasa por este test. La industria bioquímica depende completamente de esta sustancia. En los Estados Unidos casi 500 mil especímenes son "ordeñados" cada año; después de quitarles un tercio de su sangre, son regresados al mar y aproximadamente el diez por ciento muere.

Al final de cuentas, el éxito de la medicina moderna depende de una rarísima propiedad en la sangre azul de un fósil viviente. Nos hemos convertido en los vampiros de estos animales, utilizando su sangre para nuestra supervivencia.

Cuando un nuevo humano se gesta en el útero de su madre, se forma a su vez la placenta. Este órgano se encarga de atravesar la pared uterina para tener acceso a la sangre materna y robarla para alimentar al feto. Nuestro primer alimento, y el de todos los mamíferos, es la sangre de nuestra madre que fluye a través del cordón umbilical. Todos hemos empezado nuestra existencia como pequeños vampiros, ¿será ésa la razón por la cual la sangre ha sido motivo de obsesión y fascinación a través de la historia? **U**

LA INDUSTRIA DE LA INSEGURIDAD

Edward Snowden

Traducción de Mir Rodríguez Lombardo

Cuando llega a mis manos un teléfono nuevo, lo primero que hago es desarmarlo. No porque tenga la afición de inspeccionar aparatos ni por mis principios políticos, sino por el riesgo que conlleva usarlo. La reparación del hardware, que consiste en extraer quirúrgicamente los dos o tres micrófonos diminutos que tiene en su interior el teléfono, es sólo el principio de un proceso arduo. Incluso tras varios días de mejoras de seguridad hechas de manera artesanal, mi teléfono inteligente seguirá siendo el artículo más peligroso que poseo.

Antes de la publicación del "Proyecto Pegasus", la mayoría de los fabricantes de teléfonos inteligentes y buena parte de la prensa suspiraban de hastío cada vez que yo afirmaba públicamente que un iPhone recién sacado de la caja es una amenaza letal en potencia. Pegasus es un trabajo periodístico de varios medios importantes alrededor del mundo dirigido a revelar las consecuencias fatales de las actividades del Grupo NSO, el nuevo rostro empresarial de una industria de la inseguridad fuera de control.

Muchos se resisten a aceptar que algo que te trae placer no necesariamente es bueno, sin importar los años de investigación que conectaban al negocio de hackeo telefónico del Grupo NSO con las muertes y detenciones de periodistas y defensores de los derechos humanos; sin importar los años de investigación que confirman que los sistemas operativos de los teléfonos inteligentes están llenos de problemas de seguridad catastróficos (empeorados a su vez por un código escrito en lenguajes

◀ Un teléfono celular desarmado. Fotografía de Clint Bustrillos ©

de programación antiguos que, ya sabemos, son inseguros) y a pesar de los años de investigación que apuntan que, incluso cuando todo funciona correctamente, el ecosistema móvil es un infierno distópico de monitoreo y manipulación de los usuarios.

El "Proyecto Pegasus" es un punto de quiebre: un reportaje bien investigado, con fuentes exhaustivas, que relata una historia francamente desquiciada sobre una infección causada por un "caballo de Troya con alas" llamado "Pegasus" que básicamente transforma el teléfono en tu bolsillo en un dispositivo de seguimiento todopoderoso que puede encenderse y apagarse, remotamente, sin que tú, el dueño del bolsillo, te enteres de nada.

Según lo describe el *Washington Post*:

Pegasus puede recabar correos electrónicos, registros de llamadas, publicaciones en redes sociales, contraseñas de usuario, listas de contactos, imágenes, videos, grabaciones de sonido e historiales de navegación; puede activar cámaras o micrófonos para capturar nuevas imágenes y grabaciones. Puede escuchar llamadas y correos de voz. Puede recopilar datos de ubicación de dónde ha estado un usuario y además determinar dónde está ese usuario en este instante, junto con datos que indican si la persona está inmóvil o, en caso contrario, en qué dirección se está desplazando.

El teléfono que tienes en la mano opera en un estado de inseguridad permanente, abierto a infecciones cortésias de cualquiera que esté dispuesto a poner dinero en la mano de esta nueva Industria de la Inseguridad. La totalidad del negocio de esta Industria implica conjurar nuevos tipos de infección (capaces de eludir las más recientes vacunas digitales) y venderlos.

Una Industria de esta naturaleza, cuyo único fin es la producción de vulnerabilidad, debe ser desmantelada.

2.

Incluso si mañana despertáramos y un volcán con conciencia ciudadana hubiera borrado por completo a todo el Grupo NSO y a los empresarios privados de su calaña, la realidad seguiría siendo que estamos en medio de la mayor crisis de seguridad informática en la historia de la computación. Los que se dedican a crear el software que está detrás de los dispositivos electrónicos de los que nos valemos se conforman con escribir código en lenguajes de programación que sabemos que son inseguros porque, pues, eso es lo que siempre han hecho, y la modernización requiere un esfuerzo importante. La gran mayoría de las vulnerabilidades que son descubiertas y explotadas por la Industria de la Inseguridad se generan por razones técnicas, relacionadas con la manera en que una computadora lleva un control de lo que supuestamente está haciendo en el momento exacto en que el código se escribe, lo que hace que la elección de un lenguaje más seguro sea una protección crucial... y sin embargo es algo que pocos practican.

Si queremos ver un cambio, hace falta incentivarlo. Por ejemplo: si quieres que a Microsoft le dé un infarto, hablemos de la idea de definir responsabilidades legales por código defectuoso en un producto comercial. Si le quieres dar pesadillas a Facebook, hablemos de la idea de hacerlos legalmente responsables de todas y cada una de las filtraciones de nuestros datos personales que se pueda comprobar que fueron capturados innecesariamente. Imagínate la velocidad a la que Mark Zuckerberg empezaría a martillar la tecla "suprimir".



Diferentes modelos de teléfonos celulares. Fotografía de Eirik Solheim ©

3.

El hackeo patrocinado por el Estado se ha vuelto una carrera tan habitual que debería tener su propia categoría olímpica en Tokio 2020. Cada país califica de criminales las actividades del otro, mientras que se rehúsa a reconocer la culpa de sus propias infracciones.

Si el hackeo no es ilegal cuando nosotros lo hacemos, no hay manera de que sea ilegal cuando lo hacen los otros, y resulta que ese "otros" se refiere cada vez más al sector privado. Aquí hay un principio básico del capitalismo: es cuestión de negocios. Si todo el mundo lo está haciendo, ¿por qué yo no?

Recordemos nuestro tema anterior sobre el Pegasus del Grupo NSO, que especial pero no exclusivamente ataca a los iPhones. Si bien los iPhones son de por sí más privados y en

algunos casos están mejor diseñados desde el punto de vista de seguridad, también son como un monocultivo: si encuentras la manera de infectar uno, podrás (probablemente) infectarlos a todos, un problema exacerbado por la política de Apple, que cierra toda posibilidad a los usuarios de hacer modificaciones a la manera en que operan los dispositivos iOS. Cuando se combina este monocultivo y la política de caja negra con la popularidad casi universal de Apple entre la élite global, queda clara la razón por la que el Grupo NSO tiene una fijación con el iPhone.

Nos guste o no, enemigos y aliados comparten un entorno común, y cada día nos volvemos más dependientes de dispositivos que emplean un código común.

No permitimos un mercado de servicios de infecciones biológicas: lo mismo debe valer para las infecciones digitales.

4.

En tecnología, igual que en salud pública, para proteger a uno tenemos que protegerlos a todos. El primer paso en esta dirección, o al menos el primer paso digital, debe ser prohibir el comercio de software de intrusión. No permitimos un mercado de servicios de infecciones biológicas: lo mismo debe valer para las infecciones digitales. Eliminar el ánimo de lucro reduce el riesgo de proliferación a la vez que asegura el desarrollo tecnológico, dejando espacio para la investigación con fines públicos y las labores inherentes al gobierno.

Aunque retirar el software de intrusión del mercado comercial no se lo quita también a los Estados, sí asegura que algún narcotraficante o criminal sexual de Hollywood que pueda sacar unos cuantos millones de abajo del colchón no pueda infectar todos los iPhones del planeta.

Una moratoria de esa naturaleza, sin embargo, sólo sirve para comprar tiempo. Después de la prohibición, el paso siguiente es asignar responsabilidad legal. Es esencial que entendamos que ni la escala del negocio del Grupo NSO ni las consecuencias que ha infligido a la sociedad global serían posibles sin el acceso al capital global de empresas amorales, como Noalpine Capital (Europa) y Francisco Partners (EE. UU.) La consigna es simple: o desinvierten sus fondos, o sus propietarios serán detenidos. El único producto de esta industria es el daño intencional y previsible, por lo que estas empresas inversionistas son cómplices voluntarias.

5.

Imagina que eres el consejero editorial del *Washington Post* (primero tendrías que deshacerte de tu integridad). Imagina que a tu columnista lo asesinan y que respondes con una solicitud en la que susurras a los autores del asesinato

que la próxima vez, por favor, deben llenar unos cuantos formularios adicionales. Francamente, la respuesta del *Post* al escándalo del NSO es tan vergonzosamente débil que es un escándalo por sí misma: ¿cuántos de sus escritores necesitan morir para que se den cuenta de que los procesos no reemplazan a la prohibición?

Con "Pegasus", Arabia Saudita hackeó los teléfonos de la exesposa de Jamal Khashoggi y de su prometida, y usó la información extraída para prepararse rumbo a su monstruoso asesinato y su posterior encubrimiento.

El "producto" (léase: "servicio criminal") del Grupo NSO ha sido utilizado para espiar a muchos otros periodistas, jueces e incluso profesores; a candidatos de la oposición, a los cónyuges e hijos de sus objetivos, a sus médicos, a sus abogados e incluso a sus sacerdotes. Esto es lo que aquellos que piensan que una prohibición es "demasiado extrema" no parecen entender: lo que esta industria vende es la oportunidad de acribillar a balazos en el autolavado a los periodistas que no te agradan.

Si no hacemos nada para detener la venta de esta tecnología, no sólo van a ser 50 mil personas en la lista de objetivos: van a ser 50 millones de personas, y pasará mucho más rápido de lo que imaginamos.

Así se verá el futuro: un mundo de personas tan entretenidas con sus teléfonos que no se dan cuenta de que otro es el que los controla. **U**

Selección del artículo publicado en *Continuing Ed- with Edward Snowden* el 26 de julio del 2021. Disponible en <https://edwardsnowden.substack.com/p/ns-oh-god-how-is-this-legal>

EL MARINERO QUE NO DESCUBRIÓ AMÉRICA

RODRIGO DE TRIANA

Manuel Becerra

En agosto de 1492 se llevó a cabo la primera de muchas travesías hacia el descubrimiento de América. La tripulación que acompañó a Cristóbal Colón, que ya soñaba con tierras situadas en el Atlántico entre las Indias occidentales (Portugal) y las Indias orientales (Japón), constaba de 120 hombres y estaba conformada por campesinos, herreros, criados, soldados, y entre todos ellos: Rodrigo de Triana, el marinero que, un par de meses después —exactamente en la madrugada del 12 de octubre de 1492—, vislumbraría a lo lejos el primer puerto americano que tocarían los navíos españoles: las lumbres flotantes de la isla de Guanahani.

Rodrigo de Triana, si bien es el primer hombre que ve tierra, es también aquél a quien no se le reconoce nunca dicha hazaña.

En *Historia general de la Indias y vida de Hernán Cortés*, Francisco López de Gómara habla sobre un marinero que apunta ser proveniente de Lepe. Se llamaba Rodrigo Pérez de Acevedo y se le atribuye “de Triana” debido al tiempo que vivió en el homónimo barrio de Sevilla. Por otra parte, hay testimonios de compañeros de viaje que se refieren a él como Juan Rodríguez Bermejo, procedente de Sevilla. Se sabe que fue hijo de un alfarero que murió quemado en la hoguera mientras él se encontraba en la expedición de Colón, y se sabe que iba a bordo de la Pinta, carabela a cargo de Martín Alonso Pinzón.

Imaginemos esto: ya a inicios de octubre todo mundo creía ver tierra por donde mirasen. La aparición de un

◀ Mapa de América, Giovanni Battista Massa y Donato Rasciotti, ca. 1590-1597. Library of Congress Geography and Map Division Washington, D.C. ©



par de alcatraces en los mástiles de los navíos, el avistamiento de alguna ballena y “un pez verde de los que no se alejan de las rocas” eran símbolos de tierra próxima.

Cristóbal Colón rectificó un par de veces el rumbo en sus exploraciones náuticas siguiendo su instinto. Usó, como todo marinero experimentado, la habilidad para jugar con la desesperación a su favor. Sabía que a través del vuelo de las aves los portugueses hallaron sus tierras. Se inclinó hacia la hierba en la marea y sacó un cangrejo que puso a caminar por el dorso de su mano. Todo indicaba a la menor provocación tierra a la vista.

El 11 de octubre, a las diez de la noche, Cristóbal Colón cree ver algo en la línea marina, pero inseguro de atribuirle a una luz en las tinieblas la virtud de una isla, lo intenta constatar con un compañero de barco. Al parecer ninguno de los dos, o tres, logran afirmarlo con seguridad. Cuatro horas después, en la Pinta, que va al frente de las flotas, nada puede menguar la atención de nuestro marinero de Lepe, quien toma un astrolabio y descubre el nuevo mundo: “¡Tierra! ¡Tierra!”, grita Rodrigo de Triana y comienza la algarabía en la embarcación, salutations por aquello que sugería reposo, oro, y lo que algunos consideran el inicio de la Edad Moderna.

Como compensación para el ávido vigía que primero divisara tierra, existían diez mil maravedís (o treinta escudos de renta), como muestra de generosidad de los reyes de España, y un portentoso chaleco de terciopelo, cortesía de Colón. Mas nada de esto fue para Rodrigo de Triana. Ni nada que le debiera la historia le fue pagado.

Cristóbal Colón se adjudica el acto heroico de haberse percatado antes que nadie de la presencia de la isla que él llamaría San Salva-

dor. Curiosamente, años después se le concedería a Américo Vespucio la primicia de descubrir América. Colón tendría como premio de consolación una última expedición en 1502 por caridad de la reina Isabel de Castilla.

En los menesteres propios de un marino sin mayores dotes se encuentra estar destinado a ser uno más en el gentío, un soldado más de la tripulación. Rodrigo de Triana se queda sin proeza, monedas ni jubón elegante de seda, y quien no recibe las albricias prometidas se vuelve rencoroso.

Se sabe que el marinero de Lepe, al volver a Castilla, disputó con los reyes su reconocimiento y compensación, pero fue completamente ignorado. Algunos dicen que al volver a España renegó de su fe católica, se desterró a África y cambió a Jesucristo por Mahoma.

Una historia alterna lo sitúa en un destino que llama aún más mi atención y me hace encontrar una semejanza sutil con el infortunio de Palinuro, el desgraciado timonero a cargo de la nave de Eneas, lanzado al mar como sacrificio a cambio de una navegación segura en su viaje de retorno. Rodrigo de Triana, años después, se embarca como piloto en una nueva expedición hacia las islas Molucas. Siete naves conforman el viaje y eventualmente la tripulación sufre la voluntad del océano Pacífico: se ve envuelta en una serie de adversidades y contratiempos naturales; se pierden los unos a los otros por intervalos.

La nao capitaneada por Rodrigo de Triana, Santa María de la Victoria, encalla y la calamidad no tarda en llegar: se desata una epidemia de escorbuto. Existe, por lo tanto, una flecha que apunta a que el 24 junio de 1526, a la edad de 57 años, Rodrigo de Triana —sin haber llegado nunca a las islas Molucas y muerto por escorbuto— fue arrojado al mar.

Era fascinante pensar que el vigía que había atestiguado, con catalejo puntual, la primera isla en la expedición de Colón era bisojo.

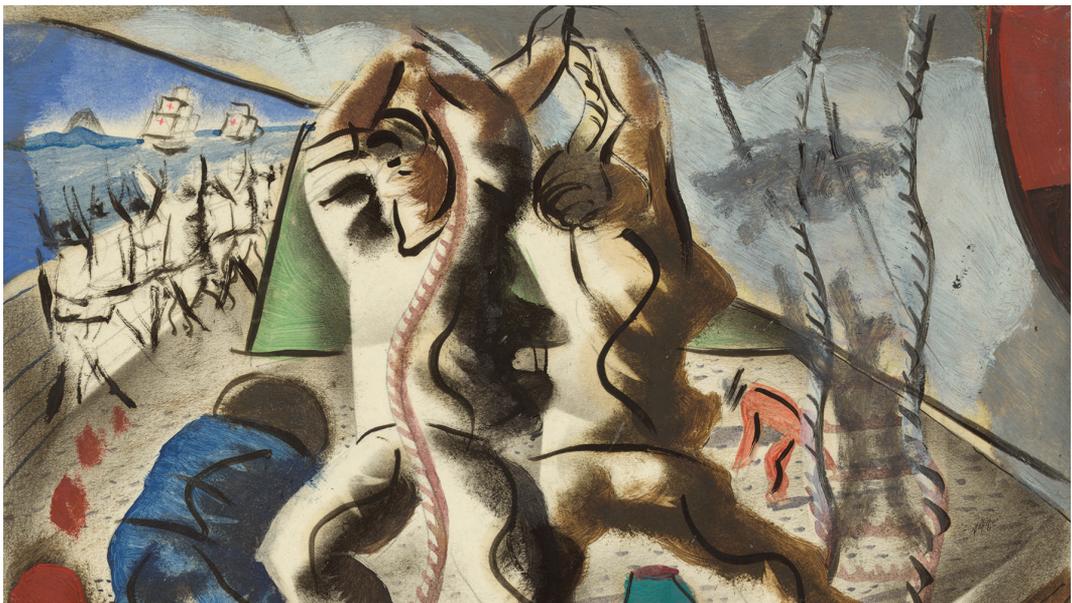
En otra indagación, deseosa de un final feliz, se escribe que fue visto en julio de 1537 “acompañado de Leonor, su dulce esposa, en Ronda, la histórica ciudad de las serranías de Málaga”, aunque puede ser que se trate de otro Rodrigo o Rodríguez. Una confusión parecida se había suscitado ya antes en la Pinta: algunos historiadores aseguran que el primero en avisar tierra fue un marinero que no era de Lepe sino que se trataba de un Lope y se llamaba Pedro: Pedro de Lope de la Redondela, de Huelva.

Resulta comprensible que personajes como Rodrigo de Triana estén sujetos a innumerables especulaciones. Los hermanos Pinzón, por ejemplo, almirantes al mando de las dos carabelas, cayeron en el olvido, y hasta del mismo Colón se desconoce en qué lugar se encuentra enterrado.

Recuerdo a una profesora, en una clase de la universidad, que aseguraba que el marinero andaluz era bizco. Era fascinante pensar que el vigía que había atestiguado, con catalejo puntual, la primera isla en la expedición de Colón era bisojo. En algún otro momento se dijo que al llegar a África se había suicidado.

Juan Rodríguez de Bermejo fue un hombre de muchos rostros y a la vez de ninguno. Fue Rodrigo de Lepe, Rodrigo de Triana, marinero andaluz, con múltiples sitios de procedencia y cuya existencia, incluso, se ha puesto en duda.

Me atrevo a conjeturar, a usufructo, que el hombre y el continente estaban unidos a un mismo destino como un animal híbrido, que un hombre sin retratos ni historia probablemente podía ser el único, el elegido para hallar los indicios de un continente igualmente desconocido, añorado, en una expedición sin antecedentes y a través del “mar temible”, como se le conocía al océano Atlántico. **U**



Candido Portinari, *Descubrimiento de la tierra*, 1941. Library of Congress ©

PEÑÓN DE LOS BAÑOS

Gretta Hernández

En los barrios bravos que rodean el aeropuerto internacional de la capital del país y resistiéndose al paso del tiempo, existe un lugar que atesora desde épocas prehispanicas aguas termales de manantial. La primera vez que escuché hablar del fontanal fue en la voz de Feike de Jong, un holandés loco que, caminando por la periferia de Ciudad de México, los conoció.

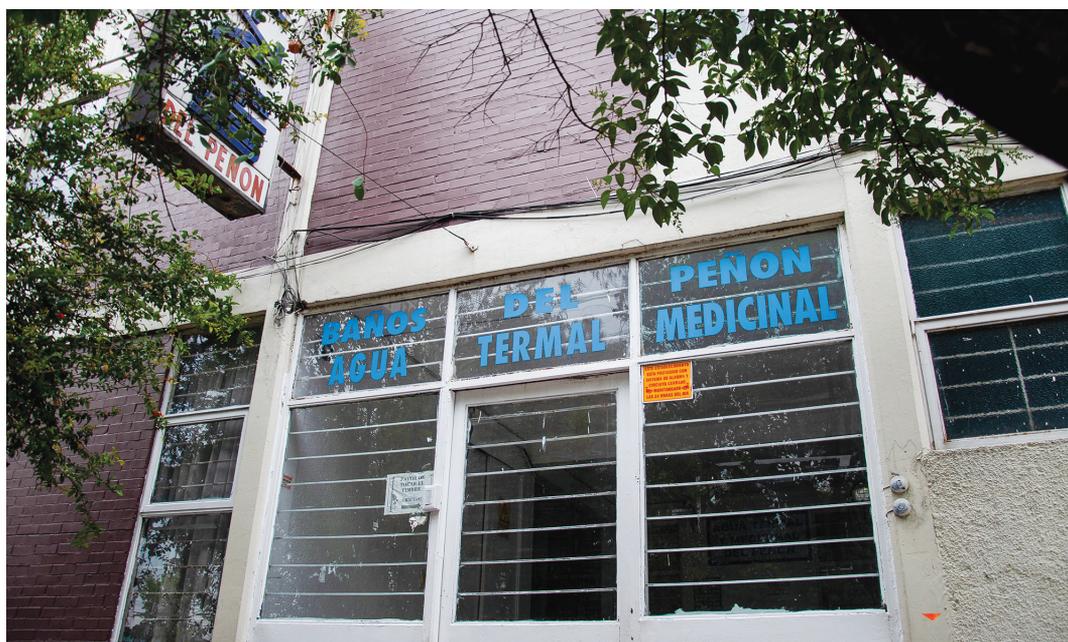
Las aguas termales llevan siglos empleándose con fines curativos. Se forman gracias a la lluvia que se filtra en el subsuelo y que, al circular por las capas profundas de la corteza terrestre, se mineraliza y eleva su temperatura. El magma de la tierra también aporta a la formación de los manantiales, pues al cristalizarse libera vapor de agua y gases como hidrógeno, anhídrido carbónico, nitrógeno, boro, flúor y azufre.

El rumbo donde se localiza este recinto es una zona marginal. Es difícil pensar que, a un costado del Circuito Interior, cerca de una estación de metro y de dos terminales aéreas, se encuentran las aguas de manantial que los aztecas bautizaron como *Acopilco*, el lugar de las aguas de *Copil*.

En la época precolombina, el cerro del Peñón de los Baños, conocido como *Tepetzinco* (*Tépetl*, 'cerro' y *zinco*, 'pequeño', es decir, "el cerrito"), era un islote rodeado por el lago de Texcoco. Cronistas indígenas y españoles relatan que los antiguos nobles de la sociedad mexicana y el mismo emperador Moctezuma, quien mandó construir jardines, zonas de caza y villas de descanso, frecuentaban el lugar.

Vista de los departamentos que se encuentran a un lado de las aguas termales del Peñón de los Baños. Cortesía de la autora ©





Entrada a las aguas termales del Peñón de los Baños. Cortesía de la autora ©

Con la desecación del lago, las amplias extensiones de tierra se fueron urbanizando. Vista desde Google Maps, la colonia El Peñón de los Baños es una mancha gris y anodina, sin embargo, es aquí donde las “aguas milagrosas” quedaron confinadas en la planta baja de un modesto condominio.

Los aztecas creían que la medicina debía ser preventiva. Paradójicamente, frente a los baños hay un centro de salud del gobierno. Los parroquianos dicen que si no te curas con la medicina de enfrente, te cruces la calle y te sumerjas en la tibieza de las aguas curativas del Peñón.

Quien administra los baños es el señor Jorge Hebert Espinosa. Antes de que despunte el día, don Jorge ya está abriendo las puertas del local. Él guía mi recorrido por los baños. Cruzamos un pequeño atrio y al fondo damos con una capilla remodelada en tiempos pandémicos y que desde hace un mes ya está abierta al público.

En un libro publicado por el INAH, *El Peñón de los Baños y la leyenda de Copil*, Luis Aveyra Arroyo de Anda relata que el oratorio está de-

dicado al culto de Santa María de Guadalupe y fue construido *ex profeso* dentro del espacio de los baños del Peñón. El antropólogo asegura que la capilla podría compararse a la del Pocito, en el Tepeyac, aunque el Pocito es treinta años posterior y de estilo barroco.

La iglesia data del siglo XVII y sirvió como un lugar de oración para los enfermos. Relata el escritor:

La capilla permaneció abandonada durante las primeras décadas del siglo XX. Buena parte de su olvido se debió a su localización, casi oculta, dentro del predio.

El retablo ostenta la imagen de la Guadalupeana flanqueada por los apóstoles. En la pared de la derecha está Cristo en la cruz. Según la leyenda, dentro del pecho del nazareno se esconde la figura tallada en piedra volcánica de la diosa Tonantzin, que fue resguardada ahí para que sus fieles la siguieran adorando sin el peso de la mirada de los jerarcas católicos durante la época evangelizadora.

El esqueleto de la mujer es la evidencia más antigua que se tiene de los pobladores de la Cuenca de México.

Miro la piel negra del Mesías y recuerdo una leyenda similar sobre un monolito con la figura de Tláloc que fue arrojado a las aguas del lago de Texcoco que rodeaban Pantitlán, un asentamiento aledaño al Peñón. Los aztecas colocaron ahí dos banderas como un aviso preventivo para señalar una alcantarilla donde los remolinos llegaban con tal fuerza que se llevaban las canoas. Se cuenta que, a unos metros del albañal, sumergieron la imagen del dios para que siguiera protegiendo con lluvias sus cultivos de maíz y que sus ramos de flores ofrecidas a la deidad fueran tragados por el caudal del lago y pasaran desapercibidos ante los sacerdotes católicos. *Pantitlán* es una voz náhuatl que significa “entre banderas” y ése es, hasta nuestros días, el ícono de la estación homónima del metro.

A petición del administrador hago una reverencia y abandonamos la capilla. Los brotes del pasto que rodean la iglesia crecen con desenfado; entre ellos, una gata —antes de que pariera pensaron que era macho y fue bautizada como Silvestre, pero después del descubrimiento cambiaron su nombre a Flor Silvestre— descansa bajo la sombra de un árbol. En un costado y rodeada de una malla metálica se encuentra la bomba que extrae el líquido del subsuelo y, a través de tubos que circulan a lo largo del techo, lo llevan a las estrechas albercas. Levanto la cabeza y una urdimbre de apartamentos estorba mi visión. Las viviendas, aunque son independientes de los baños termales, están en el mismo conjunto arquitectónico.

Metros adelante me detengo en otro hallazgo: un enorme espejo con un grueso marco que ostenta rosas de Castilla talladas en madera. Don Jorge asegura que fue un regalo de la emperatriz Carlota a los dueños del

lugar en agradecimiento por el bienestar que las aguas le brindaban. También hay sillas de madera con patas de perico de la época del Segundo Imperio mexicano. Observo mi imagen en el cristal y fantaseo con el espíritu de la última emperatriz de México caminando por un palacio de dos pisos, rodeada de vitrales: fue el tiempo dorado de los Baños.

En el siglo XIX el explorador alemán Alexander von Humboldt no fue indiferente a las aguas medicinales. Y escribió:

El valle de Tenochtitlán ofrece al examen de los físicos dos fuentes de aguas termales, la de nuestra Señora de Guadalupe y la del Peñón de los Baños. Estas fuentes contienen ácido carbónico, sulfato de cal y de sosa y muriato de sosa. En la del Peñón, cuya temperatura es bastante elevada, se han establecido baños muy saludables y cómodos.

Los baños termales cuentan con restos arqueológicos que se exhiben al público. En una de sus paredes cuelga un mapa que muestra cómo lucía Tepetzincó rodeado por las aguas del lago de Texcoco y hay piezas de basamento donde todavía se distinguen rastros de color.

En 2014 el Museo Nacional de Antropología e Historia mostró por primera vez al público parte de los restos del esqueleto de una mujer que vivió hace 12 mil 700 años. Bautizada como La mujer del Peñón III, brindó un acercamiento a los rasgos físicos de los primeros pobladores de la Cuenca de México. También se exhibieron huesos de un mamut precolombino, que es considerado uno de los más grandes de su especie. El esqueleto de la mujer es la evi-

dencia más antigua que se tiene de los pobladores de la Cuenca de México y su preservación se debe, en buena medida, a que permaneció enterrado cerca del manantial.

La encargada de la limpieza avisa que mi "habitación está lista", es decir, la poza está llena. Hay dos tipos de habitaciones: individuales y dobles. En ambas las piscinas son de mármol para reducir la temperatura del agua, tienen un camastro y un pequeño baño. La puerta se cierra tras de mí y una cortina de vapor empaña el lente de mi cámara. Me gusta el silencio que reina en el reducido espacio. Me despojo de la ropa y voy sumergiendo los pies en los escalones. Lo mío no es el agua caliente, así que los primeros segundos son un tanto desagradables; sin embargo, el cuerpo se aclimata y me abandono a la sensación de estar siendo sanada por aguas ancestrales. Cierro los ojos y me traslado a otro tiempo. Soy, quizá, la hechicera que se preparara para la interpretación del Códice Tonalámatl.

Fray Bernardino de Sahagún relata que el códex era un calendario ritual de carácter adivinatorio. No puedo evitar recordar que en 1982 el Códice de Tonalámatl fue sustraído de la Biblioteca Nacional de París por el abogado José Luis Castañeda. Para México fue casi un acto heroico, pero Francia lo consideró un delito. Actualmente el códice se encuentra bajo el resguardo de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia.

El tiempo recomendado para estar dentro de la poza es no más de veinte minutos, de lo contrario se pueden sufrir desmayos. Incluso la habitación cuenta con un timbre en caso de sentir algún vahído. Preparo la alarma de mi celular, reposo la cabeza y me entrego al sosiego de la placentaria oquedad. Sobre el camastro hay unas sábanas blancas con las que

te recomiendan cubrirte —no con toallas— para que la piel absorba las propiedades minerales. La duración en la estancia no debe exceder los cincuenta minutos. Afuera me reciben con un vaso de agua mineralizada. Bebo con el temor de sentir un puñado de sal en los labios, pero el sabor es agradable. Horas después no me burbujeó el estómago.

En el atrio de la iglesia veo a una mujer asistida por dos personas. Me cuentan que sufrió una apoplejía y visita los baños con regularidad como parte de su rehabilitación. A vuelo de pájaro descubro, al fondo del pasillo, consultorios para masajes terapéuticos. Es mediodía y el sitio continúa siendo apacible, no así los ruidos del Boulevard Puerto Aéreo que nunca cesan. Mi cuerpo percibe cierto cansancio. Pese a ello, subo a mi bicicleta y decido vagabundear por las calles antes de dirigirme a casa. Los ruidos de los aviones, los camiones, las motocicletas y los vehículos me regresan por completo al siglo XXI. No hay palacios ni árboles dónde reposar la cabeza, mucho menos mamuts; sólo veo fachadas grises que se erigen a desparpajo con vigas sobresaliendo como símbolo de la esperanza de levantar "otro cuartito".

En internet encontré una página que calcula, según el Calendario Azteca, en qué fecha estaríamos en la actualidad. Hoy sería el año *Chiconahui Calli*, del día *Yei Miquiztli* del mes *Tecuilhuitontli*. En el cielo no hay lluvias y en el subsuelo el agua escasea. A 500 años de la caída de la gran Tenochtitlán sus descendientes nos estamos devorando todo. Quizá este santuario urbanizado sea de los últimos rituales que nos conectan con el esplendor mexicana. **U**

Herramienta, 1590-1596. Rijksmuseum © y cincel con mango octogonal, 1590-1596. Rijksmuseum © ▶



CRÍTICA

Y LÍBRANOS DEL MAL

SANTIAGO RONCAGLILO

LA DESTRUCCIÓN DEL PADRE

Jorge Comensal



Seix Barral,
Barcelona, 2021

El 4 de junio de 2021 Santiago Roncagliolo publicó en Twitter una carta dirigida al hombre más rico de Latinoamérica, Carlos Slim Helú. En ella, el narrador peruano le informaba al magnate que sus lectores mexicanos no encontraban su más reciente novela, *Y líbranos del mal*, en las tiendas Sanborns, y que la editorial le había informado que “es política de su cadena rechazar cualquier libro que hable de los abusos sexuales al interior de la iglesia católica” (debo hacerme a la idea de que si un día publico mis memorias de juventud no van a querer venderlas en los Sanborns). En su carta, Roncagliolo exhortaba a Slim a no ser “aliado del silencio” y permitir que la novela se distribuyera en su “gran librería”. Pocos días después el autor anunció que Sanborns sí vendería su novela y agradeció a “todos los que han insistido en leer sobre temas oscuros. Sobre gente diferente. Sigamos exigiendo #ElDerechoALeer”.

El episodio me dejó pensando en quién será la persona encargada de elaborar el *Index librorum prohibitorum Sanbornsi*. ¿Qué nombre tendrá su puesto en el organigrama institucional? ¿Conserje de las ideas? ¿Gerente de las creencias? ¿Manager de Inquisiciones? Me lo imagino hombre y de corbata, revisando los catálogos de novedades que las grandes editoriales quieren distribuir en sus tiendas. El nuevo libro de Osho: sí. La autobiografía del yerno del ingeniero Slim: por supuesto. Una novela con las palabras “catedral”, “fanatismo religioso” y “pederastia” en la contraportada: Dios nos libre.

Lo veo salir del edificio corporativo después de una larga jornada inquisidora, dirigirse a una librería y preguntar por la novela *Y líbranos del mal*. La compra con efectivo para que no quede rastro de su pecado. Por suerte se la entregan en una bolsa de papel opaco. Vuelve a casa. Sus hijos, que estudian en un colegio de los Legionarios de Cristo, ya están a punto de acostarse. Rezan el Padrenuestro en coro. En vez de convivir con su esposa (hace meses que no se tocan), se encierra con llave en el estudio y saca su adquisición con las manos temblorosas. Al igual que el título, el epígrafe cita el Padrenuestro (evangelio de Mateo, 6:12-13). Se persigna. Sigue: “He cambiado los nombres de esta historia”. ¿Estará basada en hechos reales? Luego descubrirá que está inspirada en instituciones y personajes reales (el

Sodalicio de Vida Cristiana, Luis Fernando Figari, Marcial Maciel), pero no se trata de ellos. Es ficción. El narrador es el protagonista Juan Carlos Verástegui, Jimmy, un adolescente neoyorquino que nunca ha ido al país de su padre: Perú. Sebastián Verástegui, administrador de una catedral de Brooklyn, emigró hace muchos años y nunca ha vuelto. Su pasado es el secreto que genera el suspenso de la historia. Jimmy viaja a Lima para cuidar a su abuela enferma y descubrir la verdad sobre el joven Sebastián.

El censor de Sanborns se desvela leyendo porque los capítulos de la novela prohibida son breves y efectivas unidades de suspenso. Jimmy ya está en Perú y los viejos conocidos de su papá comienzan a inquietarlo: "Tu viejo es un conchasumadre" (al leer "concha" el censor mexicano piensa en una pieza de pan dulce y no en los genitales femeninos). ¿Qué le ocultan su padre y su abuela a Jimmy? El joven neoyorkino se convierte en un detective adolescente para descubrirlo.

Lo que intriga a Jimmy (y con él, a los lectores) es descubrir qué tanto supo, y qué hizo, su padre mientras fue miembro de la organización. Se trata, sobre todo, de averiguar si Sebastián es un hombre malo. Para hacerlo rastrea a personajes cruciales de la historia y los interroga. A través de noticias y testimonios, Jimmy se familiariza con el escándalo de abusos sexuales al interior de una organización católica liderada por Gabriel Furiase. El referente de la historia es el Sodalicio, una comunidad "de Vida Cristiana" fundada por el laico Luis Fernando Figari en 1971.

El censor de Sanborns reconoce en Gabriel Furiase, el máximo villano de la novela, rasgos del sacerdote mexicano Marcial Maciel. El ficticio Furiase y los reales Figari y Maciel comparten *modus operandi*: cooptar jóvenes de clase alta, adoctrinarlos y engañarlos, tal como se nos cuenta en el libro:

Multitud de miembros veinteañeros de la comunidad buscaban chicos con vocación en colegios de gente bien, los llevaban a divertirse y los reunían en grupos para irlos introduciendo en su filosofía y modo de vivir.

¿Cuál es esa "filosofía y modo de vivir"? La sumisión marcial, la competencia por la aprobación del Padre Fundador, y el "yoga", eufemismo que encubre el abuso sexual de las víctimas. "Eso no es yoga. Eso es sólo sexo", le dice una joven devota cuando Sebastián quiere colocarle su semen en la "zona sacra" para despertar su energía y "movilizar la kundalini".

El clasismo y racismo peruanos son temas prominentes en la novela de Roncagliolo: "todos eran blancos y de buenas familias". En eso también es fácil encontrar paralelismos con el caso mexicano: el Instituto Cumbres, la Anáhuac y otros colegios de los Legionarios son incubadoras de mirreyes. Lima y la Ciudad de México también se asemejan: megaurbes ofensivamente desiguales a las que se puede aplicar este juicio de Jimmy: "la ciudad más fea del mundo: un terreno baldío, salpicado de construcciones a medias, abandonado como un barco oxidado frente a un mar aún más marrón".

El censor de Sanborns piensa, con firme malinchismo, que Lima no puede ser más fea que la Ciudad de México. Por el contrario, está seguro de que los Legionarios no pueden ser tan perversos como la secta católica de Furiase. De lo contrario cómo explicar que Maciel casara al ingeniero Slim y que su familia haya hecho tanto para apoyar a los Legionarios. Entre los hijos formados por la Legión de Maciel está el mismísimo director de Grupo Sanborns, el licenciado Carlos Slim Domit, por lo que distribuir una novela que aludiera a esa organización habría sido un error terrible.¹

Tal como sugiere el título, la novela explora el tema fundamental del origen de la maldad, el sustrato psicológico de la transformación de un ser humano en un abusador, por un lado, y en una víctima, por el otro. La clave parece estar en la figura paterna: Sebastián creció con una muy disfuncional, el alcohólico, violento e irresponsable Antonio. Cuando Furiase es su profesor en el colegio Reina del Mundo, reconoce la vulnerabilidad del joven y comienza el proceso de seducción haciéndolo sentirse un elegido: "Sebastián bajó la mirada, pero el profesor lo llamó por su nombre: —¿Y usted qué piensa, Verástegui? Hoy lo noto muy callado. ¿Qué es un buen padre? ¿Qué debería hacer Dios para serlo?". Cuando Sebastián ya es un allegado de Furiase y le toca cautivar a Daniel (un joven huérfano que en el futuro se convertirá en el delator de la comunidad), Sebastián le pregunta si quiere que él sea su padre.²

Aparte de las carencias paternas de las víctimas, la misoginia y la homofobia son fertilizantes esenciales del abuso: cuando Sebastián conoce a Marisa, la joven a la que intentó aplicar el "yoga", él le con-

¹ De acuerdo con *La prodigiosa aventura de los Legionarios de Cristo* de Alfonso Torres Robles, Marcial Maciel fue el "sacerdote de cámara" de la familia Slim, y la relación de las empresas familiares con las instituciones educativas de su Legión siempre ha sido estrecha (Foca Ediciones, Madrid, 2001, p. 51).

² Pedro Salinas, autor de *Mitad monjes, mitad soldados: el Sodalitium Christianae Vitae por dentro* (2015), afirma que la estrategia de la comunidad es que "te van alejando de tu familia, poco a poco, a la figura paterna la destruyen, te van alejando de tus amigos", en "El desgarrador testimonio de una víctima de Luis Fernando Figari", disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=R1scQ5voMYc>

fiesa que su líder “dice que las únicas mujeres buenas son su madre y la virgen”. Más adelante, cuando Sebastián acaba de propasarse con ella, se justifica diciendo que lo hace porque “sólo quería saber si era gay. Tenía que descartarlo”. Esa tensión psíquica entre el deseo homosexual y la homofobia crea las condiciones de frustración y autodesprecio ideales para el abuso.

Conforme se acerca al final del libro, el censor de Sanborns empieza a arrepentirse de haberlo prohibido. Su protagonista, Jimmy, es un buen tipo, simple e inocente como él mismo. Lo conmueve la forma en que Jimmy, a pesar de todo, no condena a su padre, y de ese modo se salva a sí mismo de la maldad.

Un par de noches después de su visita clandestina a una librería independiente, el censor termina la novela. Guarda el libro bajo llave, al lado de *La sangre erguida* de Enrique Serna y del libro de Carmen Aristegui sobre Marcial Maciel que Roncagliolo cita en los agradecimientos.

Mientras intenta dormir, el censor se acuerda del pasaje en el que Sebastián afirma en clase que Dios no existe.

—¿Puede demostrar lo que dice, Verástegui? [le preguntó Furiase]

—Claro que sí. Vemos las pruebas todos los días, por todas partes. Hay gente que hace cosas malas, ¿no? Hay gente que se porta mal. O vende drogas. O mata a otra gente. Si Dios existiese no lo permitiría.

El profesor Furiase le explica que, como Dios creó a los hombres a su imagen y semejanza (“a los hombres, porque él siempre decía ‘hombres’”), los hizo libres para elegir entre el bien y el mal sin que su Padre Celestial pudiera impedirlo. “—Para que el Bien tenga mérito —enfaticó [Furiase]— hace falta que exista el Mal”.

¿En serio es necesario que exista el mal? ¿Los pederastas son un requisito cósmico para que la gente buena destaque en sociedad? Al censor no lo convence esta explicación. ¿Cómo puede importarle más a Dios la libertad de los pervertidos que el bienestar de sus criaturas



Sanborns Casa de los Azulejos sobre la calle Madero, en el Centro Histórico de la Ciudad de México. Fotografía de Eduardo Meza Soto ©

inocentes? ¿Cómo soporta que tantos hombres malos (como el padre Maciel, el empresario Kamel Nacif o el médico Larry Nassar) abusen de criaturas inocentes, con tal de respetar la libertad de esos conchasumadres (el censor se persigna para limpiarse el alma de esa palabrota peruana que acaba de pensar)?

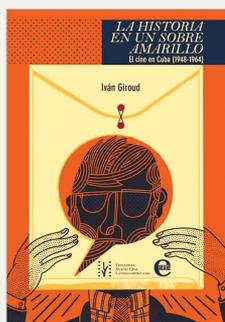
Un día de junio el *community manager* de Sanborns le informa que el novelista peruano acaba de escribirle en Twitter al Ingeniero. El censor se siente halagado porque Roncagliolo describe Sanborns como "una gran librería". El subdirector le llama por teléfono muy preocupado por la mala prensa que este escándalo pueda acarrearle al Grupo. Como el Ingeniero y su familia no están en México (seguramente están recorriendo el Mediterráneo en un yate gigantesco), él tendrá que decidir qué procede. "¿El libro habla mal de los Legionarios?", le pregunta al censor. "No precisamente, porque es una novela ambientada en Perú". "¿Perú? Entonces no tiene nada que ver con nosotros. Acéptales ejemplares". "Sí, licenciado". Al colgar el teléfono el censor sonríe maliciosamente. Sabe que este domingo tendrá que confesarse con un padre. **U**

LA HISTORIA EN UN SOBRE AMARILLO

IVÁN GIROUD

SEGUIR ESCUCHANDO LAS VOCES, SIEMPRE

Magali Kabous



Ediciones Nuevo Cine
Latinoamericano-
ICAIC, La Habana

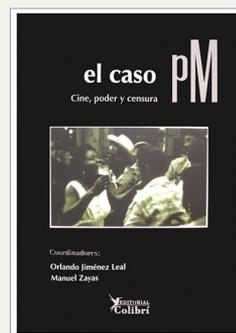
Los habaneros, artistas latinoamericanos y visitantes conocen a Iván Giroud en particular por ser el presidente del Festival del Nuevo Cine Latinoamericano. También se le identifica por sus publicaciones, en las que indaga sobre la historia del festival habanero y de las cinematografías cubana y latinoamericana, y porque difunde el pensamiento de su predecesor, Alfredo Guevara. Parafraseo el título de su anterior libro para sugerir que Giroud escribe motivado por "el pretexto de la memoria", deseoso de profundizar en afirmaciones bien establecidas que, sin embargo, siempre merecen que alguien las cuestione.

Su último libro, *La historia en un sobre amarillo*, abarca varios aspectos de la vida político-cultural cubana, aunque el subtítulo precisa *El cine en Cuba (1948-1964)*. El punto de partida de la investigación es el contenido de un sobre entregado con desenvoltura un día de 2007 por el

propio Alfredo Guevara —fundador y director del ICAIC (Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos) en los periodos 1959-1981 y 1991-2000; y presidente del festival del Nuevo Cine Latinoamericano durante 1979-1981 y 1991-2013— a su colaborador Giroud. El azar conjugado con el rigor de Giroud ha permitido que no se se guardara el disco sin una atenta revisión previa. Giroud descubre en el soporte unas inesperadas grabaciones de una reunión en el ICAIC en julio de 1961, donde se escuchan diálogos útiles para revelar la vivacidad, la complejidad y hasta la violencia de los debates anteriores a o desencadenados por la censura de *P.M.*, el cortometraje de Sabá Cabrera Infante y Orlando Jiménez Leal.¹ Pero Giroud no se conforma con narrar el complejo año de 1961, sino que recontextualiza unos diferendos que no surgieron *ex nihilo*. Es destacable la periodización elegida que propone, de entrada, un nuevo acercamiento a la historia de Cuba, a caballo entre la prerrevolución y la revolución. Muchas publicaciones suelen obviar la etapa anterior a 1959, pero aquí el análisis de Giroud empieza once años antes de la victoria revolucionaria y termina tres años después del llamado “caso *P.M.*”, eje central de la reflexión. Incluso se extiende hasta 2015 en el apartado “Los protagonistas opinan años después sobre el caso *P.M.*”, con unos testimonios enriquecidos por el paso del tiempo, e incluso todavía halla justificaciones. La publicación coincide además con un momento conmemorativo: los sesenta años de la invasión de Playa Girón, de la proclamación del carácter socialista de la Revolución y de la rotunda polémica en la isla en torno a este corto aparentemente inofensivo, pero que sigue aureolado por un espeso tabú. La fórmula empleada en 2012 por Jiménez Leal y Manuel Zayas, *El caso P.M., 14 minutos que duran medio siglo*, insistía en la perennidad del debate. Casi diez años después, Giroud contribuye a que se disipen unas zonas grises persistentes.

El libro consta de partes autónomas que se enriquecen mutuamente, incluyendo los —*mal nombrados*— “anexos” de sumo interés, en particular el memorándum del cineasta Gutiérrez Alea. La historiadora Grazziella Pogolotti, autora del ensayo *Polémicas culturales de los 60*, se encarga del prólogo. Insiste en el gran valor de las fuentes primarias, consultadas

¹ *Pasado Meridiano* o *PM* es un documental realizado por Orlando Jiménez Leal y Sabá Cabrera (hermano menor de Guillermo Cabrera Infante) que registraba, siguiendo la convención del *cinema vérité*, 14 minutos de vida nocturna de La Habana. La cinta fue censurada por el gobierno de Fidel Castro y eso dinamitó una fuerte polémica político-cultural a inicios de los sesenta en torno a la libertad de expresión y de creación en la Cuba revolucionaria. El escándalo concluyó con las famosas “Palabras a los intelectuales”, intervención en la que Castro atajó la cuestión con la frase: “dentro de la revolución, todo; fuera de la revolución, nada”. [N. de las E.]



Editorial Colibrí,
Madrid, 2012

sin prejuicios; valida en estas páginas inaugurales la necesidad de volver a un asunto obsesionante: “Cubiertas por otros, las zonas de silencio oscurecen el entendimiento de los hechos del ayer y mutilan la posibilidad de encontrar en la historia una fuente de aprendizaje”. En la segunda parte del prólogo, el propio autor expone su metodología de trabajo y cuenta la anécdota del sobre que, después de dormir diez años en una gaveta y de que desapareciera Guevara, revela horas de discusiones que arrojan una luz nueva sobre los acontecimientos de 1961. La sección “El cine en Cuba (1948-1964). Entre dogmas y herejías” contextualiza antes de que accedamos en las partes siguientes, “Un sobre amarillo” y “Anexos”, a una valiosa materia bruta. Remontarse a 1948 permite tomar conciencia de las disensiones precedentes entre revistas, sociedades culturales, instituciones y los primeros cineclubes cubanos. Los cuestionamientos en torno a la relación cine/política son anteriores a la Revolución. ¿Qué influencias exteriores se debían asimilar entre neorrealismo, *nouvelle vague*, *free cinema*, realismo socialista, abstracción y hasta las producciones estadounidenses? ¿Qué cultura e ideologías —comunismo, marxismo— podían acompañar un cambio social? El lector “escucha” a diversos actores presentados detenidamente en las abundantes notas a pie de página y en las fichas biográficas, en particular a Guillermo Cabrera Infante, Germán Puig, Carlos Franqui, Edith García Buchaca, Fausto Canel, Mirta Aguirre y, por supuesto, Alfredo Guevara y



Una clase en el Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC) en la Habana. Fotografía de Beto Staino ©

Tomás Gutiérrez Alea. Giroud entra de manera frontal en unas polémicas muchas veces mencionadas o esbozadas, y las nutre con las voces de los actores que reivindican no tanto una cuestión estética ni sus gustos personales, sino una definición ética, ideológica e identitaria. El autor retrata, así, la historia de la elaboración caótica de una política cultural; reúne los testimonios, añadiendo la transcripción fiel de la grabación de julio de 1961 —en parte inédita— con una voluntad así enunciada:

Si no se leen de forma relacionada y continua estos fragmentos y los que se citarán a continuación —que por demás están dispersos en diferentes diarios o revistas de la época— es casi imposible hilvanar y reconstruir una historia de diferendos que nos permita seguir mejor la catarsis que meses más tarde se crea cuando se prohíbe la exhibición en las salas de cine del corto *P.M.*

El investigador reúne las piezas sueltas del rompecabezas y nos invita a afinar nuestra percepción. De hecho, deseosos de escuchar los testimonios completos en este “thriller político” (como el cineasta y profesor cubano Kiki Álvarez llama a este libro), hasta nos frustramos con los cortes en las largas citas.

La clasificación de la bibliografía ofrece una interesante perspectiva diacrónica. Los artículos, las intervenciones y los libros, presentados cronológicamente, dan una idea de las sucesivas publicaciones y personas influyentes; del bullicio y de la continuación de los debates mediante los escritos. Son notables las referencias a investigadores con marcada tendencia a no aceptar una versión congelada de la historia. Uniendo su voz a las suyas y a las de los testigos directos, Giroud explora momentos clave de la historia del ICAIC y asume con transparencia sus aspectos más complejos; evidencia las alianzas y enemistades, en particular los enfrentamientos entre Guevara y Alea que revelan desacuerdos irreconciliables, expresados con una asombrosa mordacidad. Entre conflictos interpersonales, intrainstitucionales e intereses de Estado superiores, el autor se desenvuelve entre las escalas micro y macro, ambas imprescindibles para una comprensión global. En la historiografía relativa al mundo de la cultura cubana, se han podido vehicular unas fórmulas sintéticas —pensemos, por ejemplo, en las “Palabras a los intelectuales” de Fidel Castro resumidas en dos frases impactantes— y se impuso a veces una versión demasiado lineal que obvia los obstáculos y hasta roza con la mitología. Un lector menos informado imaginaría decisiones unánimes y dinámicas colectivas

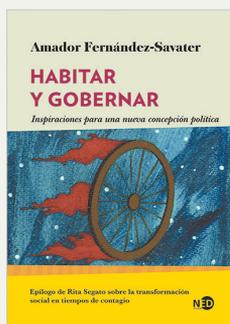
cuando, en realidad, varios grupos e individuos estaban envueltos en relaciones de fuerzas que no sólo tenían que ver con la producción, realización y distribución de cine. El libro se posiciona contra una simplificación de la historia y le brinda al lector la posibilidad de forjarse una opinión. **U**

HABITAR Y GOBERNAR

AMADOR FERNÁNDEZ-SAVATER

CREAR O GOBERNAR

Francisco Carrillo



NED ediciones,
Barcelona, 2020

Ésta no será una reseña imparcial, si es que alguna lo es. Desde que en mayo de 2011 descubrí con verdadera fascinación sus crónicas del 15M, Amador Fernández-Savater se ha convertido en uno de mis autores de cabecera, quizás el único capaz de sacarme de mi modorra ideológica e iluminar uno de los terrenos, el del pensamiento político, en el que más me cuesta abandonar la resignación. Recuerdo que a través de esos artículos de la acampada de Madrid me sentía partícipe de un nuevo lenguaje con el cual podía no sólo reflexionar, sino también zambullirme en una realidad maleable que desbordaba los límites de lo posible. Leer aquellas crónicas significaba sumarse a una escritura colectiva con la que nombrar nuevas y mejores formas de convivencia, incluirse entre quienes se desintoxicaban en común de la política de los partidos, la información diaria y las polémicas de Twitter. Hace ya una década de aquello y, sin embargo, su mirada y su escritura mantienen la misma tensión, siguen igual de atentas a cualquier señal que ilumine vías de escape a la normalidad forzada, al sentido común que mutila las conciencias.

Habitar y gobernar, un libro que recopila la obra dispersa de uno de los pensadores y activistas más necesarios del panorama actual, remonta sus primeras muestras a algunas de estas piezas en las que Amador ensayaba lo que, en su propio diccionario, se define como “afectarse” o “conmoverse”, es decir, llegar al punto en que la voz y el cuerpo del escritor se metamorfosean en las voces, los mensajes y las emociones que atraviesan el cuerpo colectivo. El 15M se reafirma así como el momento, diría Roland Barthes, de la “crisis fecunda” en que al escritor se le revela un nuevo modo de habitar y signar el mundo, en este caso como transmisor de la polifonía ciudadana que se revuelve contra la

política de cada mañana, la pelea machacona y superficial con la misión de aniquilar cualquier posibilidad de cambio. *Habitar y gobernar* es un libro coral que además de invitar al diálogo eucrónico con la tradición (Gramsci, Marx, Castoriadis, Lyotard) y al diálogo sincrónico con autores y actores de una cierta constelación (Rita Segato, Jacques Rancière, Ali Abu Awward, Diego Sztulwark o Margarita Padilla), lo hace con el lector, siempre incluido en estos textos cautivadores por su inteligencia y por su capacidad de ganarse aliados en la construcción de otro presente y en la creación de una nueva gramática de lo real.

Porque la revolución comienza por repensar y renombrar nuestra relación con el mundo: ¿Qué significa luchar, cambiar las cosas?, ¿en qué consiste una revolución que no ambiciona tomar la Bastilla ni descabezar al rey?, ¿cómo entender la eficacia política?, ¿qué victoria merece la pena y cuál es, en realidad, una derrota? El compromiso inicial de estos ensayos reside en cuestionar el glosario de términos heredado, las imágenes que han dominado los escenarios de cambio, la épica con la que se ha dotado el discurso libertario.

Llegados aquí resalta un título, *Habitar y gobernar*, al que propondría un ligero cambio: "Habitar o gobernar" pues, contra la idea de Revolución con mayúsculas y su pretensión de asaltar el palacio, Amador insiste en que la revolución verdadera se escribe en minúsculas y transcurre por la textura silente de la cotidianidad, las transformaciones apenas visibles y a la vez constantes del *habitar*. Si dar el golpe maestro y *gobernar* describe la "fuerza de los fuertes", es en los procesos de larga duración, el conflicto irresuelto y la inestabilidad del *habitar* donde reside la "potencia de los débiles" que exploran estos ensayos. La transformación real implica persistir en la negociación y la indeterminación que caracterizan a este último territorio, en su resistencia activa que, al negarse a reemplazar a los fuertes, evita reproducir sus lógicas.

Una de las definiciones más sugerentes del singular diccionario de Amador es la que aplica a la propia concepción de lo político, para él una "pregunta sobre lo común", un modo de "afectar y alterar el poder sin ocuparlo (ni desearlo)", una dimensión desde la que "devenir y permanecer ingobernables", un *habitar* "destituyente". Pero, ¿acaso la política no era exactamente lo contrario?, ¿no definía un arte del buen gobierno, una técnica, un procedimiento, un libro de instrucciones, un modo operativo, un modelo, un archivo?, ¿acaso no estará enmarcando una poética, en este caso, un lenguaje volcado en la producción de presente, una práctica performativa, una máquina vanguardista, una literatura postautónoma? Si, en sus orígenes, *politeia* designaba

un régimen de gobierno, la estructura administrativa y discursiva de la polis, la gestión y organización de lo dado, *poietiké* denotaba el arte de inventar el mundo, imaginar más allá de los muros, adoptar una mirada que incidiera en la realidad saliéndose de ella. La expulsión de la polis que Platón decreta para los poetas es la condición de posibilidad para que puedan transformarla.

En *Habitar y gobernar* lo político, convertido en lo poético, florece donde se suspende la política machacona de todos los días como un rebrotar desafiante que rebasa los límites de la polis, una fuerza de largo aliento que voltea las rutinas sin necesidad de anotarse *highlights*, desde la fuerza que anida en los signos, valores y vínculos. Es una revolución sin mayúsculas y de cualquiera, por más que su impulso arrastre todo a su paso. El día menos pensado el dinosaurio ya no está ahí.

Me pregunto de qué modo *Habitar y gobernar* dialoga con la realidad mexicana y se me ocurren dos argumentos que justifican este viaje editorial. El primero de ellos remite directamente a la política nacional de los últimos años, dominada por la emergencia de la 4T y su confianza en una transformación desde las instituciones sin que, en el fondo, se perciban cambios sustanciales en la relación entre gobernantes y gobernados o las estructuras de participación, decisión y ejecución de iniciativas. El segundo es un argumento de vuelta, posiblemente derivado de la experiencia de Amador en México y su interés por el zapatismo y otras propuestas de autonomía desde comunidades que rompieron con el Estado como ente regulador y garante de derechos, comunidades que se gobiernan desde paradigmas alternos al liberal. Una de las principales motivaciones de *Habitar y gobernar* consiste en desvelar el espejismo de cambio que emana de los aparatos y los lenguajes que moldean la realidad contra la que se dice combatir; acabar con la fascinación que, en la mayor parte de sectores ideológicos europeos, siguen ejerciendo las instituciones modernas. En la coyuntura española la persistencia de esta ilusión se tradujo en la sustitución de la potencia desordenada, sin liderazgos ni modelos heredados del 15M, por el acto de constituir un partido político (Podemos) y participar del mismo juego que se pretendía impugnar. Experimentar el cambio en cuerpo propio se sacrificó por el regreso al lugar pasivo del espectador o el votante, mientras Podemos pronto se contaminó de los vicios que rodean a cualquier partido político. El duelo por esta oportunidad perdida es otra de las fuerzas motoras de la poética amadoriana.

Como último apunte, me gustaría destacar uno de los giros más interesantes y quizás más polémicos de los textos que componen *Habitar*



Manifestación en Madrid para celebrar el quinto aniversario del nacimiento del 15M, 2016. Fotografía de Adolfo Luján ©

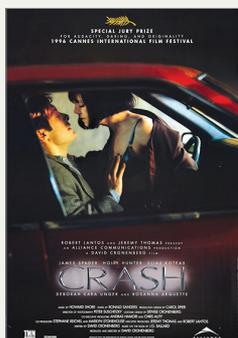
y *governar*, cuando la posibilidad de reinención que atraviesa el libro se traslada del territorio político al personal, es decir, cuando las posiciones ideológicas encarnan en identidades que conspiran contra toda etiqueta, especialmente aquellas manufacturadas por el progresismo actual. Rescato un párrafo del Facebook de Amador Fernández-Savater:

Las luchas por el reconocimiento [identitario] y la integración no ponen un límite, se dan al interior del sistema. Hay que pasar de la minoría identitaria al devenir-minoritario: "incluso los negros, dicen los Black Panthers, tienen que devenir negros". La revolución llega cuando los sujetos mayoritarios (hombres blancos, etc.) son arrastrados por los devenires minoritarios: devenir-mujer, devenir-inmigrante, etc. De ahí la catástrofe de pensar en términos de identidades y no de procesos o devenires: las identidades están siempre en lucha entre sí, son incapaces de generalización.

En un último giro, reimaginar el cambio social nos obliga a reimaginar la identidad individual. Para Amador, socavar las raíces del sistema implica, en primer lugar, deshacer las divisiones y desigualdades sociales, de género, las racializaciones que éste crea, en unas prácticas cotidianas integradoras. Devengamos revolucionarios. No es necesario inmolarse, juramentarse, realizar pactos de sangre, ser leales a principios inalterables, sino mirar la realidad con otros ojos, quitarse las etiquetas, dejarse afectar por los demás. **U**

LA NOBLEZA DE LA CARNE: *TITANE* Y *LAMB*

JORGE JAVIER NEGRETE



Cuando en el Festival de Cannes de 1996 se presentó la película *Crash*, del cineasta canadiense David Cronenberg, se generó una polémica que sigue siendo recordada como una de las más controvertidas en la historia del prestigioso festival. La impresión que causó la película —basada en la novela homónima de J. G. Ballard— sobre un grupo de personas que se excitan sexualmente con aparatosos accidentes automovilísticos y las deformaciones físicas derivadas que generan, le valió un premio especial del Jurado aunque, según lo que explica el propio Cronenberg, el presidente del jurado de ese año, Francis Ford Coppola, estuvo totalmente en contra de darle cualquier tipo de reconocimiento a la película.

Quizá la sofisticada percha del festival lo disimula, pero Cannes tiene una peculiar afición por películas que, de una u otra forma, buscan “escandalizar” a los espectadores —que en este caso son miembros de la prensa internacional y profesionales de la industria cinematográfica— y que hacen de la popular máxima *épater la bourgeoisie* su *modus operandi*. Cierta noción de “audacia” es, pues, muy valorada en el certamen filmico, como dan cuenta películas como *Anticristo* (Lars von Trier, 2009) o *La piel que habito* (Pedro Almodóvar, 2011) y, aunque éstas forman parte de la historia del festival, ninguna había llegado tan lejos como *Titane* (2021) de la cineasta francesa Julia Ducournau, película que causó un revuelo similar al de *Crash*.

La cinta de Ducournau se hizo acreedora a la Palma de Oro en una inusual ceremonia de premios, en la que el galardón que debía anunciarse al final fue el primero que reveló Spike Lee (presidente del jurado en esta ocasión) en un acto muy afín a la naturaleza del festival —celebrado en medio de una pandemia global— y de la película misma. *Titane* fue descrita por varios críticos internacionales como una heredera directa de los universos creados por David Cronenberg, particularmente por el lema “¡Larga vida a la nueva carne!” presente en *Video-drome* (1983) y que ha tenido resonancia en prácticamente toda su filmografía.

Titane inicia con un accidente automovilístico provocado por el táctico odio de un padre (interpretado por el cineasta francés Bertrand Bonello) hacia su hija. A partir del incidente, la pequeña tiene que usar una prótesis metálica en su cabeza que parece sellar su destino: desde



ese momento la frialdad del metal se convertiría en la forma más eficaz, no de enfrentar un mundo deshumanizado, sino de liquidarlo. Alexia (Agathe Rousselle) llevará su naturaleza híbrida de carne y metal a ser contemplada y deseada en eventos de automovilismo en los que actúa como bailarina. El frenesí de sus rutinas compensa la inmovilidad de los vehículos estacionados.

Alexia ha llevado su unión con la máquina a tal punto que el vínculo afectivo y sexual más intenso que sostiene en la película es con un Cadillac que la deja embarazada. Lo absurdo y aberrante de la idea podría fácilmente llegar a un punto irrisorio, pero la cineasta Julia Ducournau se compromete hasta un nivel temerario con los personajes de su película. Después de un brutal asesinato, la chica se convierte en prófuga de la justicia y adopta la identidad de un joven muchacho desaparecido desde hace años. Luchando por ocultar su maquínico y deformante embarazo, la protagonista es acogida por Vincent (Vincent Lindon), el padre del muchacho, un bombero adicto a los esteroides que se aferra a los músculos de su menguante cuerpo para soportar el dolor de la ausencia de su hijo.

El vínculo entre Alexia y Vincent se antepone a todo el cinismo de la primera parte de la cinta, sin hacerla perder su filo audaz o provocador, lo que genera uno de sus principales puntos de desequilibrio. La inseguridad respecto a ésta y otras decisiones en la película es palpable desde un punto de vista narrativo, pero el riesgo que conllevan es tan elevado que resulta tentador. Ya había apuestas similares en *Raw*



Fotograma de *Frankenstein* (James Whale, 1931), Universal Film S. A. ©



(2016), donde la directora mostró audacia al meter los dedos y clavar las uñas en la llaga de la adolescencia y los excesos de la carne, pero la voracidad de la película terminó por consumirla a ella misma.

Ducournau muestra que es una cineasta visceral y arrebatada que prefiere el vigor al rigor. Todo en *Titane* es resultado de un arrebato o de un impulso. Estamos ante un monstruo lábil y caprichoso: su apariencia es intimidante y hostil, parece que desde el inicio nos quiere hacer sentir que no somos bienvenidos en su universo dominado por intensas sesiones de *twerking*, sexualidad feral y violencia tan rapaz que hasta se vuelve irónica.

La dureza con la que se filma el cuerpo lo saca de su pero sin soslayar el hecho de que la mayor fragilidad corporal radica en algo intangible, donde los cuerpos destrozados por un inacabable dolor se deshacen en cariño, como sucede en *Frankenstein* (James Whale, 1931), en la que el monstruo quizá nunca es tan temible y cercano como cuando sostiene una flor en su mano o en su cabeza. Algo similar ocurre en una escena con la criatura que le da título a *Lamb* (2021), que se presentó en la sección *Una cierta mirada* y que comparte con *Titane* un afecto por la "nueva carne".



El debut del cineasta islandés Valdimar Jóhannsson es una película considerablemente más discreta que *Titane*, pero no por ello menos inusual. La tensión que constantemente explota *Lamb* se mantiene hasta extremos perturbadores, en particular por el frágil equilibrio que la cinta establece entre el absurdo y el suspenso. Protagonizada por la actriz Noomi Rapace (de la saga *Millenium*, *Prometheus*) y Hilmir Snær, la película inicia con la vida cotidiana de Maria e Ingvar en una granja en medio de las montañas islandesas. La pareja sobrelleva el terrible dolor de una pérdida a través de la ausencia total de comunicación y de mantener una rutina hastiante que se ve sacudida por un peculiar nacimiento en su establo.

Con el cuerpo de una niña humana y la cabeza de un cordero, la criatura es recibida por Maria e Ingvar como si fuese su hija: le dan una habitación en su casa, la visten y la alimentan con un cariño y una calidez que parecen compensar la frialdad de su entorno. Esta curiosa dinámica familiar se ve enrarecida en la segunda parte de la película con la llegada de Petur (Björn Hlynur Haraldsson), hermano de Ingvar, quien reacciona con escepticismo y repulsión hacia la nueva integrante de la familia.

"¿Qué demonios es esto?", pregunta Petur a la pareja al ver sentada en el comedor a la niña cordero. "Felicidad", le responde Ingvar sin aso-



Montañas islandesas. Fotografía de Domenico Convertini ©

mo de duda o ironía. A partir de este momento, el ambiente de la película se tensa y genera una incomodidad que escapa a través de tímidas risas. Éstas van desapareciendo a medida que se aproxima el final, en el que la naturaleza, en su versión más oscura y macabra, se manifiesta para evidenciar los límites de la crianza humana. Aunque ese tema se diluye considerablemente, la atmósfera creada con eficacia por Jóhannsson permite darle exposición suficiente en el cierre.

Es precisamente en la deficiencia emocional donde los mundos de *Titane* y *Lamb* encuentran resonancias que se materializan en los cuerpos humanamente monstruosos de sus figuras centrales. Como sucede con la criatura de Frankenstein de James Whale, el afecto busca redimir las partes físicamente inhumanas, menos abyectas de lo que su apariencia proyecta. En ambas películas los actos de cuidado y generosidad suavizan la aspereza de los momentos más crudos, casi para recordarnos que por más duro o repelente que pudiera parecer el avistamiento de un cuerpo híbrido, la carne permanece como su elemento más noble. Mientras que en las cintas de Cronenberg, particularmente en *Crash*, la carne tiene la misma rigidez y sensibilidad del más duro metal. Quizá el Festival de Cannes está considerando dejar los hábitos carnívoros paulatinamente. **U**

NUESTROS AUTORES



**Vivian
Abenshushan**

es escritora y editora. Su trabajo, tanto individual como colectivo, explora las relaciones entre arte y acción política, pedagogías alternativas y procesos comunitarios, redes afectivas y feminismo. Es autora de *Una habitación desordenada*, *El clan de los insomnes* y *Escritos para desocupados*.



**Roberto
Arlt**

fue un escritor argentino. Es autor de las novelas *El juguete rabioso*, *Los siete locos* y *Los lanzallamas*, de los cuentos recopilados en *El jorobadito* y *El criador de gorilas*, de numerosas crónicas (llamadas “aguafuertes”) y de diversas obras de teatro.



**Manuel
Becerra**

(Ciudad de México, 1983) es poeta. Ha sido residente en el International Writing Program, Iowa y en Omi Art Center, Nueva York. Es autor de *Los trabajos de la luz no usada*, *La escritura de los animales distintos*, *Fábula* y *Odisea*, entre otros poemarios.



**Gioconda
Belli**

(Managua, 1948) es una escritora nicaragüense y militante del Frente Sandinista de Liberación Nacional. Su novela *El país de las mujeres* obtuvo el Premio Hispanoamericano de Novela La Otra Orilla en 2010.



**Bob
Black**

(Detroit, 1951) es un escritor y popular anarquista estadounidense. Entre su obra se encuentran *Tesis sobre el Groucho-marxismo* y *El anarquismo y otros estorbos para la anarquía*.



**Zel
Cabrera**

nació en 1988. Es poeta y periodista. Becaria del Fonca y de la FLM. Obtuvo el Premio Nacional de Poesía Tijuana 2018. Ha publicado *Perras*, *La arista que no se toca*, *Una jacaranda en medio del patio* y *Cosas comunes*.



**Francisco
Carrillo**

(Madrid, 1977) es ensayista y profesor universitario; doctor en literatura latinoamericana por la Universidad de Pensilvania y maestro por la Universidad de Puerto Rico. Ha publicado el libro *Excepción Bolaño: crisis política y escritura de la derrota* y artículos para diversas revistas internacionales.



Sara Casanovas

nació en Barcelona y estudió comunicaciones. Durante varios años trabajó en agencias globales de publicidad, hasta que decidió apostar por un camino literario de tiempo completo. Actualmente vive en Nueva York, donde trabaja como escritora, editora y traductora independiente.



Adrián Chávez

(Estado de México, 1989) es escritor y traductor, autor de la novela *Señales de vida*, la obra de teatro *El donador de almas* y el volumen de ensayos *Strauss quería pastel*. Actualmente alterna la escritura y la traducción con la docencia.



Ben Clark

es poeta y traductor. Es autor de los poemarios *Los hijos de los hijos de la ira*, *Cabotaje*, *La Fiera*, *Los últimos perros de Shackleton* y *La policía celeste*. Como traductor de poesía ha publicado *Poemas de amor* de Anne Sexton y la *Poesía completa* de Edward Thomas.



Jorge Comensal

(Ciudad de México, 1987) es narrador y ensayista. Estudió lengua y literaturas hispánicas en la UNAM. Ha sido becario de la FLM y del Fonca en su programa Jóvenes Creadores. Ha publicado la novela *Las mutaciones* y el ensayo *Yonquis de las letras*.



CrimethInc.

es una red descentralizada dedicada a la acción colectiva anónima, activa desde la década de 1990. Las células de CrimethInc. han publicado libros y organizado campañas nacionales en contra de la globalización y la democracia representativa, y en defensa de la organización comunitaria radical.



Floriberto Díaz

(1951-1995) fue un antropólogo y activista mixe originario de Oaxaca. Su pensamiento ha sido fundamental para la defensa de los derechos de los pueblos originarios. A él se le debe el desarrollo del concepto de "comunalidad".



Elisa Echeverría

es una artista visual egresada de la Universidad de Concepción. Trabaja como dibujante de cómics independiente y estudia ilustración científica. Forma parte de la ONG Ansiosxs, Nuevas Lecturas, dedicada a promover, difundir y experimentar nuevas formas de contar historias.



**Alexis
Figueroa**

(Concepción, 1956). Su larga trayectoria incluye artes escénicas, guión, exploración multimedia y narrativa visual. También se dedica a la investigación y la gestión cultural. La poesía y el cuento son parte de su práctica literaria más convencional.



**Seamus
Heaney**

(1939-2013) fue un poeta, dramaturgo y profesor irlandés. Recibió el Premio Nobel de Literatura en 1995.



**Gretta
Hernández
Ayala**

es fotógrafa y escritora independiente. Ha trabajado como reportera gráfica y editora en *Forbes Centroamérica*. En 2006 fue seleccionada para la Bienal de fotoperiodismo en el Centro de la Imagen. Ha sido becaria del FONCA, del World Press Photo y la Fundación Pedro Meyer.



IWW

(Trabajadores Industriales del Mundo) es una organización inscrita dentro del sindicalismo revolucionario. Este sindicato fue fundado en 1905 en Chicago y actualmente opera en más de diez países. Sus miembros se organizan para mejorar las condiciones de trabajo y construir un mundo con una economía democrática.



**Magali
Kabous**

nació en Francia. Defendió en 2006 en la universidad Toulouse 2 le Mirail un doctorado sobre cine cubano. Es profesora titular en la Universidad Lumière Lyon 2, especialista en artes visuales latinoamericanas y colaboradora del festival Cinelatino-Toulouse.



**Paul
Lafargue**

(1842-1911) nació en Cuba pero su familia se trasladó a Francia cuando él era un adolescente. Allí, además de estudiar medicina, se implicó en el activismo político. En una primera etapa militó en el anarquismo proudhoniano. Tras conocer a Karl Marx, su pensamiento viró hacia el socialismo.



**Ana
Lesher**

(Ciudad de México, 1981) estudió la licenciatura de biología en la UNAM, es maestra y doctora en comunicación de la ciencia por el Imperial College de Londres. Es editora de producción de la revista de salud pública de la OMS. Vive en las montañas, cerca de Ginebra.



Regina Lira

es historiadora y antropóloga, adscrita al IIH y docente en la FFyL de la UNAM. Investiga sobre antropología de la memoria, el ritual y lo político, y sobre historia moderna de los pueblos indígenas. Se ha especializado en el Gran Nayar y ha hecho trabajo de campo en comunidades wixaritari desde el 2005.



Miguel Lisbona Guillén

es investigador del CIMSUR y dirige la *Revista Pueblos y fronteras*. Sus obras más recientes son *Allí donde lleguen las olas del mar... Pasado y presente de los chinos en Chiapas* (2014) y *Disciplinar cuerpos, normalizar ciudadanos* (2020).



Jorge Javier Negrete

es psicólogo clínico egresado de la Universidad de las Américas y estudiante de antropología social en la UAM. Cofundador y crítico en *Butaca Ancha* y *El Cine Probablemente*. Ha colaborado en *Animal Político*, *Tierra Adentro*, *Forbes*, *Correspondencias* y *Cine Premiere*.



Friedrich Nietzsche

(1844-1900) fue un filólogo y filósofo alemán conocido mundialmente por trabajos como *Así habló Zaratustra*, *La genealogía de la moral*, *La gaya ciencia* y *El origen de la tragedia*. Se le considera uno de los pensadores más influyentes en la filosofía occidental de los siglos XX y XXI.



James Oppenheim

(1882-1932) fue un poeta, ensayista y editor estadounidense. Fue miembro asiduo del círculo de artistas e intelectuales que floreció en Greenwich Village, Nueva York, durante la década de 1910. Fundó *Seven Arts*, una revista literaria pionera que comenzó a publicarse en 1916.



Oxfam México

es parte de un movimiento global que trabaja en 94 países para poner fin a la injusticia de la pobreza y acabar con la desigualdad. Para esta edición escribieron en conjunto Griselda Franco Piedra, Estefanie Hechenberger Zavaleta, Ana Heatley Tejada y Luz Rodea Saldívar.



Óscar de Pablo

(Cuernavaca, 1979) es autor de poemarios como *El baile de las condiciones*, *Dioses del México antiguo* y *De la materia en forma de sonido*, así como de la novela *El hábito de la noche* y el relato histórico *El capitán Sangrefría*. Ha obtenido los premios de poesía Elías Nandino, Jaime Reyes y Francisco Cervantes.



Daniela Rea

es una reportera independiente. En 2013 recibió los premios Excelencia Periodística (otorgado por PEN Club México) y Género y Justicia (por ONU Mujeres y la Suprema Corte de Justicia de la Nación). Es integrante de los Nuevos Cronistas de Indias de la FNPI y fundadora de la *Red de Periodistas de a Pie*.



Claudio Romo

nació en Talcahuano, Chile; estudió pedagogía en artes en la Universidad de Concepción y un posgrado en artes especializado en grabado en la UNAM. Es autor de imágenes autónomas y narrador.



Javier Sáez de Ibarra

(Vitoria, 1961) trabaja como profesor de literatura de secundaria. Es autor de tres libros de cuentos: *El lector de Spinoza*, *Propuesta imposible* y *Mirar al agua*, este último obtuvo el I Premio de Narrativa Breve Ribera del Duero. Ha publicado también el libro de poemas *Motivos*.



Edward Snowden

es un programador informático que trabajó para la CIA y para la Agencia de Seguridad Nacional de EU. UU. Se le conoce por haber filtrado documentos confidenciales sobre las prácticas de vigilancia global de compañías de telecomunicaciones y gobiernos. Actualmente vive como refugiado político en Rusia.



Jonathan Swift

(1667-1745) fue un ensayista y narrador satírico irlandés. Es famoso por su obra *Los viajes de Gulliver*, un clásico de la literatura universal.



Henry David Thoreau

(1817-1862) fue un naturalista, ensayista y poeta estadounidense. Su obra más conocida, *Walden*, es un referente indispensable en la filosofía trascendentalista, según la cual el ser humano y la naturaleza son esencialmente buenos.



Roberto de la Torre

estudió artes visuales en La Esmeralda, en donde es docente. Ha participado en diversos festivales de arte nacionales e internacionales, su obra se ha presentado en diecisiete países alrededor del mundo. Es cofundador del grupo experimental de arte 19 concreto.